



Jaime Bayly

Escupirán sobre mi tumba

3 Morirás mañana

Lectulandia

Huyendo de la justicia, Javier Garcés viaja en este libro a Buenos Aires, y, una vez allí, decide seguir matando por adicción o por simple placer para, al final de todo, suicidarse en la catedral de San Isidro. Sus objetivos serán Lola Repetto, una librera que se enamoró de él y, al no conseguirlo, se vengó destruyendo todos sus libros; Carlos Cacho Legrand, un periodista televisivo que en un directo había insinuado que Garcés había estado involucrado en el suicidio de una famosa entrevistadora; Agustín Burdisso, el dueño de un lujoso restaurante que le hizo pagar una cuenta escandalosa que no le correspondía; Nico Oyarbide, un actor homosexual que le estafó 50.000 dólares con la promesa de hacer un documental sobre él, y, por último, el vecino de arriba, que emite ruidos escatológicos sin cesar.

En este tercer título de la trilogía, Jaime Bayly extiende su sátira hasta la sociedad porteña, y, por caminos aparentemente similares a los de las novelas anteriores, conduce la trama hasta un desenlace inesperado.

Lectulandia

Jaime Bayly

Escupirán sobre mi tumba

Morirás mañana - 3

ePub r1.2

Achab1951 02.10.13

Título original: *Escupirán sobre mi tumba*
Jaime Bayly, 2012

Editor digital: Achab1951
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Antes era adicto a escribir novelas. Ahora soy adicto a matar personas a las que odio o desprecio, o a las que simplemente me divierte matar. He matado en Lima a cuatro de mis peores enemigos: un crítico literario, un escritor frustrado, un director de periódico y un editor ladrón. He matado en Chile, o propiciado su muerte, a dos ejecutivos de televisión, un animador mediocre, un escritor de novelas cursilonas, un jovencito millonario y esperpéntico que se creía glamoroso, un matón a sueldo, un magnate coleccionista de arte y a la mujer que más he amado, Alma Rossi, la perra cabrona adorable de Alma Rossi. Ahora estoy en Buenos Aires y no sé si la policía me busca. No lo sé, es poco probable y mucho no me importa. Después de ver morir atropellado como un perro a Mario Santa Cruz y después de dispararle en el pecho a Alma Rossi, mi vida ya no vale nada, vale menos que nada. Mi vida era Alma Rossi. Muerta ella, también he muerto yo. La única manera de no sentirme completamente muerto es seguir matando, ya no porque crea que vaya a morirme pronto como cuando comencé matando en Lima, sino por pura adicción, por puro placer, porque exterminar bichos humanos puede ser una fuente de inmenso regocijo. Buenos Aires siempre me ha parecido una ciudad bella y mórbida, fascinante y decadente, melancólica y extrañamente mía. No sabría explicar por qué, pero habiendo nacido y crecido en Lima, y habiendo vivido en otras ciudades, nunca he encontrado un lugar donde me sienta más a gusto que en Buenos Aires, siempre he pensado que fue un error de mis padres o del destino que no naciera en Buenos Aires, digamos que es la ciudad que sin duda he elegido para vivir lo que me quede por vivir, en libertad o en la cárcel; digamos también que es una ciudad donde nunca, ni siquiera la primera vez en que la visité, a los dieciocho años (mi primer viaje fuera del Perú), me he sentido un forastero, un intruso: es una ciudad donde la gente es naturalmente amable y cálida, donde a pesar de mis modos altaneros y mis hábitos ermitaños he conseguido hacer algunos amigos a los que aprecio de veras, una ciudad que siento mía y por eso hace ya mucho tiempo compré un departamento en el que suelo pasar dos o tres meses al año. De modo que aquí estamos, en Buenos Aires, en mi viejo y entrañable departamento del tercer piso de un antiguo edificio de la calle Roque Sáenz Peña, en el barrio de San Isidro, frente al club de rugby. Es un departamento de dos cuartos y un baño que compré a un precio absurdamente barato y que luego renové por completo gracias a una arquitecta y decoradora perfectamente odiosa que, sin embargo, hizo bien su trabajo y me dejó el lugar impecable, especialmente el baño, la cocina y los vestidores. No tengo auto porque el edificio es tan viejo que carece de cochera, pero tampoco lo necesito porque todo lo que me hace falta para estar bien se encuentra a una distancia que puedo recorrer caminando, lo que además es bueno para mi salud: la farmacia, el banco, el cine, la librería, los cafés, el restaurante alemán, la peluquería, el quiosco de diarios, todo está, como mucho, a seis o siete calles de mi austero departamento porteño. En el barrio ya me conocen y me saludan

con familiaridad. Lo que no saben es que ya no soy el escritor que solía ser, el novelista más o menos famoso que venía a pasar las primaveras, lo que no saben es que ahora soy un asesino en serie y un asesino sin culpa y un asesino feliz, el asesino de cuatro abominables sujetos de nacionalidad peruana, el asesino de cinco abyectos chilenos, el asesino de la mujer más bella que haya conocido, y el culpable de las muertes de un putito idiota y un millonario malvado, a quienes también hubiera querido matar pero el azar me escamoteó tal placer. Nadie sospecharía que el hombre de andar pausado, que saluda a la gente del añejo barrio de San Isidro y da sus paseos vespertinos por las calles enrevesadas, laberínticas de Barrio Parque Aguirre, se ha convertido en un psicópata que necesita seguir matando y ahora se pregunta con retorcido deleite: *¿A qué argentinos es de justicia que me ocupe de matar?* Desde luego, si he tenido el mal gusto de matar a Alma Rossi, debería acabar conmigo mismo, suicidarme de una vez, pero la verdad es que no es tanto por amor a mí mismo como por amor a Buenos Aires que quiero vivir un tiempo más, dedicado a matar a ciertos argentinos que jamás imaginarían que haré lo que tenga que hacer para proseguir con mi carrera de asesino en serie, de rufián que siempre cae parado y parece tener siete vidas como los gatos. Veamos, entonces, quiénes son los argentinos que más odio o desprecio, o a quiénes me divertiría matar.

Como regla general, no quisiera matar a ningún argentino porque siento que la Argentina es un país que me ha procurado no poca felicidad y, por tanto, si fuese agradecido, debiera respetar la vida de sus ciudadanos. Hecha esta salvedad, no se trata ya de una elección, no es que me proponga matar a un número de argentinos simplemente porque lo desee, se trata de que estoy obligado a hacerlo, condenado a hacerlo, el cuerpo me pide matar, seguir matando, y si no lo hago con otros lo haré conmigo mismo, algo en lo que no me quiero precipitar, de modo que dejo constancia de que solo me ocuparé de pensar en cuáles son los argentinos que quiero matar (y luego los mataré) para no terminar matándome yo mismo. En esto de matar, uno debe seguir siempre su primer instinto, su corazonada más arbitraria. No ha de meditarse mucho ni sopesarse razones o hacerse un ejercicio argumental de pros y contras. Tiene que salirte de los cojones, parecerte divertido, darte unas ganas del carajo, aun si no hay buenas razones para matar a tal o cual tipejo. Solo así los crímenes resultan perfectos, solo así he conseguido mantenerme invicto como criminal impune. ¿A qué argentinos odio? ¿A qué argentinos quiero matar? ¿A qué argentinos voy a liquidar esta primavera? Mucho me temo que encabeza la lista una mujer fea, malvada, traidora e intelectualmente vanidosa llamada Lola Repetto. Es la dueña de una librería en el centro de Buenos Aires, en la esquina de Callao y Santa Fe, la librería Esplendor. La conocí porque hace años me invitaron a dar una charla en esa librería y luego firmé ejemplares de mis novelas. Me sorprendió la audacia con la que intentó seducirme, siendo objetivamente una mujer fea. Más aún me sorprendió que consiguiera, por razones de piedad o compasión o buena educación, que terminase bajándome la bragueta y ella mamándomela alguna vez, aunque con escasa pericia. Luego, para mi desgracia, se enamoró de mí, al punto que se hizo un tatuaje en la espalda con mi nombre y no dejó de acosarme con correos y llamadas. Pero como desde cierto momento la ignoré sistemáticamente, y le hice sentir el frío de mi indiferencia, y me negué a aceptar sus invitaciones para volver a su casa o a su librería para dar una charla o presentar un libro o firmar ejemplares, entonces pasó a odiarme con ferocidad. Ordenó que retirasen todas mis novelas de los anaqueles de Esplendor, ordenó que las destruyesen, ordenó a una asistente que me escribiera diciéndome que procederían a destruir mis libros porque nadie quería comprarlos, me humilló de esa manera. Nunca más la vi, pero no consigo olvidar la abrumadora vergüenza que me asaltó cuando leí el mensaje de su asistente diciéndome que, debido a que nadie compraba mis libros, procederían a destruirlos, quemándolos en los arrabales de la ciudad junto con otros libros confinados al olvido y la miseria. Perra vengativa, bien que exhibías mis novelas en las vitrinas de tu librería Esplendor cuando aún respondía con mínima cortesía tus zalamerías y arrumacos y cuando dejaba que me la mamaras (dicho sea de paso, fueron las peores mamadas que me han dado). De modo que solo por eso, por ser una mamona tan bruta y por haber

destruido mis libros cuando comprendiste mi absoluto desinterés por ser tu amigo o tu amante, te buscaré ahora en tu librería Esplendor y te procuraré una muerte espléndida y luego mearé sobre tu cadáver.

También ha de morir el truculento y famoso periodista de televisión Carlos Cacho Legrand. No es mi amigo, nunca lo fue, tampoco se sabe públicamente que sea mi enemigo, pero siento un odio visceral por ese enano calvo de nariz puntiaguda, un odio lo bastante duradero como para ir a matarlo por la cabronada que me hizo cierta vez, hace ya años, en televisión. Probablemente Legrand piensa que lo he olvidado, probablemente él ha olvidado lo que me hizo, pero yo jamás olvidaré ni perdonaré la doble afrenta con la que me humilló. Me invitó a su programa. Yo estaba en Buenos Aires promocionando mis libros. Mis editores locales me advirtieron que su programa era amarillo, peligroso, sensacionalista, me dijeron que no parecía una buena idea que fuese. Al mismo tiempo, ya se sabe cómo son de retorcidos los editores, me dijeron que el programa lo veía todo el mundo (ellos también) y que si corría el riesgo de someterme a una entrevista con Legrand, sin duda las ventas de mis libros se dispararían. O sea, me recomendaron que no fuese, pero me pidieron que fuese. Y como no quería quedar como un pusilánime o un cobarde, fui imprudente, hice lo que no debí hacer: acudí a los estudios de Canal 9 en Palermo, me dejé maquillar y salí en directo a las diez de la noche en *El mundo de Cacho*, así de esperpéntico era el nombre del programa. Yo pensé ingenuamente que Legrand habría leído algunos de mis libros y me hablaría sobre ellos o de política o de sexo o de trivialidades y zarandajas inofensivas. Pensé que, como él tiene fama de mujeriego y yo también, y como él tiene fama de misógino y mis novelas me habían dado esa fama también (la de un depredador de mujeres que solo ve en ellas orificios a horadar), me hablaría sobre esos asuntos, de mujeres, de que las mujeres son tontas o sucias o las dos cosas, o de que una mujer sin un hombre que se la monte es infeliz y no vale nada, cosas que suele decir la bestia de Legrand en sus programas de radio y televisión (que irónicamente gozan de gran audiencia entre el público femenino, especialmente entre las mujeres mayores de cuarenta años, divorciadas o viudas o solitarias por la razón que fuese). Pero Legrand, astuto y venenoso como una tarántula, me tendió una emboscada. Me saludó con excesiva cortesía, me aduló de un modo tan embarazoso que delataba que no había leído una línea de mis novelas y, de pronto, cuando yo pensaba que sería una entrevista sosa y boba más, hizo honor a su fama de pirata y me preguntó *¿Es verdad que tuviste sexo con Anita Casán la noche antes de su suicidio?* La concha de su hermana, ¿cómo carajo podía este enano perverso haberse enterado de eso? La noticia del suicidio de Anita Casán había sido un gran escándalo años atrás, porque Anita era presentadora de televisión y era muy guapa y querida y porque una tarde, enloquecida de tanto aspirar cocaína, al parecer vio criaturas horribles que venían a matarla y saltó desde un balcón dando alaridos y se mató, se partió la cabeza. Pero nunca nadie había sabido que la noche anterior Anita estuvo conmigo en mi departamento de San Isidro. Nunca nadie había dicho o publicado una palabra al respecto. Era un secreto que solo yo guardaba. Porque en

realidad Anita Casán era mi amiga y ocurrió que el día anterior a su suicidio habíamos pactado que me hiciera una entrevista en un restaurante del bajo de San Isidro con vista al río, y en efecto grabamos la entrevista. Cuando la entrevista terminó, ella despachó al equipo técnico y la traje conmigo a mi departamento y terminamos follando y metiéndonos la coca que ella llevaba en el bolso. Follamos dos veces, ambas con ella sentada a horcajadas sobre mí, y en ambas nos demoramos en venirnos, tal vez por la coca que nos había endurecido, y sentí que Anita Casán estaba loca y era una diva caprichosa y se movía deliciosamente sobre mí y su coca era sin duda la mejor que había probado en Buenos Aires. Cuando se le terminó la coca, se fue, no insinuó que quería que la acompañase, dijo que tenía que reunirse con no sé quién, era ya tarde, una hora incierta de la madrugada, y se fue y yo creí ver en su mirada desorbitada que sin duda se iba a conseguir más coca, que de ninguna manera se iba a dormir. Al día siguiente desperté aturdido por un dolor de cabeza, entré por internet a *Clarín* y *La Nación* y leí en sus portadas «Murió Anita Casán». La noticia decía que Anita había saltado desde un balcón, que la autopsia había revelado que estaba llena de cocaína, en fin, todo muy triste. Quedé muy afectado y no fui a su velorio ni a sus funerales y nunca pude olvidarla. Y entonces de pronto, en televisión en vivo, el enano de Cacho Legrand me había apuñalado con ese recuerdo exacto y lacerante: *¿Es verdad que tuviste sexo con Anita Casán la noche antes de su suicidio?* Quedé perplejo, demudado. No supe qué responder. La incomodidad de mi silencio resultó delatora. Aunque luego me repuse y respondí que no, que no era verdad, que nunca había sido amante de Anita Casán, nadie me creyó, y de hacérmelo saber se ocupó el hijo de puta de Legrand, que soltó una risotada y me dijo *Dejá de joder, peruano, todo el mundo sabe que vos le diste la coca a Anita, todo el mundo sabe que vos y Anita estuvieron en tu departamento fornicando como dos conejos en celo.* Me pareció alucinante que Cacho Legrand tuviese la desfachatez de hablar así de una mujer muerta: *fornicando como dos conejos en celo.* Pero más me indignó que me acusara de haberle dado cocaína, cuando fue ella la que me rompió la nariz, y no me quejo. *Lo que usted dice es una infamia, y por respeto a la memoria de Anita Casán no se lo voy a permitir,* dije, y me quité el micrófono, me puse de pie y me retiré bruscamente del estudio, mientras Legrand, maestro en el arte del desplante y el escándalo, gritaba como si no le importara mi gesto: *Andá a cagar, peruano del orto. ¿Qué pensás vos, que como sos escritor te voy a besar el culo? Andá a cagar, nene, acá somos periodistas independientes y no le besamos el culo a nadie, y menos a un escritor de cuarta como vos. ¡Anita Casán se mató por tu culpa, boludo, cagón, buchón! ¡Anita Casán se mató porque vos la taponeaste de coca, recagón!* Por supuesto, yo escuché todo eso mientras procuraba saltar los cables y esquivar a los técnicos y camarógrafos que intentaban detenerme y disuadirme de que me retirase de ese modo intempestivo, pero eso no fue lo más grave, lo más grave fue que toda la

Argentina vio y escuchó al enano de Cacho Legrand gritando al aire esas infamias en televisión, culpándome de la muerte de Anita Casán. Lo peor es que, tantos años después (han pasado doce años exactamente desde aquel bochornoso episodio), Legrand sigue triunfando en Canal 9, a las diez de la noche, con su truculento programa *El mundo de Cacho*. Lo siento por vos, Cacho, pero esta vez quien será editado y a pedacitos serás vos, y yo seré tu editor, y editaré tu cuerpo, empezando por tus extremidades, y te haré sufrir lo que mereces sufrir, hijo de mil putas.

Debo matar en Buenos Aires a Agustín Burdisso, aunque reconozco que no tengo buenas razones para hacerlo, salvo la envidia y el rencor. Envidio la fortuna que heredó cuando sus padres se suicidaron en un centro de esquí en Suiza, envidio el apartamento afrancesado que posee sobre la avenida Libertador (con toda seguridad uno de los más lujosos de Buenos Aires), envidio el éxito que ha alcanzado con su restaurante La Gloria, envidio la buena suerte que tiene con las mujeres, todas las mujeres más lindas de Buenos Aires van a cenar y a beber al restaurante de Burdisso. Solo por eso quiero ya matarlo, porque su vida es espléndida y glamorosa de un modo que desearía para mí, y porque nada parece costarle esfuerzo y es una especie de príncipe en esta ciudad decadente, un príncipe joven, apuesto, inmensamente rico, que se pasea por las mesas de su lujoso restaurante mimando a la crema y nata de la sociedad porteña. Pero además debo matarlo porque le guardo rencor, un rencor plenamente justificado por lo demás: en una ocasión me llamó y me invitó a cenar a su restaurante (pues quería agasajar a un escritor argentino amigo suyo que había ganado un premio en Londres, un escritor talentoso de apellido Fresán) y fuimos solo seis los comensales reunidos en la mejor mesa, pero Burdisso solo estaba a ratos con nosotros, luego se ponía de pie y saltaba de mesa en mesa, tomando champán y riendo sin cesar y luciendo su irritante belleza. Luego el escritor premiado y su mujer se fueron, y poco más tarde la otra pareja se retiró, y yo me quedé solo con Burdisso. Cuando el mozo trajo la cuenta, pensé que debía de tratarse de un error, que Agustín lo reprendería, que le diría que no había nada que pagar, sin embargo en ese momento se levantó una vez más y dijo que debía ir al baño y el mozo, sin vacilar, me adjudicó la cuenta a mí, y no tuve más remedio que encargarme de esa cuenta brutalmente cara, y ni siquiera tenía suficiente efectivo, aunque por suerte aceptaron mi tarjeta de crédito. Y luego, cuando ya había pagado, Burdisso tuvo la osadía de regresar a la mesa y decirme *Gracias, Javier, sos un amor, qué detalle el tuyo*. Pues sí que fue un detalle, y un detalle que me costó como seis mil pesos, o sea unos mil quinientos dólares, un detalle que no he olvidado y ahora le valdrá la vida a ese millonario angurriente que huyó al baño para obligarme a pagar una cuenta que le correspondía asumir a él, menudo cabrón.

También necesito matar a un hombre que en realidad ya está muerto, o es como si lo estuviera, a un infeliz que no sabe con cuánta ferocidad y con qué antigüedad lo odio. No sé cómo se llama. Nunca hemos conversado. Apenas si nos saludamos a lo lejos. Pero tengo la desdicha de que viva en el departamento que está exactamente encima del mío, o sea que este bicho solitario y desgraciado vive en el cuarto piso, con vista al club de rugby, y vive solo, jubilado, y no hace nada, salvo joderme la vida con los ruidos espantosos que su estragado cuerpo emite a toda hora: ataques de tos, flatulencias escandalosas, ríos de orín, procacidades que lanza no sé contra quién, muebles que arrastra, cajones que abre, espeluznantes y cavernosas sonoridades en busca de una flema espesa que luego escupe, ruidos con los que me tortura día y noche, días y noches de tantos años escuchándolo toser, cagar, mear, putear, escupir, tirarse pedos, caminar, golpear cosas, maldito viejo que no puede estar tranquilo sin meter ruido a cualquier hora. Ya me resigné a tolerar las miserias que exhala su cuerpo envejecido, y mal envejecido en verdad, porque no es un hombre tan mayor, tendrá cincuenta y tantos años, sesenta como mucho, pero es un hombre jodido, derrotado, miserablemente aislado, un hombre que camina por las mismas calles que yo, a las mismas horas que yo, y que no solo tiene la costumbre de perturbarme con sus ruidos escatológicos en casa, sino que además se aparece siempre en el café donde estoy leyendo el diario, se sienta cerca de mí, me saluda con desdén y luego prende un cigarrillo y es como si lo hiciera para fastidiarme, porque sin duda ese viejo hijo de mil putas sabe que soy el vecino del piso de abajo y sabe que detesto que me tiren el humo en la cara, y él, pese a eso, aspira una densa bocanada y me lanza la humareda y entonces lo observo con profundo desprecio y él me devuelve una mirada muerta, vacía, de infinita indiferencia. Creo que no sabe cuánto lo odio, cuánta infelicidad me ha provocado con sus ruidos y sus nubes de humo, y no sabe por eso las ganas que tengo de matarlo, de matar ese pedazo de carne vieja, ajada, entumecida, ese espectro flatulento que se pasea por las calles de San Isidro y que, para mi inmensa desgracia, vive y duerme y caga y mea exactamente encima de mí. Pues ya estuvo bueno y ahora seré yo quien, sin hacer mucho ruido, tocará a su puerta, le invitará un vino, tragará el humo del último cigarro que fumará y luego lo matará. Estoy seguro de que absolutamente nadie notará nunca que ese viejo ha muerto, nadie notará su ausencia, salvo yo, claro está, que tanto he sufrido la cercanía de su presencia y ahora me encargaré de silenciarlo para siempre, maldito vecino del piso de arriba.

Mataré a un famoso actor y marica que me estafó con gran talento. Por respeto a su talento, no debería matarlo, pues es un actor formidable y un comediante ácido, irreverente, genial, cuyas obras de teatro jamás me pierdo. Pero por respeto a mí, y al dinero que me birló, debo exterminarlo. No debió hacerme eso Nico Oyarbide. Yo tenía una gran admiración por él, no me perdía una sola de sus obras de teatro, a pesar de que las exhibía en teatros bastante cagones, teatros de segunda, que olían a muerto y a meado. Pero Oyarbide es un genio, aunque un genio incomprendido, y además un cocainómano y un adicto al sexo, un homosexual que todas las noches contrata muchachos para que le den por el culo, todo lo cual me parece muy bien, no tengo nada contra los putos ni contra los coqueros ni contra el comercio sexual, siempre que sea entre adultos. Pero este Oyarbide abusó de mi aprecio por él. Cierta vez yo estaba cenando en el restaurante alemán de la esquina de Libertador con Alem cuando de pronto apareció Oyarbide, calvo, tatuado, con aretes, cargando un perrito chihuahua, y para mi sorpresa me reconoció, se sentó a mi mesa sin pedirme permiso, me infligió la tortura del perrito de los cojones, pidió una *fondue* y vino tinto, fumó, no paró de hablar y me convenció de que debíamos hacer un documental sobre mi vida. Me dijo que me admiraba, que había leído todas mis novelas, que lo sabía todo sobre mí, que uno de sus grandes sueños creativos era llevar al teatro una obra escrita por mí, pero que en realidad lo que más ansiaba era producir, dirigir y narrar un documental acerca de mi vida, un documental en el que me entrevistaría y de paso mostraría algunos aspectos de mi vida que, según decía, le parecían bárbaros, pero a mí no tanto. Lo cierto es que salimos del restaurante y éramos ya grandes amigos y terminamos en su casa del bajo de San Isidro aspirando coca de la buena (juraría que el chihuahua también aspiraba algo) y luego el marica genial de Nico Oyarbide me dijo que necesitaba cincuenta mil dólares para hacer el documental, nada más, solo cincuenta mil, y que las ganancias nos las repartiríamos mitad y mitad. Al día siguiente le llevé el dinero a su casa, seguro de que Oyarbide haría una obra de arte y de que además sería un gran negocio, pero por supuesto, huelga decirlo a estas alturas, Oyarbide jamás hizo el documental sobre mí ni sobre nadie y nunca me devolvió el dinero ni me dio explicaciones, ni tan siquiera unas endebles disculpas, simplemente me estafó, se cagó en mí, me robó los cincuenta mil dólares y desapareció, y cuando iba al teatro a buscarlo, el cabrón siempre encontraba la manera de escapar por alguna salida trasera y clandestina. Nunca más lo vi, nunca más apareció a comer *fondue* en el restaurante alemán, nunca más me llamó ni me dijo nada sobre los cincuenta mil dólares o sobre el documental, simplemente me mintió con un formidable talento, me estafó y me mandó al carajo, que es exactamente el lugar adonde lo habré de mandar yo, con mucha pena, porque Oyarbide tiene un gran talento, pero lo que me hizo fue una putada y no será tanto por la plata, que tampoco me hundió en la miseria, sino por la jodida humillación que me hizo pasar timándome de esa manera vil, cruel,

malvada como la cara que ponía su chihuahua cuando Oyarbide se reía cual vieja loca y se metía coca como un desaforado. Será, de todas las muertes argentinas, la que más pena me dará, o la única que me dará pena, pero nadie tiene derecho de robarme de esa manera, sobre todo abusando de la simpatía que yo sentía por él, el puto estafador de Nico Oyarbide, el más genial de todos los putos actores argentinos, con perdón por la redundancia.

Creía que Mario Santa Cruz y Alma Rossi habían muerto la última noche que pasé en Chile, antes de escapar hacia Buenos Aires. No me equivocaba respecto de Santa Cruz: la colisión entre su cuerpo ajado y ventrudo y un camión a ochenta kilómetros por hora lo dejó muerto y reducido a desechos. Pero Alma Rossi, a quien disparé en el pecho y a quien vi caer sobre su espalda y golpearse la cabeza y quedar inconsciente sangrando profusamente, se ha negado a morir. Según mis pesquisas, está en la clínica Las Condes, a la que llegó en helicóptero. Han pasado dos semanas y sigue en coma. Nadie ha ido a visitarla, salvo la viuda de Santa Cruz, que sugirió que la desconectarán del respirador artificial y la dejarán morir, y algunos agentes policiales que investigan quién le disparó y si hay conexión entre el accidente que acabó con Santa Cruz y el disparo que recibió Alma Rossi en la mansión de Santa Cruz en Zapallar. Clínicamente, Alma Rossi está muerta. Cerebralmente, está muerta. Pero hay un médico de la clínica Las Condes que testarudamente, y contra la opinión de sus colegas, se niega a desconectarla del coma y dejarla morir. Ese médico, con quien he hablado por teléfono haciéndome pasar por el hermano de la paciente, cree que Alma Rossi, como ha ocurrido con otros enfermos en coma, volverá a la vida, que es solo cuestión de tiempo. Ese médico cree que Alma Rossi es una mujer demasiado bella para morir y se niega a dejarla morir. Imagino que está secreta y tortuosamente enamorado de ella y hará todo lo posible para devolverla a la vida. Lo veo hablándole, haciéndole suaves masajes en las manos, diciéndole al oído *Alma, regresa, no te vayas, eres la mujer más linda del mundo*. Luego es seguro que besa su frente y reza para que Dios obre un milagro (porque ese médico es creyente, católico practicante y asiste a misa todas las mañanas a las siete, antes de ir a trabajar). Lo que le sorprende al médico, y en general al personal del hospital, es que nadie visite a Alma Rossi, a no ser por la viuda de Santa Cruz, que solo acudió una vez y no mostró señales de congoja o tristeza ante el estado de la paciente, y por la visita burocrática de los agentes policiales, que simplemente tomaron nota de algunos datos que les proporcionaron los médicos, como el lugar exacto por el cual entró la bala, su trayectoria, el daño que provocó y cómo tuvo que serle extirpada. Alma Rossi cayó en coma porque perdió demasiada sangre, pero tuvo la fortuna de que la bala no le reventase el corazón, pues entró por la parte derecha de su pecho, exactamente a la altura del pezón, y no destruyó ningún órgano vital, aunque rompió una parte del pulmón derecho y destrozó una vena pulmonar, lo que le provocó la masiva pérdida de sangre que la dejó en coma. En la escala de Glasgow, el 3 es el peor coma, el coma del que casi nadie regresa a la vida. Entre el 3, que es como estar muerto, y el 15, que es estar vivo, Alma Rossi se encuentra en 6. Es un coma severo, porque, al perder tanta sangre, su corazón y su cerebro dejaron de recibir el oxígeno necesario y sufrieron lesiones y trastornos graves. Alma Rossi no está muerta, no todavía. Mientras tanto, tengo una misión que cumplir en Buenos Aires y a ella me abocaré, a

matar a mis enemigos argentinos. Alma Rossi no está muerta, o no del todo, y extrañamente parece que a nadie en el mundo le importa ya si vive o muere, solo a un médico de la clínica que no la conoce y sin embargo es el único que reza por ella y está seguro de que despertará algún día del coma y volverá a la vida. Lo que ese médico no sabe, no tendría cómo saberlo, es que si ella no muere y sale del coma y regresa a la vida y recupera sus funciones básicas, mis días estarán contados. Todos tenemos los días contados, pero los de Alma Rossi parecen más contados o descontados que los míos, y ciertamente nadie en la clínica Las Condes, salvo el médico que le dice palabras dulces al oído, se atrevería a apostar siquiera un peso a que esa mujer que llegó virtualmente muerta no terminará pronto completa y definitivamente muerta. Lo que los médicos que ya la creen muerta ignoran es que Alma Rossi es todo menos una mujer ordinaria y que su vida ha sido una sucesión de eventos trágicos en los que, sin embargo, siempre ha encontrado la manera de sobrevivir. Y lo que ninguno de esos médicos sabe, excepto el que reza por ella y le habla al oído, es que cada dos o tres días Alma Rossi mueve, de un modo apenas perceptible, el dedo meñique del pie izquierdo, y eso, para el médico que sin sospecharlo es el único individuo en el planeta que desea que esa mujer no muera, es una señal alentadora de que Alma Rossi está en coma pero no en el grado más profundo, y de que si bien no responde a ningún estímulo externo y está inconsciente, parece querer decirle que no todo en ella está muerto, que ese dedo meñique del pie izquierdo vive aún y que, por tanto, aunque está aparentemente muerta, no está totalmente muerta, como supuse luego de dispararle en Zapallar.

Me llevo bien con los argentinos a pesar de que en Sudamérica tienen fama de pedantes, de presumidos, de mirarnos a los demás por encima del hombro, de no sentirse sudamericanos sino europeos. Y Buenos Aires, aunque les duela a muchos sudamericanos acomplejados con fobia a todo lo argentino (o sea fobia a mí también, porque yo soy argentino por elección), es sin duda la ciudad más europea de Sudamérica y, como a las grandes ciudades europeas, le ha pasado últimamente algo que no le ha hecho perder su esplendor pero que la ha dotado de cierto riesgo y la ha convertido en una ciudad no por afrancesada menos sudamericana y tercermundista, mezcla de todas las sangres mestizas, como las demás grandes ciudades de la región. Del mismo modo que en Santiago hay miles de peruanos y bolivianos con fama de ladrones (y peruanas con fama de buenas nanas y cocineras), en Buenos Aires hay un fascinante batiburrillo de europeos y bolivianos, de australianos y paraguayos, de canadienses y ecuatorianos, de *gays* adinerados y *gays* sin un céntimo pero igualmente refinados que han escapado de algún país centroamericano como Honduras o Nicaragua o Panamá para afincarse allí y sentirse libres, en una gran ciudad. Porque Buenos Aires, con sus días revueltos de protestas cotidianas y marchas incendiarias y energúmenos que se conjuran para interrumpir una calle sin que la policía haga nada y solo los mire con abúlica complicidad, sigue siendo la ciudad más cojonuda y fascinante de Sudamérica, y también la más primer y tercermundista, porque allí persisten las tradiciones nobles de los que tienen dineros centenarios, pero ahora deben cohabitar con las costumbres vocingleras y folklóricas de los inmigrantes bolivianos, peruanos, paraguayos y centroamericanos, muchos de los cuales viven hacinados en cuartos diminutos, pero no les importa porque en realidad no permanecen en esos habitáculos, allí apenas duermen cuatro o seis horas diarias, apiñados como animales, ellos sienten (y por eso eligen quedarse) que viven en Buenos Aires y que Buenos Aires es sin duda alguna una gran ciudad, una ciudad infinitamente más estimulante y melancólica y hermosa que cualquiera de las ciudades de las que han escapado. A mí no me hablen mal de los argentinos ni de la Argentina ni de los porteños siquiera, como si los salteños o los rosarinos o los cordobeses o los mendocinos fuesen genéticamente mejores que los porteños: no me jodan con ese verso pueblerino, que los argentinos, en lo que a mí respecta, son, ante todo, divertidos, raros, bizarros, pintorescos, y todos me caen bien, incluso los que me caen mal me caen bien porque me parecen personajes literarios, no sé si me explico. Les reprochan hablar mucho y darse aires de sabiondos. Pues es eso precisamente lo que me hechiza de ellos: escuchar sus chácharas, sus versos, sus embustes, sus trampas pendencieras, porque los argentinos más divertidos son siempre los más mentirosos y los más tramposos y los más canallas, esos son los que mejor me caen y de los que más fácilmente me hago amigo. Todo argentino es un entrenador de la selección de fútbol de su país (y si lo dejan, de la de España

también). Todo argentino es presidente de su país (y si lo dejan, dictador de Cuba también). Todo argentino tiene el plan perfecto para que Estados Unidos salga de la crisis (y si lo dejan, para que el mundo entero salga de la crisis, o al menos Occidente, pero quizá si le hablas de África no la tiene tan clara). Todo argentino es un profeta, un visionario, un iluminado. Todo argentino sabe. Sabe todo, sabe más que nadie, sabe más que vos y que cualquier boludo del orto. Todo argentino está de vuelta. Todo argentino tiene respuesta para cualquier pregunta, incluso si no entiende la pregunta y si al responder ni él mismo entiende lo que está diciendo. Pero responde, opina, se la juega, arma el equipo, ordena el país, gobierna el mundo, gana las guerras, divide a los buenos de los malos, a los decentes de los chantas. Y habla y habla y habla y no para de hablar. Y no importa ya si lo que dice tiene sentido alguno (porque bien pronto uno advierte que todo carece de sentido y que el embrujo de la Argentina es que nada tiene sentido racionalmente y, sin embargo, todo es fascinante y hechicero y es allí donde quieres quedarte), lo que importa es que el argentino habla y no para de hablar, y tiene opiniones de todo y sobre todo, y además opiniones enfáticas, terminantes, opiniones en las que en dos minutos pone al mundo en orden, aunque luego llega a su casa y es el caos, y la mujer lo manda al carajo y solo entonces se calla el argentino deslenguado. Pero en la calle no se calla: en los taxis, en los cafés, en las barras de los bares, en los colectivos, en ciertas esquinas del centro, el argentino habla y habla y está siempre dispuesto a hablar, a tomar partido, a encenderse, a ponerse bilioso, agresivo, pasional, italiano, exasperado, a gritar y a discutir con nadie, porque muchos hablan sin que nadie siquiera los escuche, pero es eso lo que me fascina del argentino: que no para de hablar y tiene una opinión concluyente y arbitraria sobre todo lo divino y lo humano y nada lo hace más feliz, sea rico o pobre, macho o puto, vago o más vago, que sentarse en un lugar cualquiera de la ciudad, pedir empanadas, pizzas, vino, sangría, cerveza, pero sobre todo masas y pastas, y ponerse a hablar sobre cualquier cosa y pasarse horas hablando y hablando y sentenciando y resolviendo y deshaciendo entuertos y dándole un sentido al caos del mundo con el caos verbal que lo envuelve, a él y a todos los argentinos, en una suerte de gran torre de Babel donde todos hablan el mismo idioma y, sin embargo, nadie se entiende, nadie puede entenderse, porque cada uno se siente dueño absoluto de la razón, y entonces el argentino es por definición un hablador, un predicador, un charlatán, un mitómano, un embustero y, ante todo, un enemigo del silencio y la conciliación, porque si bien todo argentino está dispuesto a hablar aunque nadie lo escuche, siempre prefiere discutir con otro y, si es posible, a los gritos, para luego irse a los golpes, y enseguida cada uno consigue a una pandilla de vándalos ambulantes y entre todos cortan una calle y se enzarzan en una feroz riña callejera por algún asunto (generalmente una pasión que tiene que ver con el fútbol, con la política o con el orgullo), y entonces el argentino, ya liado a golpes contra otro argentino sin recordar

bien por qué, revela que posee algo que no tenemos los demás sudamericanos: una fe ciega en sus opiniones (aun si no sabe lo que va a decir y debe improvisar en el camino) y el coraje para morir defendiendo tales opiniones en una batahola callejera o pisoteado por un caballo de la policía que luego defecará sobre su cadáver.

Dos mujeres y tres hombres son las víctimas que he elegido en Buenos Aires. En realidad son cuatro hombres y una mujer, pero uno de esos hombres, el actor Nico Oyarbide, es como una mujer, se siente una mujer, habla como una mujer, todo en él es femenino, exageradamente femenino, con aspavientos y sin culpas. En rigor, Oyarbide es mucho más mujer que la genítalmente dotada como tal Lola Repetto, esa traidora que se hizo un tatuaje con mi nombre y era la más afanosa promotora de mis libros en su librería de Santa Fe y Callao, pero que, como no quise corresponder sus urgencias amorosas o las calenturas de su entrepierna, pasó a odiarme con ferocidad y destruyó todos mis libros (quiero decir, los que yo había publicado y ella exhibía en Esplendor) y, no contenta con tamaña mezquindad, apenas recibía un nuevo título que yo publicaba (lo que ha ocurrido poco, porque soy un escritor haragán y tengo la impresión de que mis tres libros son variaciones de un solo libro que no consigo ni conseguiré escribir), daba instrucciones vengativas para que sus empleados y sicarios en la librería destruyesen los ejemplares sin compasión, escamoteándolos de tal forma innoble a los lectores. En esto de matar, oficio al que me he convertido en adicto, es bueno preservar los modales, y por eso quizá debería comenzar por las mujeres (es decir por Lola Repetto y por Oyarbide, al que si no mato pronto acabará por matarse él mismo con toda la coca loca que aspira junto a su perro chihuahua medio tieso) y luego daré curso a los tres cabrones de mala entraña que pagarán con sus vidas las humillaciones que me infligieron: uno, el patán de Legrand, por culparme en televisión por la muerte de la cocainómana Anita Casán; otro, el *dandy* de Agustín Burdisso, por obligarme a pagar una cuenta de seis mil pesos que no me correspondía (lo que pone en evidencia que no solo soy un avaro sino que soy un avaro rencoroso); y el último de todos, el anónimo vecino del piso de arriba, que me tiene loco con sus ruidos de madrugada y el modo grotesco y vulgar como me recuerda a menudo su existencia gris. Si he de medir mis ganas de matar, creo que son la Repetto y el vecino flatulento aquellos a quienes deseo exterminar con más impaciencia o cuyas muertes sospecho que me procurarán un goce más acabado. Justamente por eso no comenzaré matando al vecino impertinente, sino que será el último de los que habrán de morir en Buenos Aires, antes de que, si acaso, decida pegarme un tiro o escribir mi última novela, dos cosas no del todo incompatibles. Lo más urgente es conseguir una pistola. No será difícil. Buenos Aires no es ya más la ciudad refinada que conocieron mis abuelos, es ahora un entrevero de asaltantes penderos que viven a pocas calles de mi departamento de San Isidro, en esos barrios populares conocidos como «villas», donde la gente se apiña a menudo para esconder a sus más estimados rufianes de poca monta. Buenos Aires es el caos, la ciudad del delito, la capital del crimen y la inseguridad, el lugar donde todo se puede conseguir burlando la ley, por lo bajo, pagando un soborno, es el imperio de «lo trocho», como llaman los argentinos, tan dados a reinventar el español, a lo no

auténtico, lo falso, lo fraudulento. Buenos Aires es la ciudad perfecta para esconder a un asesino refinado como yo. Buenos Aires está llena de sicarios en moto (y no es Medellín) y de narcos armados (y no es Sinaloa) y de vendedores de drogas (Dios los bendiga) y de ladrones de corbata (generalmente los que gobiernan) y de ladrones que se meten en los bancos cavando túneles subterráneos y huyendo por las alcantarillas tras desvalijar las cajas de seguridad donde las viejas ricachonas esconden sus joyas. No será complicado conseguir una pistola con silenciador en Buenos Aires. Todos en Buenos Aires son mis cómplices. Todo en Buenos Aires tiene un precio, y es barato, en devaluados pesos argentinos. No iré al Once ni me fatigaré recorriendo calles peligrosas. Encomendaré la tarea al buen Isidoro, el portero uruguayo del edificio donde vivo. Hombre noble, Isidoro. Basta con decir que es uruguayo: bien se sabe que el uruguayo es la versión caballerosa y humilde del argentino. Buen tipo, correcto, educado, amante de su esposa Beatriz, Isidoro ha sido siempre leal conmigo, se ocupa de limpiar mi departamento cuando estoy lejos, paga puntualmente las cuentas, nunca se queja de nada, siempre está listo para ayudarme y reparar algo que se ha estropeado o traerme algo que por holgazán no traigo yo mismo. Sin vacilaciones, sabiendo que cuento con su discreción, llamo a Isidoro, le sirvo una cocacola en mi departamento y le pregunto si puede conseguirme una pistola con silenciador.

—¿Nueva o usada? —me pregunta, sin sorprenderse y, sobre todo, sin incurrir en el desatino de preguntarme para qué la necesito.

—Casi mejor si es nueva —le respondo.

—Si no es nueva, le consigo una que esté como nueva —me promete.

—Y que venga con silenciador —le recuerdo.

—Claro, entiendo —dice él, y luego añade—: Mi mujer y yo ya sabemos que a usted, don Javier, no le gusta el ruido.

Se ríe, apenas esboza una media sonrisa. Le pregunto cuánta plata necesita.

—Nada, nada —me dice—. Primero déjeme preguntar por ahí en la calle y luego le cuento —añade.

—Perfecto —le digo—. Pero, por favor, no busque lo más barato, sino lo mejor —me permito agregar.

—Claro, lo mejor, siempre lo mejor para usted, don Javier —dice Isidoro, y luego bebe un sorbo de cocacola y me mira a los ojos con aprecio y parece preocuparse y pregunta—: ¿Estamos en problemas? ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

Lo miro, le sonrío y le contesto:

—Ningún problema, querido Isidoro, todo bajo control, solo quiero tener una pistola en casa porque he recibido amenazas de muerte en el Perú y aunque acá siento que estoy más seguro, nunca se sabe, y si uno de esos angelitos viene a matarme, quiero estar preparado para darle una cordial bienvenida, usted sabe.

Isidoro se ríe, muestra su dentadura estragada, su rostro ajado de fumador impenitente, sus ojos de pescado, su bigote de mariachi, y hace suya mi preocupación y me promete:

—En dos o tres días le traigo la mercadería, varias opciones para que usted elija la que más le convenga, don Javier.

Isidoro es un caballero, un caballero uruguayo, y siempre cumple lo que promete. En apenas dos días me toca el timbre y me ofrece tres armas de fuego: una pistola calibre veintidós, otra de nueve milímetros y un revólver calibre treinta y ocho. El revólver no es una buena opción, carece de silenciador. Comparo la veintidós con la de nueve milímetros y es como comparar un Ford Ka con un Porsche. Por respeto a los que mataré, debo usar el proyectil más letal, el que más daño provocará: por supuesto, el de nueve milímetros, disparado con silenciador. Es un arma pesada, y es la más cara, aunque igual me parece una ganga a cinco mil pesos o poco más de mil dólares, y no siendo nueva, parece en perfecto estado. Le doy el dinero a Isidoro. Insólitamente, me pide firmar un recibo. No me queda más remedio que hacerlo. Luego me pregunta:

—Don Javier, ¿sabe disparar? —y antes de que pueda responderle, se ofrece—: Porque podemos ir juntos al club de tiro de San Fernando y allí le enseño cómo operar la pistolita.

Me gusta que Isidoro haya usado el diminutivo, *la pistolita*. Respondo:

—Buena idea, Isidoro, vamos el fin de semana a practicar al club de tiro.

Pero en el fondo estoy pensando *No hace falta, querido Isidoro, vengo de matar a varios malnacidos en el Perú y a un puñado de chilenos, y le he disparado incluso al gran amor de mi vida, a Alma Rossi, de manera que estoy bien entrenado para ir el fin de semana en busca de la perra librera de Lola Repetto*. Pero no le digo nada de esto, le doy la plata más una propina de mil pesos y el recibo, y me quedo con la pistola y las balas, mirando el balcón que da al club de rugby, y entonces escucho que el vecino de arriba está orinando y me pregunto si no debería cambiar de planes, tocarle el timbre y meterle tres plomos en el colgajo para que deje de mearme en la cabeza, maldito hijo de puta.

Si bien mi memoria no es de fiar, trataré de reconstruir con apego a la verdad la secuencia de hechos más o menos azarosos que, por desdicha, encadenó mi vida a la de Lola Repetto, aunque decir que la encadenó parece excesivo, pues no estoy atado a ella ni soy su rehén, y podría no verla más, pero la certeza de que ella lleva en la espalda, cerca de la nuca, un tatuaje de tamaño no menor que dice «Javier» con letras barrocas me hace sentir parte de ella o su prisionero. Tal vez no debería matarla sino más bien obligarla a borrar ese tatuaje que me resulta indigno, humillante, pero eso ya lo intenté y ella se resistió. Cuando me enseñó el tatuaje, una noche, ambos sentados en una banca de un pequeño parque frente a la catedral de San Isidro comiendo helados, me asusté, me cruzó el miedo, sentí el látigo de unos escalofríos sacudiendo mi columna vertebral. Me pareció una locura que esa mujer que apenas me conocía se hubiera hecho aquel tatuaje de amor. Claro que no decía «Javier Garcés, te amo» y solo decía «Javier», pero eso lo hacía todavía más inquietante y ominoso, porque sugería que ella me llevaría consigo amándome u odiándome, pero que nunca me olvidaría. Le reproché que se hubiera hecho ese tatuaje sin consultarme. Se enfadó. Me dijo que su cuerpo era su cuerpo y que ella hacía con él lo que le daba la gana. Le dije que, sin embargo, mi nombre era mi nombre y ella no tenía derecho de hacer con él lo que le diese la gana. Se instaló entre nosotros, bajo un árbol añoso de San Isidro, algo parecido a la desconfianza o la hostilidad. Yo intuía que Lola Repetto estaba loca y que debía alejarme de ella. Ella, que yo no la amaba o que no la amaba como ella me amaba a mí, y por eso rompió a llorar. La consolé, la abracé, y cuando lo hice ocurrió algo inesperado y devastador: sentí que ella olía mal, que el olor de su cuello, de su pelo, de su boca, me repugnaba, y entonces me alejé levemente y procuré disimular mi disgusto, pero ella me besó, sin decir nada me besó, y yo sentí asco e incomodidad, y luego empezó a acariciarme ahí abajo y me la puso dura y me dijo que le besara el tatuaje, y a pesar de que su olor me resultaba repulsivo, mientras me manoseaba la entrepierna besé el tatuaje con mi nombre, y besarle, besar mi nombre, me excitó de una manera mórbida, decadente, narcisista, y entonces le dije para entrar en la catedral, y caminamos unos pasos y entramos en la catedral de San Isidro, que sorprendentemente estaba abierta aunque ya era de noche, y nos sentamos en la última banca y me abrí la bragueta y Lola Repetto, con desesperación, como si estuviera sedienta o hambrienta, llevó su respiración entrecortada y sus labios rencorosos hacia mi verga enhiesta y me la chupó mientras yo miraba a Cristo crucificado y le jalaba el pelo y me solazaba contemplando el tatuaje con mi nombre al tiempo que ella me la mamaba, sin duda con menos destreza que Alma Rossi pese a su esmero, y yo pensaba que, estando en la catedral, y siendo vigilados por Jesucristo y la Virgen Santísima y el Espíritu Santo, lo cristiano era no terminarle en la boca a la perra de Lola Repetto, pero, que Dios me perdone, Lola succionó con tal fruición que, cuando llegó el momento, no le consulté siquiera y,

profanando ese lugar sagrado (quiero decir la catedral, no su boca maledicente), fui un mal cristiano y un buen pecador y me vine entero en su boca y ella no pareció incomodarse o sorprenderse en modo alguno y se tragó toda la leche, con lo cual sentí que me había capturado de dos maneras pérfidas, tatuando mi nombre y tragando mi semen en la catedral de San Isidro, y que por lo tanto, muy a mi pesar, yo siempre estaría en ella, y por eso ahora tendré que matarla, este fin de semana la mataré sin entrenar antes en el club de tiro con el buen Isidoro.

Mientras Alma Rossi parece estar muerta en una de las doscientas veinte camas de la clínica Las Condes, en la calle Lo Fontecilla, entre la avenida Las Condes y Paul Harris, en el corazón de Santiago de Chile, la viuda de Mario Santa Cruz acude a la notaría de la calle Embajador Doussinague en compañía de su abogado, para que el señor notario proceda a abrir el testamento sellado y lacrado que dejó su finado marido. La viuda sabe bien que no muy lejos de aquella notaría agoniza la mujer que Mario Santa Cruz amó siempre secretamente, Alma Rossi, a quien culpa sin duda alguna de la muerte de su marido. El notario, un hombre visiblemente subido de peso, que irrita a la viuda porque fuma una pipa sin siquiera pedirle permiso, lee el testamento manuscrito. Es breve y no está exento de frases afectuosas para ella, la última de las varias mujeres que tuvo Mario Santa Cruz. Todo o casi todo el patrimonio del difunto pasa, como era previsible, a posesión de su viuda. Pero al final hay una sorpresa que corta el aliento del abogado, de la viuda e incluso del notario: Santa Cruz ha legado a Alma Rossi una cuenta en un banco suizo con poco más de treinta millones de euros. Es apenas el diez por ciento de su patrimonio, pero lo suficiente para sobresaltar e irritar a su viuda, que no entiende ese gesto póstumo de generosidad con aquella mujer, que además ahora está muerta o casi muerta y que ella sin duda preferiría que estuviese muerta. Luego el notario lee lo que, con caligrafía enrevesada, ha dejado escrito Mario Santa Cruz: «Dejo ese dinero a Alma Rossi porque es mi hija biológica y es mi voluntad que ella lo sepa». La viuda se levanta ofuscada y, antes de salir bruscamente de la sala del notario, comenta, dirigiéndose a su marido ausente: *Siempre fuiste un mentiroso.*

Hay tres cosas que no puedo perdonarle a Lola Repetto, además del tatuaje: su perra Benita, su pasión por un travesti boliviano y la muerte de su abuela. Parece injusto culpar a Lola por la muerte de su abuela. No lo es. Hace años, Lola me pidió que fuera a visitarla una noche a su casa en Liniers. Quería mostrarme lo que estaba escribiendo, una novela sobre su padre, un profesor de matemáticas que murió cuando ella tenía catorce años, o más exactamente una novela sobre cómo murió su padre y cómo eso afectó su vida. Debo decir que lo que más me atrajo siempre de Lola fue su pasión por los libros, las palabras, las historias. Tenía en su casa de Liniers una voluminosa biblioteca (no faltaban los escritores malditos, los títulos de Anagrama) y me había mostrado dos o tres novelas que estaba escribiendo, y sin duda se trataba de una lectora sensible y perspicaz y de una escritora de madera noble, de una buena contadora de historias. Por eso fui aquella noche a su casa, no porque quisiera cogérmela sino porque de veras me interesaba lo que Lola escribía, y de paso me halagaba que ella quisiera compartir eso conmigo. Ya estando juntos, y tras leerme lo que había escrito (recuerdos secos y con movedores sobre la muerte de su padre, el modo frío y natural en ella para entender esa desgracia, la inmediata dependencia de la marihuana para escapar de la tragedia familiar o para recordar más vivamente a su padre), Lola me pidió caminar dos o tres calles para visitar a su abuela, que era española, española de Valencia. Era pasada la medianoche. Avanzamos por calles en penumbra, entre ladridos de perros techeros o perros que nos mostraban los colmillos tras las rejas de las casas del barrio. Recuerdo que me impresionó cuántos perros podían ladrar a la vez en unas pocas calles de Liniers. Por fin llegamos a donde la abuela. Era una casa antigua, descuidada, muy venida a menos, con las marcas del tiempo y la humedad agrietando sus paredes y enmohecando las esquinas. Lola timbró una y varias veces, todo estaba a oscuras. Pensé que la vieja estaría durmiendo y quizá lo estaba porque tardó bastante en aparecer. Claramente la habíamos sacado de la cama. Estaba en ropa de dormir y pantuflas. Era una anciana que se sostenía en pie a duras penas. Tenía el pelo blanco como de copos de nieve, los dientes amarillentos de una vieja fumadora y el rostro ajado, hinchado, fatigado, con la mirada ausente. Le costó trabajo, o al menos le costó algún tiempo, reconocer que esa mujer que la había despertado era Lola, su nieta, la chica que trabajaba en una librería y decía que quería ser escritora, la que se volvió marihuanera cuando su papá murió de un infarto súbito, la amante de los perros. A mí la abuela ni me miró. Casi mejor. Lola Repetto le dijo para sentarnos a conversar. La vieja no aprobó la idea. Todo en su casa estaba a oscuras y un olor rancio y a orín nos invitaba a alejarnos, no a pasar, y era claro que ella no quería servirnos nada ni conversarnos sobre nada y que la visita le había sentado fatal. Tanto insistió Lola, que la abuela se resignó y dijo que caminaría con nosotros, que le vendría bien *salir al fresco*, esas fueron las palabras que empleó: *Me vendrá bien salir al fresco un*

cachito. La abuela cerró la puerta y ahora éramos tres los que caminábamos a paso muy lento, el ritmo que marcaba la vieja, mientras los perros redoblaban sus ladridos y no era uno sino el barrio entero de perros de Liniers el que se agitaba con nuestra presencia improbable y todos esos animales protestaban no sé si porque les disgustaba vernos pasar o porque no podían salir para mordernos o porque simplemente carecían de la libertad que veían en nosotros, ya se sabe que los perros siempre quieren salir a pasear por la calle, especialmente si es de noche, no importa si viven en una mansión con grandes jardines, igual querrán salir de noche a merodear por el vecindario y olisquear la basura de los vecinos. No me quejé por los ladridos de tantos perros a la vez, no dije nada, solo advertí que la abuela arrastraba sus pantuflas y se apoyaba en Lola para caminar, y pensé que era una imprudencia sacarla a pasear de noche por esas calles lóbregas y preñadas de algún peligro. Poco más allá ocurrió el desafortunado incidente. De pronto se acercaron a nosotros una señora mayor que llevaba, tirado por una correa, a un perro caniche, pequeñito, blanco, peludo, uno de esos perros que llevan las modelos en sus bolsos y que cuando ladran emiten unos alaridos o unos chillidos desesperantes. La vieja y el caniche caminaban en dirección contraria a nosotros. Supuse que la vieja y la abuela se conocerían y se saludarían. Supuse mal. Cuando la abuela la vio, le dijo, subiendo la voz, indignándose:

—¿Cuándo me vas a devolver el salero que te presté, Lupita?

La vieja aflojó la correa del caniche, lo que permitió que el perro enano olisquease mis piernas, y le respondió a la abuela:

—No sé de qué salero me hablás, Conchita.

La abuela se sujetó del brazo de su nieta, empezó a temblar de ira y levantó la voz:

—No te hagás la tonta, Lupita. No me tomés el pelo. ¿Qué pensás que soy, una vieja pectorra que no se acuerda de nada? ¿Qué te pensás, que ya me olvidé del salero que te presté un domingo cuando estabas haciendo la pizza para tus nietos y viniste a tocarme el timbre? Vos tenés mi salero y...

La vieja no le permitió continuar, no se dejó arredrar, se envalentonó y alegó inocencia:

—No tengo ningún salero. Nunca me has prestado un salero. Estás delirando, Conchita. Me das pena. Sos tan poquita cosa que venís a hacerme una escena por un ridículo salero.

La abuela dio dos pasos, se acercó a la otra vieja y le dijo:

—Ridícula sos vos, Lupita. Ridícula sos vos, vieja ladrona, robasaleros. Qué orto tenés para quedarte con el salero que me regalaron hace más de cincuenta años cuando me casé con mi marido, que en paz descance. Te voy a denunciar a la policía, vieja chorra. Te voy a meter el salero por el orto, ya verás.

Yo no sabía cómo apaciguar los ánimos y, por otra parte, encontraba divertida la escena. Lola Repetto parecía más interesada en jugar con el caniche que en conciliar las asperezas entre las dos señoras peleando por el salero. Tal vez por culpa de nuestra apatía o indiferencia, la abuela Conchita se sintió en minoría y pasó al ataque: dio una bofetada sorprendentemente enérgica a la vieja Lupita, le arrebató la correa del caniche y gritó:

—¡Me llevo al caniche! ¡Si lo querés de vuelta, traeme el salero, vieja chorra!

Enseguida la abuela Conchita tironeó de la correa y empezó a caminar deprisa jalando al caniche, que lloriqueaba y no entendía por qué lo alejaban de ese modo brusco de su dueña, la señora Lupita, vecina de Liniers, sospechosa de hurtar el salero de la abuela de Lola. En ese momento, al ver que le secuestraban a su caniche adorado, Lupita confesó la verdad:

—No puedo devolverte el salero, Conchita. El salero se lo robó un sobrino y ahora lo usa para llevar su perico. La abuela de Lola se detuvo, volteó y preguntó, perpleja:

—¿Me estás diciendo que tu sobrino ha metido un perico dentro de mi salero?

La señora Lupita respondió con una sonrisa burlona y a la vez algo culposa:

—No seas boluda, Conchita. No ha metido un loro. Ha metido perico, porque mi sobrino es adicto a la coca.

La abuela de Lola se puso lívida:

—¿Usa mi salero para tomar cocacola?

—No, no, boluda —respondió la señora Lupita—. Usa tu salero para llevar cocaína.

Conchita soltó la correa del caniche, que corrió hacia su dueña. Conchita se alejó de Lola.

Conchita miró la noche aciaga de Liniers. Conchita escuchó el eco entreverado de la jauría de perros confinados del barrio. Conchita abrió los brazos y sentenció:

—El salero de mi boda lo usa un drogado.

Fue una exclamación traspasada por el desgarró y la tristeza y la resignación, como si fuera la última humillación que le infligía la vida.

—Sí, es drogado mi sobrino, pero es buen chico, y a veces me invita perico y es de buena calidad —dijo Lupita. Eso ya fue demasiado para Conchita:

—¿Vos te drogás también de mi salero? —preguntó, turbada por la furia y el rencor.

—Solo cuando viene mi sobrino y me invita —se defendió Lupita—. Adicta no soy. Nunca compro perico, y mirá que acá en Liniers hay mucho peruano y boliviano que vende perico fino. Pero yo no compro nunca, Conchita. Ahora, si mi sobrino viene y saca tu salero y me pone el perico, bueno, una también es humana.

Conchita miró al cielo y gritó desconsolada:

—¡Dios, mi salero, mi salero! —y luego miró a Lupita—: ¡Devolveme mi salero, vieja chorra drogadicta!

En ese momento dio un paso hacia Lupita estirando el brazo como si quisiera pegarle de nuevo, pero no pudo avanzar más porque un infarto cardiaco la paralizó y la hizo caer pesadamente sobre mí.

Fui yo quien la vio morir, la escuchó morir, la tuvo en brazos cuando la abuela Conchita balbuceó *mi salero, mi salero* como últimas palabras y luego fue sacudida por un fugaz temblor que la dejó con los ojos y la boca abiertos, como un pescado recién sacado del mar, y sin embargo fría, inmóvil, paralizada, muerta de pronto en una calle de Liniers por culpa de un salero que la señora Lupita nunca le devolvió.

Nadie había muerto nunca en mis brazos y fue una impresión que no olvidaré, no tanto por la pena sino por lo mucho que pesaba la abuela Conchita y por lo arduo y extenuante que se me hizo arrastrarla hasta su casa, consolar a Lola Repetto, esperar a que llegaran los médicos de urgencias y luego quedarme la noche entera acompañando a Lola y velando el cadáver de su abuela. Porque no pude escapar, y me tuve que quedar durante el velorio y asistir a los funerales, y fue allí donde conocí al sobrino de Lupita, que en un momento discreto deslizó el salero en mi bolsillo y me susurró *Perico no hay. Le puse sal de cocina. Sory, peruano.*

Tampoco le perdono a Lola Repetto el disgusto que me hizo pasar una madrugada como consecuencia de dos pasiones inexplicables en ella: un travesti boliviano y su perra Benita. La perra Benita vivía en casa de Lola y era consentida por decir lo menos. El travesti boliviano no vivía con Lola, vivía en Bolivia, en La Paz, Bolivia. Lola viajaba con frecuencia hacia La Paz porque allí vivía su hermano (esta era la excusa oficial) y porque le fascinaba todo lo boliviano (esta era la razón de peso). En uno de sus tantos viajes, siempre por tierra, a La Paz, ciudad donde solía quedarse un mes o poco menos, conoció a un travesti que llevaba el nombre artístico de Eva. Nunca entendí bien por qué Eva le pareció tan genial a Lola Repetto. Era un travesti algo mayor, venido a menos, alcohólico, con poca fortuna para engatusar clientes en el juego sórdido del comercio amoroso, que solía pasar las noches en un bar decadente de la capital boliviana, cantando canciones de Édith Piaf. Lola me dijo que quería grabar un documental sobre este travesti. Le pregunté *¿Por qué crees que le interesaría a la gente la vida de un travesti boliviano?* Me respondió sin dudarle: *Porque es una genia total.* Ya se sabe que en la Argentina no son mezquinos o roñosos en llamar *genio* a cualquiera que les parezca, digamos, simpático. A mí me han gritado *genio* no pocas veces en las calles de Buenos Aires, *¡hey, peruano, sos un genio!*, y he pensado con tristeza que la genialidad (genio era Borges) se ha devaluado bastante como para que me confundan con un genio. Yo soy a duras penas un escritor porfiado. Lo cierto es que Lola Repetto me pidió que le prestase un dinero, veinte mil dólares para ser exactos, a fin de comprar unas cámaras y mudarse un tiempo a La Paz y grabar el documental con el travesti Eva. Me pareció una locura, pero todo en Buenos Aires es una locura y hay que aprender a encontrar divertidas las locuras argentinas, de modo que me resigné a prestarle el dinero a Lola Repetto (simulando entusiasmo), a condición de que no saliera mi nombre en los créditos (tenía pavor de que el documental fuese una bazofia que resultase intragable incluso para los travestis bolivianos). No soy un hombre rico, pero cuando alguien me pide dinero para alguna estupidez divertida, suelo ser lo bastante tonto para prestárselo a sabiendas de que muy probablemente no lo recuperaré. Como Lola Repetto parecía urgida (no urgida por verme, sino por irse a La Paz para grabar los mohínes cantarines del travesti Eva), me pidió que pasara por su casa en Liniers para dejarle el dinero. Cuando me lo pidió, faltaban pocas horas para que tomase un taxi rumbo a Ezeiza. Era medianoche y mi vuelo partiría a las seis de la mañana. Pude haberle dicho que lo dejáramos para mi regreso. Pero fui un perfecto idiota y le dije *Bueno, paso por tu casa de camino al aeropuerto, estaré a eso de las tres o cuatro de la mañana tocándote el timbre.* ¿Cómo conseguí tan rápidamente los veinte mil dólares? En mi departamento de Buenos Aires tenía (y todavía tengo) una caja fuerte donde suelo guardar algunos fajos de diez mil dólares, puesto que no me parece prudente abrir ninguna cuenta bancaria después de lo que pasó con el corralito

(además, por ser extranjero y no residente, es difícil si no imposible abrir una cuenta en dólares en los bancos argentinos). De modo que, graduándome de imbécil con todos los honores, abrí la caja fuerte, saqué dos fajos y salí más temprano, sin dormir nada, estimulado por ciertas pastillas, hacia la casa de Lola Repetto en Liniers. En aquel momento tal vez me sentí moralmente obligado a prestarle el dinero porque no habían pasado más de seis meses desde la muerte de su abuela Conchita en mis brazos, y alguna culpa todavía me taladraba la cabeza (cuando pasan esas cosas es inevitable pensar *La abuela estaría viva si Lola y yo no le hubiésemos tocado el timbre aquella noche, la abuela estaría viva si yo no hubiese tenido la desafortunada idea de visitar a Lola aquella noche, en cierto modo tengo la culpa de haber propiciado las circunstancias que, encadenadas, derivaron en la muerte de la vieja Conchita añorando su salero perdido*). Lo cierto es que llegué a eso de las tres y media de la mañana a la casa de Lola Repetto en Liniers. El taxista se quedó esperándome. Toqué el timbre. Lola no tardó en abrirme. Estaba en ropa de dormir. No fue una visión estimulante o sobrecogedora. Parecía un fantasma y además olía mal. Me hizo pasar y me indicó que me sentara en el sofá maltrecho de la sala. No me invitó una coca-cola, un café, un vaso con agua, nada. Pude entrever las letras del tatuaje con mi nombre. Todo en ella despedía un olor canino. Saqué el dinero y se lo entregué en un sobre y le dije:

—Espero que sea un éxito.

—Muchas gracias. Sos un copado —me dijo.

No me dijo lo que yo quería escuchar: *Muchas gracias. Te devolveré el dinero en medio año o en un año*. Tampoco se propasó y me dijo *Sos un genio*. Fue, digamos, comedida: *Sos un copado*. Estaba claro en ese momento, madrugada en Liniers, casi las cuatro de la mañana, que no me pagaría nunca, como en efecto nunca me pagó. Lo que no estaba claro (no al menos para mí) es que lo peor estaba por venir: de pronto saltó sobre mí esa perra de considerables proporciones y lengua babosa, la bendita Benita, y empezó a ladrarme y olisquearme las pelotas y lamirme entero, mientras Lola Repetto se reía y encontraba cómico y enternecedor que la maldita perra me perforase los tímpanos con sus ladridos agudos y, a la vez, me llenase de olores repulsivos, saltando sobre mí, dejando caer su baba sobre mi ropa, lamiendo mi cara y mis brazos, en un estado de frenesí o sobreexcitación que me dejó perplejo y sin capacidad de decir palabra. Esperaba que Lola me socorriera, pero ella seguía sonriendo como si pensara que yo estaba disfrutando de aquel momento espeluznante. Benita siguió llenándome de pelos, de baba, siguió saltando como una histérica sobre mí y no dejó de ladrar, aparentemente en señal de alegría, a pocos centímetros de mi cara y, por consiguiente, de mis orejas profanadas. Fue un momento realmente atroz por la violencia con que el animal se sentó sobre mí y por lo mucho que duró el trance y por mi pasmo e incapacidad para defenderme de dicha

agresión canina. Aguanté todo lo que pude haciéndome el tonto, pero cuando advertí que Lola Repetto seguía con su risa, decidí que si no hacía algo pronto, Benita se cagaría de la felicidad sobre mí. Le dije entonces a Lola Repetto con voz sombría:

—Por favor, aleja a esta perra de mí.

Lola Repetto, que en ese momento me pareció incluso más estúpida y babosa que su perra, me respondió:

—Pero ¿no ves cómo te quiere?

Enseguida sentí algo cálido en mi entrepierna. Eché una mirada y comprobé que Benita me quería tanto que estaba meándose sobre mí. Eso ya fue demasiado. Cogí a la perra del pescuezo, la levanté en vilo y la arrojé con todas mis fuerzas contra la biblioteca. El impacto de la perra babosa en los precarios anaqueles de madera provocó algo que no había calculado (pero que no me contrarió en modo alguno): un número de libros, algunos de mi autoría, cayó sobre la perra, que, asustada, se fue, la cola entre las piernas, subiendo las escaleras hacia el segundo piso. Ahora Lola Repetto estaba indignada conmigo. *Casi la has matado*, me espetó, y salió corriendo a consolar a su perra. Yo me miré en el espejo, noté mi entrepierna húmeda por el orín de Benita, me olí en la ropa y en la cara la inmundicia de Benita, y decidí que me largaría sin despedirme y que aquella sería la última vez que vería a Lola Repetto. Salí raudamente, subí al taxi y le pedí (ya estaba amaneciendo) que tomase la avenida General Paz y me llevase deprisa hasta Ezeiza. Por lo visto, me equivoqué: debo ver a Lola Repetto una última vez, debo verla para matarla. De paso, si puedo, mataré a la odiosa perra Benita, que me llenó de baba y pelos y orín aquella horrenda madrugada en Liniers. Por lo demás, huelga decirlo, Lola nunca hizo el documental sobre el travesti boliviano Eva ni me devolvió la plata. Méritos parece haber hecho para que la mande a rodar un documental al más allá.

En una banca de la iglesia Los Dominicos, en la avenida Camino El Alba, cerca de la clínica Las Condes, un hombre de mediana edad, de buen semblante, con mandil celeste, se hinca de rodillas, cierra los ojos y reza por la salud de su paciente Alma Rossi. En rigor, Alma Rossi es ya, pasadas cinco semanas desde que llegó en un helicóptero en estado de coma, algo más que una paciente, mucho más que una paciente: es la mujer misteriosa a la que nadie visita, la mujer de rasgos de esfinge que guarda absoluto mutismo, la mujer sin pasado y sin futuro de la que este médico, contrariando juramentos éticos, parece haberse enamorado, al punto que estaría dispuesto a dar la vida para que ella saliera del estado vegetal. El médico se llama Alberto Fontaine y es un hombre traspasado por la melancolía incurable que se instaló en su espíritu y nubló su mirada cuando perdió a su joven esposa por culpa de una enfermedad fulminante. No tiene hijos y ama a su esposa muerta, pero ahora ama también a su paciente casi muerta, y todos los días le habla, le dice frases al oído (*vas a vivir, te prometo que vas a vivir; y cuando estés bien yo te voy a cuidar y nunca más te pasará nada malo*), y atestigua que cuando él le habla y le dice palabras suaves y alentadoras, ella mueve el dedo meñique del pie izquierdo como si estuviera escuchándolo, como si aquella voz le resultase reconfortante. Lo que el doctor Fontaine no entiende es por qué nadie visita a Alma Rossi, ni siquiera ese hermano que llama de vez en cuando y de manera fugaz: *¿No tiene un marido, un amante, amigas, padres, hijos? ¿De dónde ha salido esta mujer sin nadie que dé un peso por ella, ni siquiera su hermano? ¿Cómo puede una mujer tan bella ser, a la vez, tan distante del mundo, tan extraña a los demás?* Su pasaporte dice que es peruana y también italiana, pero mucho más no sabe el doctor Fontaine, a pesar de que incontables veces ha buscado el nombre de Alma Rossi en Google, pero nada aparece, nada de nada. De rodillas en una banca de Los Dominicos, el doctor Fontaine eleva una plegaria desesperada: *Señor, tú te llevaste a mi esposa, tú me sometiste a esa prueba de fe, yo respeto tu voluntad y te sigo queriendo y soy tu humilde discípulo y soy nadie para pedirte nada. Pero por esta sola vez te ruego un favor, ruego tu intercesión para que mi paciente salga del coma y recupere la salud. No te lo pido con ningún interés subalterno, no creas que soy tan tonto para pensar que ella sentirá por mí lo que yo siento por ella, solo te ruego que la sanes, que la cures, y que si para eso yo debo sufrir, que me impongas todos los sufrimientos que tú consideres apropiados.* Luego el doctor Fontaine se sienta en la banca y comienza a rezar el rosario en latín, tal como le enseñó su madre.

La memoria es una espía que se aloja en mi cabeza y cumple órdenes del enemigo. La memoria, mi memoria, recuerda siempre lo que me convendría olvidar, y olvida lo que me haría bien recordar. ¿Por qué la memoria, o mi memoria, tiene siempre espacio para alojar recuerdos que lesionan mi honor y sin embargo se niega a grabar esos otros recuerdos en los que quizá fui feliz o al menos no resulté derrotado o humillado? No lo sé. Solo sé que cuando escribo, recuerdo, y cuando recuerdo, las imágenes que se apoderan de mí son aquellas en las que quedo mal parado. Parece una razón suficiente para dejar de escribir. Pero tal opción no es una opción, como probablemente sabe cualquier escritor. Una vez que eres adicto al vicio de escribir, como al de matar, no hay cura posible, a no ser que mueras. Incluso si me volviera ciego seguiría escribiendo, incluso si me amputaran las manos seguiría escribiendo, incluso si no supiera qué inventarme o qué recordar seguiría escribiendo, incluso si tuviera la certeza de que nadie habrá de publicar lo que escriba seguiría escribiendo. De modo que parece ser mi destino recordar para escribir. Y como lo que la memoria almacena son hasta los mínimos registros de la infelicidad, escribir te devuelve siempre a momentos que, en aras de tu salud y bienestar, tendrías que haber olvidado, deberías haber olvidado. No se elige lo que se recuerda y tampoco se elige lo que se olvida. No existen técnicas para olvidar, me lo dijo un amigo. Por eso, cuando pienso en Lola Repetto, me asalta también el recuerdo de aquella tarde en el hospital. Su madre, Pepa, estaba enferma, en realidad siempre estaba enferma porque era obesa y tenía diabetes y la presión le subía o le bajaba pero constantemente tenía algún problema más o menos delicado de salud, y Lola Repetto estoicamente hacía el papel de enfermera. No sé por qué, aquella tarde Lola logró convencerme de ir con ella al hospital de Liniers para visitar a su madre. Me sorprende que haya conseguido convencerme. No visito enfermos ni asisto a bodas o a funerales como regla general, y no hago excepciones aun si se trata de personas muy queridas, salvo que me vea atrapado, como tras la muerte de la abuela de Lola Repetto, aunque eso ocurriría más adelante. Lo cierto es que Lola Repetto y yo estábamos en la habitación del hospital hablando naderías con Pepa, su madre, cuando apareció la abuela Conchita, que un año más tarde habría de morir en mis brazos reclamando su salero perdido. Conchita, española infatigable, era una de esas mujeres que no saben estar quietas y a pesar de los años y los achaques se conducen temerariamente como si fueran jovencitas, y entonces manejan un coche y van dejando contusos por el camino sin darse cuenta siquiera, o salen a caminar y se tropiezan y caen y se rompen tal o cual hueso, o se quedan encerradas en un ascensor porque aprietan el botón erróneo y luego les sobreviene un ataque de pánico, o pasan toda clase de peripecias y sinsabores porque se niegan a aceptar que ya no están en edad de seguir circulando libremente como peatonas, ya no se diga como conductoras de automóviles. La abuela de Lola había caminado un buen trecho hasta el hospital, enterada de que su hija Pepa estaba

internada, y cuando entró en la habitación no tenía buen semblante, parecía exhausta y una palidez casi transparente había impregnado su piel ajada. Nos saludó a todos con un beso en la mejilla y entonces, cuando se acercó a mí, sentí un olor a caca y pensé que la abuela se había cagado en los calzones sin darse cuenta y no dije nada. Pero ella, como si nada pasara, se quedó allí conversando, y pude *ver* en la expresión de perplejidad de Lola Repetto que ella también sentía el nítido olor fecal, y pude ver en la cara descompuesta de Pepa, la madre de Lola, que ella también estaba pensando *Joder, la vieja Conchita se ha cagado y ni cuenta se ha dado*. Pero Conchita, como si con ella no fuera la cosa, hablaba y hablaba del viaje inminente que haría a España con sus amigas, todas señoras que sobrepasaban largamente los ochenta años, todas señoras que se negaban a quedarse tranquilas en sus casas. Lo cierto es que el olor a caca se instaló en la habitación del hospital y en algún momento fue tan poderoso y desagradable que ya resultaba imposible seguir fingiendo que no olía a caca humana, y fue entonces cuando Lola Repetto le dijo a su abuela:

—¿Me prestás *La Nación*?

La abuela tenía, bien enrollado en su brazo, un ejemplar del diario *La Nación*.

—No —sentenció, de un modo brusco.

Lola se rio y dijo:

—Andá, no seas así, prestame *La Nación*, que queremos ir al cine con Javier.

Conchita respondió de un modo seco, severo:

—Y si van a ir al cine, ¿para qué necesitan mi periódico?

—Para ver qué películas están dando en el Village y en Patio Bullrich —le dijo Lola, sorprendida.

Luego Lola Repetto estiró el brazo pero su abuela se alejó de ella y se rehusó a prestarle el periódico y lo estrujó fuertemente entre sus brazos.

—Mamá, dejá de hinchar las pelotas, dale el diario —le dijo Pepa, la madre de Lola, desde su cama.

—No —volvió a negarse la abuela Conchita—. No le doy mi diario —replicó, indignada.

—¿Por qué? —preguntó Lola, sin entender.

—Porque no me da la gana. Porque es mi *Nación*. Si vos querés leer *La Nación*, andá al quiosco, nena. Esta es mi *Nación* y no me la quita nadie.

Lola se largó a reír y enseguida se acercó a su abuela y empezó a tironearle el periódico y Conchita se sobresaltó, resopló, se aferró al diario como un náufrago a una balsa, e hizo cuanto pudo para evitar que su nieta le quitara el ejemplar de *La Nación*. En medio de esos forcejeos que yo encontraba incomprensibles y que atribuía a la demencia senil, de pronto algo cayó al suelo, algo que había estado escondido entre las páginas del periódico, y entonces la abuela Conchita quedó lívida, paralizada, y todos miramos al suelo y parecía una prenda íntima, algo de color

rosado, y luego yo sentí o todos sentimos que el olor a caca se multiplicaba, que era de allí, de esa prenda rosada, de donde provenía aquel olor, y entonces Lola Repetto sumó imprudencia a la temeridad, se agachó y levantó aquello que apestaba y dijo riéndose:

—Abuela, ¿qué hacés con un calzón cagado en medio del periódico?

Pepa, la madre de Lola, se echó a reír como si supiera todo. Yo no entendía nada, no entendía por qué alguien escondería una prenda cagada entre el suplemento de espectáculos y el de bienes raíces.

Pero fue Conchita quien, con conmovedora franqueza, me permitió entender el misterio del olor aquella tarde en el hospital:

—Es que me hice en el calzón cuando venía caminando, se me escapó, y fui al baño y me limpié y guardé el calzón en el diario. Por eso no te quería prestar el diario.

Lola y su madre se rieron, yo no me reí porque me pareció que la abuela se sentía humillada.

Lola le preguntó:

—Pero ¿por qué no tiraste el calzón cagado a la basura del baño? ¿Por qué lo guardás en el periódico?

Conchita se acercó, le quitó el calzón cagado, lo metió de vuelta entre los pliegues del periódico y sentenció:

—Porque una dama como yo no deja nunca un calzón tirado por la calle. Este calzón lo voy a lavar llegando a la casa y mañana estará como nuevo —dijo, y luego dio media vuelta y se marchó sin despedirse pero dejándonos como recuerdo el olor a caca.

Hasta donde yo sé, mis víctimas no se conocen entre sí. Sin embargo, todas conocen o deben conocer al inefable periodista (quiero decir, agitador de temas escabrosos) Carlos Cacho Legrand, pues su presencia en la radio y la televisión es frecuente y más bien excesiva, al punto que aun sin quererlo uno escucha su voz raspada o ve su imagen de cuervo una y otra vez, en un canal de aire o en un canal de cable o en una radio AM o en una radio FM: Legrand es ubicuo, un pulpo mediático, y no hay persona en la Argentina, incluyendo a los enfermos mentales, que no lo conozca y que no lo quiera u odie (los enfermos mentales, sospecho, deben amarlo, pues tal vez algunos, los menos enfermos, o los más, lo reconozcan como a uno de ellos, como a uno de ellos que, sin embargo, ha conseguido seguir en libertad, sin que lo confinen en un nosocomio para dementes). De modo que presumo que Lola Repetto, Agustín Burdisso, Nico Oyarbide y el vecino ruidoso de arriba saben quién es el inefable Legrand, pero presumo además que ninguno lo ha tratado personalmente, aunque esta presunción podría ser errónea en el caso de Oyarbide, pues es más que probable que, siendo el provocador escandaloso que es, haya sido entrevistado más de una vez por Legrand, pero también puede ser que Oyarbide, siendo el genio atrabiliario que es, odie a Legrand porque alguna vez habló mal de él y se haya propuesto no darle nunca una nota a ese enano. Casi con toda seguridad, los cuatro (Lola Repetto, Burdisso, Oyarbide y Legrand) desconocen dónde vivo y, por tanto, desconocen la existencia del vecino del piso de arriba. Con alta probabilidad, Lola Repetto y Agustín Burdisso no se han conocido nunca, pues Lola Repetto no asistiría al restaurante de Burdisso (es demasiado caro) y Burdisso no pasaría ni perdido por la librería de Lola Repetto (los libros le dan estupor y nunca terminó de leer uno, ni siquiera *Mi planta de naranja-lima*). Me atrevería a apostar que Agustín Burdisso, el rey del *glamour*, el chico mimado de los bonaerenses millonarios, el pequeño principito argentino (aunque en rigor Burdisso es hijo de italianos y fue educado en Ginebra, pero decidió vivir en Buenos Aires, básicamente por puto o porque la ciudad le resultaba conveniente y amigable), no ha conocido nunca a Nico Oyarbide, loco entre los locos, puto entre los putos, genio perdedor y marginal, actor, hombre tatuado y con la cabeza rapada, cocainómano y adicto al sexo (al sexo pagado, al sexo con los muchachos de la calle Santa Fe), pues dudo mucho que Burdisso haya ido jamás a los teatros decadentes donde se ponen las obras geniales de Oyarbide (yo no me pierdo ninguna, y no somos nunca más de cuarenta o cincuenta quienes vamos a verlo pasada la medianoche en un teatro que apesta a orín) y dudo más todavía que Oyarbide haya ido a comer alguna vez al restaurante exclusivo, caro y de platos diminutos (parece que allí se paga no por comer sino por exhibirse) del que Agustín Burdisso es dueño no porque la gastronomía sea una de sus pasiones, sino porque cuando decidió mudarse de Ginebra a Buenos Aires lo hizo básicamente por puto, y ya en Buenos Aires tenía tanto dinero que decidió abrir un restaurante básicamente

por puto (para llamar la atención y hacer un *casting* que le permitiese elegir a los cuarenta camareros más bellos de la ciudad, muchos de los cuales comprendían que una parte inevitable de sus obligaciones laborales era tener sexo con Burdisso cuando él así lo deseara y como él lo deseara), y al que asistía todas las noches pasadas las doce básicamente por puto (no porque tuviese hambre sino porque se había metido coca, no mucha, y quería tomarse unas copas y decidir a qué camarero se levantaría esa vez). De modo que me atrevo a especular, sin pruebas o evidencias, que mis cinco víctimas no se conocen entre sí, aunque cuatro de ellas deben de saber bien quién es Cacho Legrand (pues todos en la Argentina saben bien quién es Cacho, salvo el propio Cacho), y Oyarbide debe de saber quién es Agustín Burdisso y a la inversa, y puede que el odioso vecino de arriba no sepa quién es la propietaria de la librería Esplendor que habrá de morir, quién es el dueño de La Gloria que habrá de morir, quién es el actor marginal y cocainómano que habrá de morir, quién es el periodista truculento de la radio y la televisión que habrá de morir y puede que incluso no sepa quién es su vecino del piso de abajo que habrá de matarlos. El orden en que los mataré estará dictado por su popularidad: Legrand, Oyarbide, Burdisso, la Repetto y el vecino de arriba. Si comienzo con el vecino de arriba, Legrand armará tal escándalo mediático que con seguridad en dos días toda la ciudad sabrá que vivo en ese edificio y además Legrand me sindicará como el principal sospechoso. Por eso el primero en morir serás vos, Cacho Legrand, por eso y por preguntarme si yo le di coca y me cogí a Anita Casán antes de que ella se suicidara, había que ser muy hijo de puta para hacerme esa pregunta, la verdad.

Es una ventaja que los crímenes que he cometido en el Perú y en Chile no hayan aparecido en la prensa argentina y que yo siga siendo en Buenos Aires el mismo escritor de quien nadie sospecharía que ahora también es un asesino en serie y que mis víctimas no sepan nada sobre la sangre que he dejado regada en el camino. También es una ventaja que Isidoro, el portero uruguayo, me haya conseguido una pistola con silenciador, calibre nueve milímetros y, sobre todo, que, noble y leal amigo, me haya creído cuando le dije que he sido amenazado de muerte por ciertos enemigos políticos de mi país, sicarios a sueldo del imperio venezolano, que ha extendido sus dominios al país donde nací y lo ha sometido a la condición de colonia pedigüña. Lo que no es una ventaja en modo alguno es que Cacho Legrand sea un hombre tan popular. Al serlo, es amado y es odiado y, por tanto, viviendo en Buenos Aires, es posible que tome sus precauciones y que porte un arma de fuego, aunque estoy casi seguro (porque lo he visto pasear por los bares de Palermo Hollywood) de que casi siempre va solo, manejando su Mini Cooper verde, tratando de levantarse a una chica despistada que se deje embobar por el poder mediático de ese pequeño genio del mal. No será fácil emboscar a Cacho Legrand. Todo el día trabaja, temprano en la radio, luego en la televisión, de nuevo en la radio, no deja de hablar, es una máquina para hablar, y no es que hable cosas iluminadas, al contrario, habla necedades, pamplinas, majaderías, dice cosas chocantes, de mal gusto, ofende a las mujeres, es vulgar, zafio, superficial, pero curiosamente la gente lo quiere (o lo odia, pero aun odiándolo lo escucha) por esas razones, porque Cacho Legrand se atreve a decir por la radio y la televisión las barbaridades incendiarias que muchos quisieran decir pero no tienen los huevos de Cacho y entonces aman a Cacho porque los representa y les da voz. Tengo en mi agenda el celular de Cacho Legrand, pero es obvio que no debo llamarlo para que la policía no dé conmigo cuando investigue el crimen. Nadie sabe cuánto odio a Cacho, y, en honor a la memoria de Anita Casán, lo mataré. Porque Anita Casán no se hizo cocainómana por mi culpa, como dijo aquella vez Cacho Legrand, ni se mató estando conmigo, como luego acusó falsamente Cacho Legrand, ni mucho menos se mató porque yo la hubiese dejado o la hubiese engañado con otra mujer. Anita Casán saltó, con solo treinta años, desde el balcón de un departamento de la calle El Salvador simplemente porque su adicción a la cocaína la volvió loca. Ella se metía cocaína todo el tiempo y me invitaba, pero yo no quería volver a meterme más de esos polvos satánicos que casi me habían matado cuando tenía veinte años y vivía en Lima aspirándolos todos los días y las noches. Por eso no frecuentaba a Anita y ya no me parecía tan atractiva, se había convertido en un espantajo, un guiñapo, una sombra de lo que pudo ser. Porque Anita, con coca (y siempre estaba con coca, incluso cuando estaba en el cine o el teatro se levantaba e iba al baño cada diez minutos para meterse más coca), era insoportable, se volvía caprichosa, se volvía diva, se volvía arbitraria, y quería que yo la secundara, pero a

mí no me hacía gracia ese papel de cortesano y además me daba miedo sucumbir a la tentación en algún momento y volverme un coquero de nuevo. Por eso la dejé. Pero ella no se mató porque la dejara. Ella nunca me amó. Ella se amaba a sí misma y luego amaba a la coca y ya luego no tenía tiempo para amar a nadie más. Yo la dejé y ella no me buscó, y cuando pudo me llamó y me dejó algún mensaje que prefiero olvidar, y supe que estaba saliendo con un actor chileno y luego con un profesor de gimnasia. Con él la vi un día en un bar de Palermo. Era un sujeto de músculos hinchados y una gran cadena de oro colgada al cuello que me pareció horrible y que, a juzgar por sus ojos desorbitados y su lengua inquieta, estaba tan lleno de coca como la pobre Anita. Me acerqué, los saludé, ella no fue cálida conmigo, entendí el mensaje, me alejé enseguida. Más adelante volvimos a encontrarnos para la entrevista que me hizo en un restaurante del bajo de San Isidro con vista al río y al día siguiente leí en *La Nación* y *Clarín* vía internet que Anita Casán había saltado (o la habían empujado) del balcón de su apartamento y había muerto. Tiempo después volví a Buenos Aires y Legrand me invitó a su programa.

—¿Para hablar de qué, Cacho? —le pregunté.

—Para hablar de tus libros, que me han dejado partido al medio —me mintió, el muy taimado.

—Bueno, encantado —le dije.

Me citó antes de las diez de la noche del día siguiente en el estudio de Canal 9 en Palermo. Recuerdo que fui con una chaqueta de cuero que me había comprado en Zara y que de camino vi paseando por un parque al músico Pito Páez con su hijo o su hija o un niño que tal vez no era su hijo ni su hija, y que Pito llevaba una campera exactamente igual a la que yo tenía puesta. Me pareció una señal ominosa. Lo era: dos horas más tarde estaba sentado con Cacho Legrand y su primera pregunta fue *¿Es verdad que tuviste sexo con Anita Casán la noche antes de su suicidio?* No he podido recuperarme de aquella noche. No puedo dejar de pensar en lo mucho que me humilló Legrand, que además emitió la entrevista incontables veces. Por eso ahora tengo que matarlo. El problema es hacerlo de tal manera que parezca un accidente y nada en la vida de Cacho Legrand suele ser accidental porque es un enano adicto al trabajo, que se jacta de tener un control absoluto sobre su maniática rutina de hablantín bien remunerado. Alguien tiene que callar por fin a ese patán. Alguien tiene que restaurar la elegancia del silencio. El honor me llama a cumplir esa misión. El honor y la memoria de Anita Casán.

Alma Rossi ha abierto los ojos después de siete semanas en coma. Me lo ha contado por teléfono Alberto Fontaine, su médico, a quien mi voz ya le resulta familiar. Los ha abierto cuando estaba sola en su habitación, a las cinco de la mañana. Ha comprendido que está en una clínica. Ha visto borrosamente su cuerpo inmóvil, los tubos que la mantienen viva. Ha sentido una fragilidad infinita, ha sentido que su vida pende de un hilo. No sabe dónde está. No recuerda nada. No me recuerda disparándole en Zapallar. No recuerda a Mario Santa Cruz dándole instrucciones para sacar una pistola de la caja fuerte. No recuerda cómo se llama. Curiosamente, solo sabe algo y lo sabe de una manera difusa, quebradiza: que tiene que vivir, que es perentorio sobrevivir, que no puede morir todavía. Siente (no lo sabe racionalmente) que aún es pronto para morir y que, si se recupera, deberá cumplir una última misión que dé sentido a su existencia. Ignora cuál es esa misión, pero entiende que no puede rendirse, que no puede dejarse morir, que todos los días debe abrir los ojos hasta recordar con exactitud por qué le resulta tan urgente seguir viva y cuál es la misión que debe cumplir para encontrar la paz que ahora no halla, pues una sensación de angustia y rencor desasosiega su espíritu roto.

De todas las cosas que he visto hacer en televisión a Cacho Legrand (la mayor parte de las cuales me han parecido a la vez grotescas y divertidas), la que más nítidamente recuerdo fue una emboscada que me tendió un par de años antes de la infame entrevista en que me preguntó sobre Anita Casán. No sé en qué canal estaba Cacho, porque cada año saltaba de un canal a otro y siempre caía parado y le iba mejor, solo recuerdo que, como de costumbre, me engatusó, me dijo un verso, me prometió que hablaríamos sobre mis libros. También esa vez los representantes de la editorial argentina me aconsejaron no ir al programa de Legrand. *Es demasiado amarillo*, me dijeron. *¿Pero la gente lo ve?*, pregunté. *Lo ve todo el mundo*, me dijeron. *¿Y ustedes lo ven?*, pregunté. *Sí, obvio, Cacho es un genio, un maestro*, me dijeron. *Entonces voy a ir*, dije. *Mirá que Cacho te va a entrar con la pierna en alto*, me advirtieron. *Así es más divertido*, dije, con cierto aire de superioridad, como si confiase en que Cacho, por muy cabrón que fuese, no iba a poder conmigo. Llegué temprano al estudio, me maquillaron y me llevaron a un camerino donde debía esperar. Había bebidas, frutas y quesos. Pensé *Cuántas parejas de actores o bailarines o copetineras habrán follado deprisa en este lugar*. De pronto apareció Legrand, me dio la mano sin mirarme a los ojos y me preguntó si me habían tratado bien. Le dije que sí, que todo estaba bien. Me preguntó:

—¿De qué querés hablar en el programa?

—De lo que vos quieras, Cacho —le dije.

No lo dudó:

—A la gente lo que le gusta es que hables de sexo. No esquivé el desafío:

—Bueno, hablemos de sexo.

—Dale. Pero tratá de darles duro a las minas, decí que son sucias, que no se lavan el pelo con champú, que usan el mismo calzón toda la semana, decí cosas así, ¿viste? Eso es lo que le gusta a la gente —se entusiasmó.

Me reí. Cacho Legrand siempre podía ofrecer una peor versión de sí mismo. Luego me sorprendió:

—¿Y qué onda con las drogas?

—¿Las drogas? —me hice el distraído.

Cacho me saltó a la yugular con su cara de vendedor de joyas y sus ojillos de embaucador profesional:

—¿Es cierto eso que dicen, que vos escribís drogado?

—No, qué ocurrencia, Cacho. En mi juventud escribía drogado pero ahora ya no, hace años las dejé —contesté y me reí.

—¿Las dejaste? —preguntó, muy serio.

—Sí, hace fácil veinte años las dejé —respondí.

—¿Y dónde las dejaste, para ir a buscarlas? —bromeó él. Nos reímos, pero luego cometí un error. Le dije:

—No sabés lo que me pasó al llegar al Sheraton. —Cacho abrió los ojillos y me escrutó con vivacidad. Continué—: Llegué, me registré, entré en la habitación y cuando abrí el cajón de la mesa de noche, había una Biblia y un porro.

—Me estás jodiendo, Garcés. ¿Un porro de marihuana? —dijo Cacho, riéndose.

—Te lo juro, Cacho —le dije—. Alguien se fue y se olvidó el porro y por lo visto la mucama no limpió bien o al limpiarlo lo vio y decidió dejarlo por cortesía para el siguiente huésped, que por suerte fui yo.

Cacho, experto en no perder el tiempo, en sacar titulares tremebundos de la nada, en crear polémicas feroces entre dos personas que no se conocen siquiera, preguntó:

—¿Y qué hiciste? No me digas que lo tiraste por el inodoro.

—No, no, ni que estuviera loco —dije y me reí.

—¿Y qué hiciste, entonces? —volvió a la carga—. ¿Lo dejaste en la mesilla de noche?

Sonreí con aire ganador y contesté:

—No, ni en pedo, me lo fumé esa misma noche y era marihuana de la buena.

Cacho asintió, como si le pareciera correcta mi conducta:

—¿Fumaste la marihuana en el Sheraton?

—Sí, obvio —respondí.

—¿Y estuvo buena? ¿Te gustó? —atacó de nuevo.

—Sí, claro —respondí.

Cacho miró el reloj y dijo:

—Nos vemos en el estudio.

Faltaban diez o quince minutos para comenzar el programa. Cacho salió presuroso. Unos minutos después vino una señorita de la producción y me dijo:

—Cacho va a abrir el programa con vos. Vamos al estudio por favor.

—Claro, encantado —dije.

Caminamos por los pasillos que ya antes había recorrido, me senté al lado de Cacho Legrand, la maquilladora me retocó el rostro, los técnicos me saludaron y Cacho me mostró un ejemplar de uno de mis libros y dijo fríamente:

—Buen trabajo. Lo leí. Me gustó. Vamos a hablar de este libro, no te preocupes.

—Gracias, Cacho, hablemos de lo que quieras, de lo que más te convenga —le dije.

Me miró y no dijo nada. Unos minutos después sonó la música del inicio del programa y pasaron las imágenes donde se veía el rostro de Carlos Cacho Legrand con distintas miradas de frente y de perfil, siempre con un aire receloso, desconfiado, inquisidor. Luego Cacho abrió el programa: *Buenas noches, este es el tema polémico de hoy*. Enseguida, una voz engolada gritó lo que aparecía en mayúsculas en toda la pantalla: *¡ESCRITOR PERUANO JAVIER GARCÉS RECAE EN EL VICIO DE LA DROGA!* Miré a Cacho, sorprendido, pero él ni me miró, siguió mirando la pantalla,

esperando el siguiente titular, que la voz leyó en tono de catástrofe: *¡GARCÉS CONFIESA QUE SE DROGÓ EN EL HOTEL SHERATON!* Yo no lo podía creer: ¿cómo Legrand en diez minutos había armado todo ese escándalo en base a la confianza que le había hecho en el camerino, cómo podía ser tan desleal y exagerado? Luego la cámara enfocó mi rostro sumido en el estupor y la voz leyó otro titular apocalíptico: *DICE GARCÉS: «ES LA MEJOR DROGA QUE HE CONSUMIDO EN MI VIDA».*

Yo no le había dicho eso a Legrand, solo le había contado que la marihuana que encontré por accidente no estaba mala, que pasaba un mínimo control de calidad (pero sin duda había fumado mejores). Mi rostro era una huella digital, un choque y fuga, un accidente múltiple, la suma de la perplejidad y el pavor y el espanto. Luego Cacho Legrand me habló:

—Buenas noches, Garcés. ¿Es cierto que al llegar a Buenos Aires ha recaído en las garras de la droga?

No me quedó otra alternativa que aferrarme al humor:

—Es cierto, Cacho, me he drogado mal, ahora mismo estoy drogado, ¿quierés que te invite un poco?

Si quieres que las cosas salgan bien, debes planearlas, estudiarlas, ensayarlas, tener un plan de contingencia. No debes confiar en tu capacidad de improvisación. Un crimen nunca se improvisa, a no ser que sea para salvar la vida. En mi caso, el encanto de matar no radica exactamente en matar, sino en que el crimen quede impune. Me he echado ya varios muertos a la espalda y de momento nadie me persigue, que yo sepa. Con Cacho Legrand las cosas serán complicadas, por tratarse de una celebridad, pero tampoco imposibles, por tratarse de un ególatra ensimismado, convencido de que casi todos lo aman y que quienes lo odian son unos cobardes incapaces de hacerle daño. Yo, en realidad, no lo amo ni lo odio, simplemente lo desprecio, simplemente quiero matarlo. He estudiado sus movimientos, su rutina, y he llegado a la conclusión de que la hora en que debo emboscado son las cinco y media de la mañana, cuando sale de su edificio situado en Libertador y se dirige manejando su Mini Cooper verde hacia las cabinas de Radio Diez, en Palermo. Me he dado el trabajo de alquilar un auto por varios días, de madrugar, de esperarlo frente a la radio, de seguirlo a prudente distancia hasta el edificio donde vive en Libertador, y una vez que he confirmado que allí habita y a qué hora sale rumbo a Radio Diez, en la calle Fitz Roy al 1490, Palermo, he podido notar también que toma siempre la misma ruta: sale del edificio en la esquina de República de la India y Libertador, dobla en Lafinur, baja por Lafinur hasta Las Heras, sube por Las Heras hasta plaza Italia, sigue por Santa Fe, llega a la calle Fitz Roy y dobla hacia la derecha y por esa calle de altibajos cruza cinco esquinas: Charcas, Paraguay, Guatemala, Soler y Nicaragua. La ventaja es que a esa hora, cinco y treinta de la mañana, cinco y cuarenta cuando mucho (porque Legrand sale al aire a las seis en punto y antes hojea la prensa y toma un par de cafés y putea al personal), aún no ha amanecido, está a oscuras, y claramente es en Lafinur o en el primer tramo de Fitz Roy donde debo atacarlo. He comprado guantes de látex en una farmacia de San Isidro. He colocado el silenciador a la pistola. La he cargado. He bajado hacia el río en San Isidro y he disparado ocho tiros y he comprobado que la pistola funciona bien y no hace ruido, Isidoro es un tipo confiable. He retirado la matrícula del auto alquilado. He vuelto a sentir la emoción de matar. Todo debe ser ejecutado con precisión. No debe salpicarme una gota de sangre. Nadie debe verme. Ni siquiera Cacho Legrand debe saber que soy yo quien le dispara, porque nunca se sabe si muere o queda en coma y luego regresa del coma y me delata o toma venganza, como podría ocurrir con Alma Rossi. He comprado varias medias pantis de mujer y me las he probado hasta dar con las que encubren mejor mi rostro. No puedo respirar con facilidad, pero las tendré puestas unos pocos minutos, y no puedo ver con claridad, por eso he tenido que hacerles dos agujeros para apuntarle bien al miserable de Legrand. Luego he evaluado cuáles son las madrugadas más desoladas. Por lo visto, el lunes es el día más propicio, hay menos gente andando por la calle a las cinco y media de la

mañana. Por fin he esperado un lunes de noche a que aparezca el Mini Cooper verde saliendo del estacionamiento subterráneo en el edificio de Libertador con República de la India. Legrand maneja solo. Habla por el celular. No me ve. Lo sigo de lejos por Lafinur, no me gusta esa calle, pasan muchos colectivos, pasean muchos perros. En Las Heras se me aleja un poco, hay un tráfico espeso, el fragor de los microbuses, un caos. Nos detenemos en la plaza Italia. Demasiada gente alrededor, muchos peatones mirando, algunos reconocen a Legrand, que sigue hablando por el celular. Cuando dobla en Fitz Roy y pasa Charcas y luego Paraguay, acelero y choco su Mini Cooper por detrás. Veo cómo la cabeza calva de Legrand se hamaca con el golpe. Echo un vistazo. Nadie mira, nadie se acerca. Preparo la pistola. Espero a que Legrand baje y venga a putearme y reciba su bienvenida de plomo. Pero Legrand mira por el espejo y no baja. Retrocedo y vuelvo a chocarlo. Legrand reconoce el peligro y acelera a toda prisa. Su reacción me coge desprevenido. Cuando intento seguirlo, ya es tarde, ya ha llegado a Radio Diez y los hombres de seguridad sacan sus armas y a lo lejos comprendo que debo abortar el plan, doblo por Guatemala, acelero, entro a Juan B. Justo y enfilo apretando el acelerador hasta llegar a la avenida Libertador, luego tomo dirección norte y recién entonces me quito las malditas pantis y grito: *¡La concha de tu hermana, Cacho, debí chocarte en Lafinur!* No es una sensación reconfortante llegar a casa con la pistola cargada escuchando por la radio a la víctima todavía con vida contar que alguien en un auto azul lo chocó dos veces, *seguramente para secuestrarme o para robarme, en este país ya no se puede vivir, esto no da para más, ya me tienen las pelotas hinchadas los chorros, y la policía no hace un carajo, yo no aguanto más vivir así, asustado como un conejo, ahora mismo, terminado el programa, voy a hablar con Daniel Heller y le voy a pedir que me deje hacer el programa desde mi casa en José Ignacio, y si Daniel Heller me dice que no, largo todo a la puta madre que los parió y me voy a Miami.* Me río. Cacho está nervioso, asustado. Pero está vivo. Está parloteando en la radio. He fracasado. Por primera vez en mi carrera de asesino, he fracasado.

El amor no se me ha dado en la Argentina. Con la solitaria excepción de Alma Rossi, el amor no se me ha dado, ella es la única mujer que he amado. Tiendo a desconfiar de las mujeres. Tiendo a pensar que el amor a una mujer comienza con un recorte de la libertad personal, continúa con un número de concesiones que uno se resigna a hacer en aras de la felicidad de ella (y tal vez a despecho de la propia) y termina siempre mal, bien sea porque ella no comprende que la amamos pero también podemos desear o amar a otra mujer sin que eso menoscabe nuestro amor por ella, bien sea porque nos exige siempre más concesiones, más recortes de nuestra libertad, más control y dominio sobre nuestra vida. Quizá solo he conocido el amor en Alma Rossi porque ella era todavía más celosa de su libertad que yo y porque no quería contratos, compromisos ni formalidades conmigo y porque me repitió siempre que no porque tuviéramos alguna forma de sexo ella pasaba a pertenecerme o dejaba de ser libre para tener sexo con otros u otras, que es exactamente como yo entiendo una verdadera relación de amor. Las otras mujeres que he intentado amar, no muchas, cinco o seis, acabaron siempre por ahogarme en el mar turbulento de los celos, las exigencias descomedidas, la intrusión gradual en ese ámbito íntimo que yo creía invulnerable, acabaron por enloquecerme un poco, terminé detestándolas y viéndolas como criaturas histéricas, aterradas de estar solas, voraces en sus apetencias y sus caprichos, convencidas de que el usufructo de su cuerpo, y en particular de sus genitales, me obligaba a darles a cambio cuanto ellas me pidieran. No he podido (tal vez no he querido) enamorarme de ninguna otra mujer que no fuese Alma Rossi, porque relacionarme con ellas me ha terminado pareciendo un intercambio de tiempo, afectos y secreciones en el que el costo resultaba excediendo con largueza al beneficio. El beneficio del sexo es breve y tiende a declinar. El beneficio que de veras se aprecia es el de la buena compañía. Cuando el sexo con una mujer es bueno o estimable, pero su compañía nos resulta luego un tanto espesa o irritante, acabamos (acabo: hablo por mí) por encontrar que los momentos de placer que esa mujer nos concede son escasos y en cierto modo prescindibles por comparación con los momentos de tensión, fastidio, enojo y desasosiego que nos provoca. La verdad es que las mujeres me interesan un rato más o menos breve y luego, cuando advierto que se vuelven pedigüeñas y posesivas y neuróticas, dejan de interesarme, y no tengo escrúpulo en desaparecer de sus vidas sin despedirme siquiera. En Buenos Aires he tenido dos o tres amantes, entre las que por supuesto no cuento a Lola Repetto, y creo que a una de ellas la quise más que a las otras y pude llegar a enamorarme. Las otras (Paulina, una reportera de televisión que resultó siendo insaciable en la cama, casada, madre de un hijo, hincha de Racing, dueña de un perro llamado Piojo López, admirable soplapollas, siempre dispuesta a mamarla; y Lucrecia, una actriz preciosa, corta de estatura, devoradora de hombres, fumadora de marihuana y otras hierbas, casada con un cocinero de moda, estrella de la tele y del cine que también hacía

teatro, donde creo que actuaba para conocer hombres que se enamorasen de ella desde sus butacas para luego elegir a cuáles se quería coger y por suerte a mí me eligió una sola vez y me folló en su camerino, yo pensando *No vaya a venir con un ramo de flores su esposo el cocinero*) me dieron buen sexo, o incluso muy buen sexo (siendo Paulina una puta sin culpa y Lucrecia, una amante delicada y culposa), pero no estuve siquiera cerca de enamorarme de ellas y de ambas me alejé cuando comprendí que la cosa podía acabar mal porque sentía que los esposos me estaban respirando en la nuca y no confiaba en la astucia de ellas para mentirles y no quería salir en las páginas policiales de *Clarín*, víctima de un crimen pasional por follarme a la reportera o la actriz. Pero hubo una argentina de la que pude haberme enamorado de no haber sido por su reticencia a atar su vida a la mía. Curiosamente, fue ella la que no quiso ninguna alianza conmigo, fue ella la que me fumigó y espantó de su vida, la que se aburrió de mí o se asustó de mí o pensó que era un mal amante y no me lo dijo, no lo sé bien. Solo recuerdo que conocí a Valentina en el bar del hotel Alvear, donde me sentaba a tomar tres o cuatro jugos de naranjas recién exprimidas y observar a los turistas, generalmente obesos, generalmente brasileros o europeos saqueando los bazares refinados de Palermo gracias a que el tipo de cambio monetario les resultaba favorable. Valentina estaba con unas amigas, tres amigas, todas muy lindas, ninguna tan linda como ella. Bebían champán y se reían y yo miraba a Valentina, procurando no ser demasiado insistente, no incomodarla, y ella a veces me miraba y sonreía, esquiva y fugaz, yo la encontraba absolutamente fascinante. Por eso, cuando se levantó y pasó a mi lado y me sonrió, no dudé en ponerme de pie y seguirla. Subió unas escaleras y entró en los servicios higiénicos. La esperé. Cuando salió le di un papel donde había apuntado mi nombre y mi teléfono y le dije *Ojalá me llames*. Ella se rio, le hizo gracia mi desfachatez, y dijo simplemente *Ojalá*. Yo pensé que al decirme eso, *ojalá*, estaba diciéndome que no me llamaría, de modo que volví al bar, pagué la cuenta y me retiré discretamente, sin atreverme a mirarla otra vez. Pero esa misma noche me llamó. Era divertida, audaz, de risa fácil. Era hija de unos austriacos millonarios que vivían en Villa La Angostura. Se llamaba Valentina Salzman. Tenía un novio, un jugador de polo famoso que estaba de viaje por Europa. Vivía cerca de mi departamento en San Isidro, en una casona vieja de Martínez. La invité a cenar. Aceptó para la noche siguiente. Cenamos en un restaurante alemán en la esquina de Libertador y Alem, Charlie's Fondue. Era delgada, muy blanca, un tanto inquieta, no le gustaban los silencios, hablaba mucho pero de asuntos divertidos y por suerte se reía cuando le hacía alguna broma. Tomó más vino que yo. Me contó que estaba enamorada de su novio, que iban a casarse ese mismo año. No sé por qué sentí que le daba miedo casarse con el polista, que tal vez no estaba del todo enamorada del polista, que esa mujer frágil era una princesa extraviada, exiliada, apátrida, secretamente enamorada

de su padre, de quien no hablaba sino maravillas, y tuve la certeza de que no me sería concedida la gracia de conocer a otra mujer como ella, y por eso le pedí, le rogué, que viniera a tomar una copa a mi departamento, y ella se negó, se negó varias veces, pero tanto insistí que al final aceptó y no tomamos nada y terminamos en la cama haciendo el amor, aunque ella no me permitió que entrase en ella, hicimos el amor de una manera más prudente, solo besándonos y tocándonos. *Te llamo mañana*, me dijo apenas se vistió, y luego se marchó presurosa. Nunca más me llamó. Yo la llamé dos o tres veces, luego entendí que debía dejarla en paz con su novio. Lo último que supe sobre Valentina fue que se había casado con el polista, lo supe porque fui a cortarme el pelo y me dieron la revista *Caras* y allí aparecían ambos, recién casados, y si bien ella sonreía, yo creí ver que su sonrisa encubría un temor latente, un secreto sórdido, algo que acabaría minando aquel amor glamoroso. Tal vez por eso me dejó, tal vez porque no sé jugar polo, tal vez porque su esposo polista era más joven y atractivo que yo, y me quedé pensando que Valentina Salzman era, después de Alma Rossi, la mujer que más me ha turbado o de la que me hubiera gustado enamorarme si ella me lo hubiese permitido. Pero por otra parte estoy seguro de que ese amor habría terminado mal, como estoy seguro de que terminará mal su matrimonio con ese polista con cara de tonto.

Cuando el doctor Fontaine le habla al oído a Alma Rossi (algo que solo se permite una vez que se han retirado las enfermeras y otros doctores y ambos han quedado a solas), el corazón de la paciente acelera la intensidad de sus latidos y un área de su cerebro, la relacionada con el reconocimiento de las voces, se activa, se enciende. El doctor Fontaine ha notado este efecto sobre su paciente, y por eso le habla a menudo y le habla como si fuera su novio y ya no reprime el amor que siente por ella y le dice cosas que, está seguro, propiciarán que Alma Rossi abra los ojos y vuelva a la vida. Alma lo escucha, comprende que es el doctor, podría tal vez abrir los ojos pero ha elegido el misterio de las tinieblas, la voz sin rostro que le susurra dulcemente: *Cuando te recuperes, mi amor, te voy a llevar a Positano, la playa más linda que he conocido, y vamos a pasar el verano juntos, y te prometo que nadie te hará más feliz que yo. Escúchame, Alma Rossi: mi nombre es Alberto, Alberto Fontaine, y soy doctor, tu doctor, y me he enamorado de ti y te ruego que vuelvas a la vida porque si tú mueres, yo moriré contigo.* Alma no abre los ojos pero entiende que ese hombre que le dice promesas de amor es un hombre bueno, que no miente, que solloza cuando le pide que no se muera. Por eso Alma no puede evitar que su corazón se acelere, y el doctor Fontaine, creyendo que soy el hermano de Alma, me confirma por teléfono, con disimulado entusiasmo, que cuando le habla, ella algo escucha, algo entiende. *Vas a vivir, mi amor. Vas a vivir y vas a olvidar todo lo malo y yo voy a ser tu ángel de la guarda, Nunca volverán a hacerte daño, Alma Rossi.* El doctor Fontaine besa la frente de su paciente y ella siente la fugaz humedad de unos lagrimones que, sin querer, él derrama sobre ella.

Alquilar un auto en el hotel del Casco, manejar de noche por la avenida General Paz. Bajar por Rivadavia. Buscar la calle La Madreselva: doblar por León Suárez, girar en Coronel Falcón, bajar dos calles por Cosquín, allí está La Madreselva. Encontrar el número. Tocar el timbre. Ver el reloj: diez y diez de la noche. Esperar. Escuchar los ladridos de la perra Benita. Ver el rostro perplejo de Lola Repetto. Saludarla con cariño impostado. Entrar, darle un beso en la mejilla, sentir su olor rancio, acariciar a la perra. Responderle que solo estoy de paso para dejarle un regalo. Darle el regalo: una caja de alfajores. Simular, ante su sorpresa, que es normal que lleve guantes de cuero. Decir que es por el frío: *Ya sabes, yo siempre tengo frío*. Preguntarle si está sola. Escucharla decir con tono plañidero *No estoy sola, estoy con Benita, ella me quiere más que nadie*. Escucharla decir si quiero tomar algo. Responder *No, no, estoy de paso*. Escucharla decir que debería quitarme los guantes. Responder *No, no, no puedo*. Mirar su cara, sus ojos acuosos, su nariz aguileña, su tez paliducha, su boca tristonera, la cara de una mujer sin suerte, resentida, obligada a masturbarse mientras su perra la mira y apesta. Sentir que esa perra apesta y que no cesa de ladrar. Pedirle a Lola Repetto que calle a la perra. Escuchar que Lola me responde en tono desafiante: *Si te molesta la perra, entonces andate. No sé para qué has venido*. Decirle *Para darte una sorpresa*. Escucharla decir *¿Esto, los alfajores?* Sacar lentamente la pistola con silenciador ya lista para disparar, dar dos pasos hacia atrás, ver su rostro de estupor y malsana curiosidad, decir *No, esto, lo que te mereces por ser una perra que quema mis libros*. Disparar. Disparar una, dos, tres veces, en el pecho de Lola Repetto, a la altura del corazón. Verla desplomarse sobre un sofá. Constatar que el silenciador es impecable. Ver a la perra lanzarse angustiada sobre el cadáver de Lola. Escuchar más ladridos insoportables de la maldita perra que nunca paró de olisquearme y mostrarme su hostilidad. Disparar una, dos, tres veces, ahora sobre la perra Benita. Hacer de la perra un guiñapo, un amasijo de sangre tendido sobre Lola Repetto. Ver a las dos perras muertas. Sentir júbilo. Sentir euforia. Sentir éxtasis. Sentir que Dios soy yo, que si Dios no hace su trabajo, alguien tiene que hacerlo por él. Sacar una cámara de fotos. Captar esa imagen inspiradora. Guardar la cámara. Quedarme con los guantes puestos. Asomarme al umbral de la puerta. Comprobar que nadie ha sentido nada, eso es lo bueno de ese barrio de Liniers, de la calle La Madreselva: nadie siente nunca nada, cada uno está en lo suyo, supongo que siendo domingo están viendo por la tele *Fútbol de primera*. Subir al auto. Avanzar por La Madreselva, doblar en Carhué, luego en Ibarrola, subir por Montiel hasta la avenida Rivadavia. Tomar el acceso a la General Paz. Manejar de regreso a casa con la discreta satisfacción del primer deber cumplido en Buenos Aires. Quedan cuatro. El último será mi vecino. El penúltimo, Carlos Cacho Legrand, el siniestro y jabonoso esperpento de la televisión.

Una noche en que asistí a un teatro decadente para ver una obra genial de Nico Oyarbide, me ocurrieron varias cosas que no he conseguido olvidar. Acudí solo. La función empezaba tarde, pasada la medianoche, y por eso me pareció conveniente alquilar un auto para ir. Las inmediaciones del teatro sugerían que era un lugar peligroso para dejar un vehículo. Estacioné en una calle pobremente iluminada y caminé entre los cartoneros que revolvían la basura. Entré discretamente al teatro. Me senté en un palco, arriba de la platea. Oyarbide arrancó la función con un monólogo afiebrado, delirante, desmesurado, genial, sobre el caos que es la vida, sobre la vergüenza que es nuestra especie. De pronto estaba quitándose la ropa. Completamente desnudo, con una dotación genital no menor que provocó los murmullos del público (no más de cincuenta personas, y diría que con una clara mayoría homosexual), Oyarbide cogió un pan, se lo sobó por la verga y los testículos y lo arrojó hacia los asistentes, que festejaron con risotadas la transgresión. Luego cogió otro pan, se lo volvió a pasar por los huevos y el pene y lo tiró hacia la audiencia. *¡Cómanse los panes, negros de mierda!*, gritó Oyarbide, como si fuera un emperador romano. Enseguida le alcanzaron otro pan, lo partió en dos pedazos, se los frotó por su genitalidad y los arrojó exactamente hacia mi palco, gritando *¡Come, come, peruano del orto!* La gente se volvió a mirarme, todos se rieron, algunos me abuchearon, no sé si porque me reconocieron o porque reprobaban la idea de que un peruano estuviese en aquel palco. Los panes cayeron cerca de mí, me tocaron. Pensé *Oyarbide está loco y, además, pasado de coca*. No me levanté, no quise irme, no quise hacer un desaire. Después se vistió de mujer y empezó a parodiar a una diva chilena enamorada de un mafioso argentino y todos soltamos la carcajada y olvidamos los momentos insólitos de los panes y la verga y los testículos y Oyarbide conminándonos a comer esos panes untados con su sudor de entrepierna. Al terminar la función, recibió la ovación que merecía. Me retiraba de prisa cuando un asistente suyo me interrumpió y me pidió que pasara al camerino del actor, que quería saludarme. No tuve más remedio que aceptar y acompañar al asistente a través de unos pasillos oscuros, entre cortinas que olían mal. De pronto me encontré en el camerino de Oyarbide. Estaba desnudo, completamente desnudo. Como si fuera muy natural, se acercó a mí, me abrazó, me abrazó fuertemente, al punto que sentí la opresión de su genitalidad contra una de mis piernas (Oyarbide es más bajo que yo), y me dijo, señalando a un joven muy delgado, de aspecto pálido, más bien tímido y desaliñado:

—Este es Paco, mi pareja.

Me sorprendió que usara esa palabra, *pareja*, para designar a ese muchacho pasmado. Pero sobre todo me sorprendió que no se vistiera, que no tuviera planes de vestirse. Habló de nuevo:

—Paco y yo te hemos leído, nos gustan mucho tus libros.

—Muchas gracias —dije, sorprendido—. Me encantó la función. Estuviste genial. Oyarbide se entusiasmó:

—¿Viste, Paco? ¿Viste que soy un genio? ¿Viste que soy el puto más genial de todos los tiempos? Y no lo digo yo, Paco, lo dice Javier Garcés, ¿okay? —dijo, y Paco asintió y me miró con recelo, y luego Oyarbide se rascó la bolsa testicular y añadió—: Vamos a celebrar el éxito de esta noche —se agachó, dejándome ver el trasero velludo, y aspiró dos rayas de cocaína y humedeció un dedo de la mano derecha, lo impregnó del polvillo y se lo llevó a la boca—. Servite, Garcés —me dijo.

Pero antes de que yo pudiera decir *Sí o No, gracias*, Oyarbide ya se había hincado y se metía cocaína con cierta premura.

—Yo paso, muchas gracias —dije.

—No te vengas a hacer el *dandy* conmigo, mirá que yo te conozco, miró que he leído tus libros, Garcés, andá, no seas boludo, es de la buena —insistió Oyarbide.

—Bueno, que sea en tu honor —dije, temeroso de que me pegase o intentase violarme o se volviese más loco de lo que ya estaba si yo insistía en negarme.

Me agaché y me metí apenas un toque de cocaína. En otras épocas había aspirado bastante y sabía que podía engancharme y no quería recaer, volverme adicto de nuevo, pasar las noches sin dormir esperando a que me reventase el corazón. De pronto tocaron la puerta. Oyarbide abrió desnudo, sin ocultar en modo alguno su cuerpo. Se agachó y besó y abrazó y acarició a un perro labrador, un animal grande que a su vez lamió a Oyarbide y pareció alegrarse de verlo.

—Te presento a Calígula —me dijo Oyarbide, señalando al labrador.

—Hola, Calígula —dije.

Luego Oyarbide cogió un poco de coca con los dedos y lo puso en la lengua del perro Calígula, que pareció excitarse al sentir el estímulo de la cocaína en su lengua desmesurada e inquieta. *Debo escapar*, pensé.

—Voy al baño, ya regreso —dije.

—Apurare que nos vamos a casa, he llamado a unos *taxi boys* divinos —me dijo Oyarbide.

—Voy y vengo —dije.

Salí y corrí y no me detuve hasta llegar al lugar donde había dejado el auto. Pero el auto no estaba. Se lo habían robado. Seguí corriendo, detuve un taxi, subí y dije *A San Isidro, por favor*.

Alma Rossi ha abierto los ojos, ha presenciado el júbilo de los doctores y las enfermeras que ignoraban que ella ya abría los ojos cuando no estaban, ha sonreído muy levemente y ha dicho su primera palabra en nueve semanas: *Cocacola*. Los médicos y las enfermeras, eufóricos, se han reído. Saben que si ella ha abierto los ojos y ha hablado, ha salido del coma, y si ha salido del estado vegetativo, en unas semanas podrá moverse, hablar, ponerse de pie, caminar.

—Quiero una cocacola —ha dicho Alma Rossi, sintiendo la lengua enroscada, la voz pastosa.

El doctor Fontaine la ha tornado delicadamente de la mano y le ha hablado:

—Bienvenida de vuelta al mundo, señora Rossi. Todos en esta clínica la queremos mucho y estamos muy pendientes de su salud. No sabe la gran alegría que nos ha dado al abrir los ojos y hablarnos y salir del coma.

Sin mirar a Fontaine, a quien ahora encuentra demasiado hablador, demasiado untuoso en sus promesas inflamadas, Alma Rossi ha vuelto a hablar:

—Cocacola.

Una de las enfermeras ha intervenido entonces:

—No podemos darle cocacola, señora Rossi. Todavía no.

Alma Rossi ha comprendido que está en cautiverio, que es una rehén de esta gente bondadosa pero irritante, y ha cerrado los ojos y ha pensado *Quiero morirme, si no puedo tomar una cocacola quiero morirme*. Su corazón se ha desacelerado, su pulso ha disminuido, sus señales vitales han entrado en zona de riesgo.

—¡Traigan una cocacola al tiro! —ha gritado el doctor Fontaine, y luego se ha sorprendido de haber gritado.

Minutos después, el propio doctor Fontaine le ha dicho a su paciente:

—Señora Rossi, por favor, abra los ojos, acá tenemos la cocacola.

Alma ha escuchado *cocacola* y ha abierto los ojos y el doctor Fontaine ha acercado el vaso de plástico hasta su boca y ha vertido un poco de la gaseosa negra y fría sobre la lengua reseca, amarillenta, de su paciente. Alma ha saboreado esa dulzura burbujeante, se ha quedado extasiada con ese sabor que le recuerda los mejores momentos de su infancia, y luego ha pasado el trago y se ha sentido viva, feliz.

—Más —ha dicho—. Quiero más.

Cuando mate por fin a Nico Oyarbide, Agustín Burdisso y Carlos Legrand, llegará la hora de matar al argentino que odio con más persistencia, y al que, sin embargo, he visto muy poco la cara: mi vecino del piso de arriba, que se pasa la noche orinando, tirando la cadena del inodoro, expulsando ventosidades estruendosas, hablando por teléfono a gritos y con palabras procaces. A ese sujeto repugnante le tocaré el timbre, le diré que necesito hablar un par de asuntos con él y le meteré tres proyectiles de nueve milímetros en la cabeza. Una vez que lo mate, mi misión habrá terminado. Entonces debería huir, pero no tengo ganas de hacerlo, de ir escondiéndome. Al Perú no quiero volver, la policía quizá esté buscándome. En Buenos Aires podría quedarme, pero tras matar a los cuatro cachafaces que me dispongo a liquidar sería riesgoso permanecer aquí, en este edificio añoso. La policía investigaría el crimen de mi vecino y me tocaría el timbre y probablemente inspeccionaría mi departamento, tendría que esconder el arma y simular que no odiaba al finado de arriba. Se complicarán las cosas una vez que mate a los que debo matar. He matado a cuatro peruanos, he matado o propiciado la muerte de siete chilenos, he matado a la perra de Lola Repetto (cuyo tatuaje, «Javier», dudo que me delate, hay demasiados hombres con ese nombre como para que la policía argentina lo asocie conmigo, a no ser que revise sus correos electrónicos, si es que Lola los guardó y no los borró, y en ese caso podría descubrir, y entonces yo estaría en aprietos, que Lola Repetto y yo fuimos amigos y luego pasamos a ser enemigos) y cuando mate al marica genial de Oyarbide, al *dandy* emperifollado de Burdisso, al papagayo de Cacho Legrand y al pedorro de mi vecino, habré matado o propiciado la muerte de dieciséis personas, dieciséis muertos en menos de un año, yo diría que no está mal, yo diría que mi obra como homicida supera con largueza mi discutible obra literaria, compuesta solo por tres novelas, tres novelas que empalidecen comparadas con la belleza luminosa y redentora de los crímenes que he perpetrado, unos crímenes que, no lo dudo, si hay un Dios, me serán agradecidos por su divina providencia (pues he hecho el trabajo de baja policía o recogedor de basura para que el Altísimo no ensucie sus manos) y acaso reciba incluso el premio, si vida eterna me espera, de que se me conceda otra identidad, otro nombre y una memoria vacía como la de un ordenador nuevo. Veo con claridad y sin temor que, cuando cumpla la misión argentina, será el momento de bajar la persiana, dejar caer el telón, retirarme del escenario, poner fin a mi vida de escritor mezquino y asesino compulsivo. Siempre supe que soy un suicida, que seré yo y no el azar quien decida las circunstancias exactas de mi muerte. Lo que no sabía es que antes de morir, antes de matarme, me entrenaría en el noble oficio de matar a quienes no merecen vivir. ¿Será más arduo matarme que matar a los cuatro argentinos que aún debo exterminar? Probablemente sí. Por ellos siento odio, desprecio, repulsión. Por mí no siento odio ni desprecio ni repulsión, siento algo parecido a la lástima que despierta un jugador sin suerte, siento que pude ser un hombre de éxito,

un escritor consagrado y no tan solo medianamente exitoso, siento que pude ser un hombre amado por Alma Rossi y ella decidió traicionarme y, ante la evidencia de que nunca me amaría, aunque alguna vez creo que me amó, no me quedó más remedio que matarla, aunque solo quedara en intento. Siento, en suma, que vivir es acumular decepciones, que envejecer es ir contando las pérdidas, que estando cerca de cumplir cincuenta años nada bueno está por venir, todo lo mejor ha quedado atrás, lo que venga será malo o aun peor, y por eso pienso obsesivamente que es aquí, en Buenos Aires, donde quiero morir. Pero no quisiera que mi muerte se asociara enseguida con la de mi vecino, con las de Oyarbide, Burdisso y Legrand, si consigo matarlos sin que antes me capturen, no quisiera ensuciar mi precario prestigio de escritor con el secreto que tan bien he sabido encubrir: que mi oficio de escritor fue solo un entrenamiento o una preparación para encontrar mi verdadera y más noble y perdurable vocación: la de un asesino. Por eso debo matarme de un modo cuidadoso. Lo peor sería tratar de suicidarme y no conseguirlo y quedar minusválido. Tal vez por eso me parece también más difícil matarme que matar a otros: porque cuando soy yo el que mata, puedo disparar no un tiro sino varios y asegurarme de que la víctima quede sin vida, pero cuando sea el momento de suicidarme, solo tendré un disparo para interrumpir mi vida y no debo, no puedo fallar, a no ser que decida suicidarme de otro modo, como arrojándome desde un piso muy alto, del hotel Sheraton por ejemplo, pero ese tipo de suicidios me ha parecido siempre muy descomedido, primero porque puedes caerle encima a un peatón y matarlo, y segundo porque uno debe procurar no dejar un estropicio demasiado truculento que otros, los inocentes, tengan que limpiar, esto no me parece justo, lo justo es matarse sin poner en riesgo a los demás y sin obligar a los demás a limpiar la inmundicia que uno ha dejado esparcida alrededor de la escena. Según lo que he leído, si la bala recorre la sien de un extremo a otro, es virtualmente imposible que una persona sobreviva. Es menos seguro dispararme al corazón. Lo mejor es meter la nueve milímetros en la boca y disparar con el cañón hacia arriba, o acomodarla a un lado de la cabeza y disparar en línea recta, de modo que la trayectoria de la bala destruya la cavidad cerebral. Ya veré cómo lo hago. Lo que tengo claro es dónde me pegaré el tiro final. Será en la catedral de San Isidro, una tarde cualquiera, con silenciador para no alarmar a los parroquianos que estén orando o encendiendo cirios para que algún santo los proteja. Es allí, en la catedral de San Isidro, donde me mataré, es allí donde hubiera querido casarme con Alma Rossi, es allí donde dejaré una nota que diga «Dios, perdóname, pero tengo prisa por reunirme contigo y con mis padres, sé que en tu infinita misericordia sabrás comprenderme y tendrás piedad y me acogerás en tu seno. Dios mío, te ruego que aceptes mi muerte no como una falta de respeto hacia Ti, sino como un acto de amor por Ti. Mi cuerpo, mis recuerdos, todo lo que he sido es ahora desechos, escombros, y lo único que me da esperanza es reunirme contigo, sentir que

me perdonas. Que nadie culpe a otro de mi muerte: soy yo el único culpable y he apretado el gatillo porque es lo que Dios me pide, la prueba de amor que Dios me exige, el paso final para estar con Dios y con mis padres hasta el final de los tiempos».

Uno de los hechos más sorprendentes e inolvidables que he vivido fue conocer a Borges. Ocurrió dos años antes de que muriera. Yo estaba leyendo las *Obras completas* de Borges en tres volúmenes. No sé por qué había venido a Buenos Aires, en realidad siempre he venido sin ninguna razón particular, por el inexplicable placer de estar en esta ciudad. En aquel tiempo no tenía el departamento de San Isidro y me gustaba alojarme en los hoteles del centro. Todavía no había publicado mi primera novela. Leía hechizado a Borges. Estaba poseído por su mágica gracia para encontrar el adjetivo exacto con rigor matemático. Me parecía (me sigue pareciendo) que era el gran escritor en lengua española de nuestro tiempo y que todos los demás estaban a muchas leguas de distancia. Además, los libros de entrevistas a Borges o de conferencias de Borges o de conversaciones con Borges me hacían reír. Su sentido del humor, su desprecio por el peronismo y el tango y el fútbol siendo argentino o en parte argentino, me parecían admirables. Nunca imaginé (fue la mano de Dios) que, caminando por la calle Lavalle, de pronto vería a Borges con sombrero, de la mano de una mujer joven, de ojos rasgados, muy delgada, casi espectral, que yo sabía que era entonces su asistenta, María Kodama, y que luego terminaría siendo su esposa, la mujer que lo llevó a morir en Ginebra, no sé si porque así lo quiso Borges o porque así lo quiso ella, lo cierto es que vi a Borges con sombrero, protegido por un paraguas que sostenía María, caminando con elegancia inglesa por el centro de Buenos Aires, y me pareció un momento fantástico, pensé que estaba soñando. Borges hablaba con María, ella asentía, él se dejaba guiar, parecían ir sin apremio, y la gente no lo reconocía ni se le acercaba, eso me sorprendió. El país estaba sumido en el caos (como de costumbre), y recuerdo que aquel día era uno de huelga o paro general, de modo que los comercios, casi todos, estaban cerrados, y no circulaba el transporte público y había menos transeúntes deambulando por la calle. La razón de la huelga o del paro general se me escapaba, pero en la Argentina siempre he tenido la sospecha de que las huelgas y los paros y los feriados religiosos y militares se inventan por una razón que es inherente a la esencia del argentino, y es la alergia al trabajo, la natural proclividad al descanso, el reposo, la ingestión de pizzas y empanadas, el cultivo de viejos fervores como el fútbol o la política o algún otro encono de esa naturaleza. Borges y María caminaban delicadamente, como si estuvieran avanzando sobre nieve, como si pudieran resbalarse, y él estaba físicamente en esa calle del centro de Buenos Aires pero su mente parecía estar en algún lugar remoto, en otro tiempo antiguo, quizá hablando algún dialecto escandinavo, o al menos a mí me pareció evidente que los zapatos gastados de Borges se movían respondiendo las órdenes de una zona de su cerebro que podríamos denominar «la zona argentina» o «la zona real», pero que las palabras que salían como murmullos de su boca provenían de otra región de su cerebro, de una zona que podríamos llamar «la zona fantástica» o «la zona laberíntica» o «la zona de las bifurcaciones infinitas». Sin advertirlo, de pronto

me encontré siguiendo a Borges y a María. Los seguía a una distancia prudente, tratando de no incomodarlos. Poco más allá cruzaron la calle (nadie los saludaba, algunos parecían reconocerlo pero nadie se acercaba para pedir un autógrafo y menos una foto) y entraron en una confitería y se sentaron a una mesa en la esquina, alejada de la exposición a la calle. Entré en la confitería y me senté a una mesa cercana y pedí un café y un tostado de jamón y queso. María Kodama me miró con hostilidad, como si quisiera decirme *Sé que nos estás siguiendo, no se te ocurra acercarte, estarnos hartos de los impertinentes como vos*. Fue una mirada de gélida advertencia, que enseguida esquivé con timidez. Comprendí que no debía acercarme, que solo podía contemplar al genio bebiendo un té y comiendo un tostado como el que luego me sirvieron a mí. Le temblaba un poco la mano cuando se llevaba el tostado a la boca. En un momento, María se levantó y caminó hacia el baño. Tuve entonces la osadía (de la que nunca me he arrepentido) de acercarme a Borges y hablarle:

—Es usted un genio, Borges —le dije.

Borges se sobresaltó levemente.

—¿Qué me dijo? —preguntó.

No me había oído bien. Levanté un poco la voz, no demasiado, y le dije:

—Estoy leyendo sus *Obras completas* y quiero decirle que es usted el gran genio de nuestro tiempo.

Borges sonrió, la mirada extraviada, moviendo la cabeza como si no estuviera bien asida al cuello, como si pudiera caérsele:

—Bueno, muchas gracias, pero no sé si le conviene leer mis obras completas, yo le sugiero que lea mis obras incompletas —dijo, y me reí y él sonrió, le gustó que celebrase su ironía—. ¿De dónde es usted? —me preguntó, sorprendiéndome.

—Soy peruano —le dije.

—Peruano —dijo él, como si le hubiera dado una buena noticia, lo que me halagó—. Siéntese, por favor, permítame invitarle un té —añadió, y luego levantó el brazo derecho e hizo el ademán de llamar al camarero.

En ese momento vi que María Kodama salía del baño y me lanzaba una mirada de hostilidad.

Me jodí, pensé. Esta mujer viene a echarme de la mesa, me dije. Borges comentó, como hablando consigo mismo:

—Mi bisabuelo peleó en la Batalla de Junín, no sé si usted lo sabe.

Me sorprendió su exquisita cortesía, la impensada amabilidad con que trataba a un forastero como yo, al que además ni siquiera podía ver.

—Sí, me parece que he leído el poema en el que lo menciona —dije.

Luego Borges, mientras María se acercaba, recitó:

—«Alta en el alba se alza la severa / faz de metal y de melancolía. / Un perro se desliza por la acera. / Ya no es de noche y no es aún de día / Suárez mira su pueblo y

la llanura / ulterior, las estancias, los potreros / los rumbos que fatigan los reseros / el paciente planeta que perdura / Detrás del simulacro te adivino / oh joven capitán que fuiste el dueño...».

—«... de esa batalla que torció el destino...» —dijimos ambos, y él sonrió cuando escuchó mi voz acompañando a la suya.

—... Junín, resplandeciente como un sueño / En un confín del vasto Sur persiste / esa alta cosa, vagamente triste».

Borges sonrió. Le dije:

—Es usted un genio. Nadie ha definido mejor al Perú: «esta alta cosa, vagamente triste».

Borges pareció ensimismado. Enseguida dijo:

—Mi bisabuelo Manuel Isidoro Suárez comandó un regimiento de caballería que decidió la batalla en la Pampa de Junín. La batalla duró una hora o poco menos. No se disparó un solo tiro. Fue a sable y lanza. Mi bisabuelo atravesó con su lanza a un español. El español había tomado prisionero a un coronel amigo de mi bisabuelo, el coronel Olavarría. Mi bisabuelo mató al godo y le dio la libertad a su amigo. Manuel Isidoro Suárez, mi bisabuelo, uno de los hombres más valientes del ejército de la Independencia. Fue él quien comandó una carga de caballería (casi todos eran peruanos y colombianos, mi bisabuelo era uno de los pocos argentinos) que decidió la Batalla de Junín.

María Kodama me lanzó una mirada venenosa y me preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Qué hace sentado aquí? ¿Es usted periodista?

Borges sonrió, paciente, generoso, y dijo:

—No, no, María, este señor es mi amigo, es peruano, conoce el poema que le escribí al coronel Suárez, mi bisabuelo, héroe de la Pampa de Junín.

Me conmovió que Borges me llamara «mi amigo». No lo era, desde luego. Era solo un extraño, un impertinente. Pero Borges parecía necesitar desesperadamente un pretexto, una coartada para evadir la realidad y refugiarse en el mundo de las palabras. Me levanté de la mesa y dije:

—No quiero molestar más, me retiro, ha sido un honor, Borges —dije, y no quise llamarlo «maestro», sabía que le hacía gracia o le incomodaba que lo llamasen así, creo que prefería que le dijeran Borges y por eso le dije así, Borges.

María Kodama felicitó mi decisión:

—Muy bien —dijo, con una mirada despoblada de afecto, extranjera a la ternura.

Borges, el brazo tembloroso, buscó mi mano, estrechó débilmente mi mano, y entonces dijo, casi balbuceando:

—Me parece que alguna vez leí a un poeta peruano.

No supe qué decir, no quería decir un desatino, sabía que los gustos literarios de Borges eran arbitrarios, impredecibles, a contracorriente. Prudentemente, pregunté:

—¿Le gustó ese poeta peruano?

Creo que a Borges le pareció apropiado que, siendo yo peruano, considerase la posibilidad de que aquel poeta peruano fuese malo, o, dicho de otra manera, pareció sonreír porque yo considerase que no por ser peruano aquel poeta que él creía recordar debía ser un buen poeta. Respondió:

—«La niña de la lámpara azul».

—Eguren, José María Eguren —dije.

—Eguren, claro, Eguren —dijo Borges, y luego recitó—: «En el pasadizo nebuloso / cual mágico sueño de Estambul / su perfil presenta destelloso...».

—«... la niña de la lámpara azul...» —dijimos, a la vez. Borges se rio y dijo, como haciéndome una confidencia:

—«La niña de la lámpara», bueno, está bien, pero el «azul», no sé, ya me parece decorativo, ¿sabe usted?

Me reí, creo que a Borges le gustaba que se celebrara su sentido del humor, y tal vez por eso añadió:

—Una lástima el «azul», yo soy muy sobrio, un puritano, y el «azul» ahí ya es demasiado para mí.

Me reí, pensé que estaba viviendo un sueño. Ignoré a María Kodama y dije:

—Un exceso, claro.

Borges me corrigió:

—Más que un exceso, una orgía.

Me reí y dije:

—Adiós, Borges. Debo volver al Perú, esa alta cosa, vagamente triste.

Borges, sonriendo, me hizo adiós. María Kodama me dijo con su mirada *No quiero verlo más*.

Pero años después, ya muerto Borges, volví a verla en una librería de Buenos Aires y ella, por suerte, no me recordaba.

No ha salido en ningún diario (*Clarín, La Nación, Perfil, Página 12*) una sola línea sobre la muerte de Lola Repetto. Me alegro. Confirma que era un fantasma, un ánima en pena, que era nadie o menos que nadie, que su muerte había ocurrido años atrás, tal vez cuando nació o cuando murió su padre o cuando se hizo adicta a la marihuana en Amsterdam o cuando se tatuó mi nombre en la espalda (suerte que no se tatuó mi apellido). Debo ser extremadamente precavido cuando mate a Agustín Burdisso y a Nico Oyarbide. Ambos son, en cierto modo, celebridades argentinas, salen en las revistas de chismes, están en las fiestas de moda, su muerte provocará considerable revuelo en los programas de chismografía sobre la farándula, que, sumados, han de ser media programación de la televisión argentina, porque si algo fascina a los argentinos es que dos putas de la farándula se peleen por alguna ordinareiz, si algo excita y hechiza a los argentinos es que dos figurones del espectáculo se enzarcen en un feroz duelo verbal y se digan las cosas más mezquinas y pistoleras, si algo da vida a esos programas de chismes de la mañana, la tarde y la noche es que un productor teatral en decadencia y un travesti querido por la gente pasen de amarse a odiarse a nuevamente amarse en cosa de una o dos semanas: esto es lo que enciende a la teleaudiencia argentina, la pelea, la riña, el desprecio por el otro, la ruindad moral, la arrogancia desprovista de talento, el puterío vocinglero y los picapleitos vitriólicos. Dicho simplemente: como los crímenes de Burdisso y Oyarbide serán la comidilla de esos programas decadentes, la policía, muy a su pesar, se verá obligada a investigar, o a simular una investigación prolija, y por eso debo extremar las precauciones, y ya no digamos en el caso de Carlos Cacho Legrand, que siendo tan obscenamente mediático, apenas le dé el tiro de gracia la mitad del país dirá que lo mataron los del gobierno y la otra mitad dirá que lo mataron por un lío de putas o de drogas o de trata de blancas o de peruanos y bolivianos (asuntos en los cuales la gente percibe a Cacho Legrand como un experto, un caficho, un capitoste). A Nico Oyarbide, me parece, tengo que matarlo una noche, tarde, a la salida del teatro, el problema es que suele salir acompañado por su novio mozalbete o por algún *taxi boy* o por varios *taxi boys*, porque Oyarbide fatiga con igual entusiasmo sus dotes histriónicas como la dilatación de su culo, un culo que ha de haber alojado a más muchachos que el YMCA de Manhattan. Ese es el problema con Oyarbide, que rara vez anda solo, y no quisiera verme en la penosa obligación de matar a uno de sus jovencitos de alquiler para no dejar testigos. No muy distinto es el problema con Agustín Burdisso. Cuando está en su departamento, en un edificio afrancesado en la avenida Libertador, al lado de una gasolinera, es imposible burlar la seguridad, es imposible subir a verlo sin que las cámaras registren mi rostro y sin que los custodios me pidan documentos y cosas así, de modo que en su edificio no me conviene matarlo, dejaría muchos cabos sueltos. Tampoco resulta atractiva la hipótesis de matarlo en La Gloria, su restaurante, puesto que allí hay siempre un hervidero de gente, y Burdisso salta, todo un *dandy*, de mesa

en mesa, haciendo bromas frívolas y divertidas y procurando comer menos de lo que bebe y demostrando que es un magnífico anfitrión, lo que ciertamente no le impide cobrar cuanto se consume, porque lo único que él invita en su restaurante es su presencia, y apenas un momento, ya luego sirve las raciones microscópicas y pasa la cuenta desmesurada y en ese instante aciago, cuando llega la cuenta, está siempre en otra mesa. Tendría que matarlo, como a Oyarbide, tarde por la noche, cuando salga de su restaurante, pero mucho me temo, por lo poco que he estudiado sus movimientos estos últimos días, que se retira generalmente acompañado de alguno de sus camareros, aquel que ha elegido para llevarse a la cama esa noche, y no quisiera matar a Burdisso y al camarero, no quiero matar a nadie inocente, solo a los que en estricto rigor han hecho méritos para ser retirados sin oportunidad de despedirse de la carnavalesca escena argentina. Lo ideal sería encontrar la manera de propiciar un encuentro entre Oyarbide y Burdisso y, de pronto, aparecer de la nada misma y matarlos a ambos, sin dejar testigos, pero no sé si Oyarbide y Burdisso sean amigos y mi intuición me dice que Burdisso es demasiado *dandy* para ser amigo de un depredador sexual callejero y masivo consumidor de drogas como Oyarbide. Lo que los une, lo que tienen en común, es que pierden la cabeza por un hombre joven, bien dispuesto, bien dotado, que los culee sin miramientos. El problema es que yo no soy ese hombre joven bien dispuesto y bien dotado. Podría contratar a un sicario. No es lo ideal, pero en este caso puede que no tenga otra alternativa: el sicario me cobra, los mata, luego yo lo mato, y problema resuelto. Encontraré al sicario, sospecho, en el Once, será peruano, peruano desempleado, ilegal, desesperado por un poco de dinero, uno de esos peruanos encantadores que por diez mil dólares hacen el trabajo completo, y matará a Oyarbide a la salida del teatro y matará a Burdisso a la salida del restaurante y vendrá corriendo a cobrar la parte final de su dinero y entonces lo mataré. Debe de ser que no soy un verdadero asesino, porque la idea de matar al sicario peruano me entristece, me inhibe, me parece moralmente indecente, algo que no debo hacer. Quizá el modo correcto o apropiado de proceder sea pedirle al sicario peruano que me acompañe después al piso de arriba, matar juntos al vecino flatulento y rogarle luego, tras entregarle el dinero, más del que él haya pensado cobrar, que me dispare tres tiros en la cabeza. Puede que esa sea la manera limpia y delicada de deshacer el entuerto. Pero ¿y Cacho Legrand? ¿Quién mataría a Legrand? ¿Podría el sicario peruano matar a Legrand y a Oyarbide y a Burdisso? No lo creo, mucho me temo que lo arrestarían tras el primer crimen y me delataría y todo se iría al carajo. Por lo tanto, muy a mi pesar, seré yo quien tenga que hacer el trabajo sucio, y puesto ya a ensuciarme las manos, comenzaré, creo, por la alimaña de Legrand, creo que merece morir antes que los otros, creo que mereció morir hace décadas, por hacer escarnio de los débiles, de los infieles, de los obesos, de los ilegales, por ser un perfecto cretino, y por eso, ya veré cómo, me ocuparé de interrumpirle el goce de

estar consigo mismo y escucharse mañana, tarde y noche diciendo desatinos y groserías.

Sin saber que Alma Rossi ya abre los ojos y escucha y es capaz de decir unas pocas palabras, el notario a cargo del testamento de Mario Santa Cruz la ha visitado en la clínica Las Condes para cumplir a cabalidad su compromiso de hacer respetar la última voluntad de su amigo. Su intención era dejar una copia del testamento entre las pertenencias de Alma, que permanecen guardadas en una caja fuerte de la clínica, y advertirle al doctor Fontaine que si Alma regresase del coma, deberá leer esos papeles, pues ha heredado una suma importante de dinero, pero al enterarse por el doctor Fontaine de que Alma ya no está en coma, el notario ha pedido permiso para darle personalmente la noticia. Alma ha visto entrar en su habitación a un hombre extraño, de mirada circunspecta y visible sobrepeso, que, sin embargo, le ha inspirado confianza. El hombre se ha presentado como el notario Navarrete. Le ha explicado que el testamento de Mario Santa Cruz se abrió hace algunas semanas, pasado un mes de su muerte, y que ella es una de las herederas. No ha querido decirle que, según Santa Cruz, ella es su hija biológica, prefiere que se entere por sí misma, leyendo las hojas manuscritas que dejó el difunto. Lo que el notario Navarrete no sabía es que Alma Rossi no recordaba que Mario Santa Cruz había perdido la vida. Alma se ha sorprendido y el notario Navarrete le ha dicho, sin entrar en detalles, que Santa Cruz fue atropellado por un camión. Alma le ha preguntado si fue un atentado. El notario Navarrete le ha contestado que todas las pesquisas policiales confirman que se trató de un accidente. Enseguida, el notario Navarrete ha anotado en una hoja exactamente todos los pasos que Alma debe seguir para acceder al dinero, los treinta millones de euros (y ha mencionado la cifra sin que Alma se inmute, porque aún no sale de la sorpresa y la embarga el dolor por la muerte de Mario Santa Cruz) depositados en un banco suizo. Luego el notario Navarrete ha hecho firmar a Alma unos papeles, le ha repetido los trámites que debe seguir en Ginebra o Zúrich (*tienen que hacerse en persona*, le ha dicho más de una vez) y Alma ha pensado que tal vez no pueda nunca caminar, tal vez no pueda nunca viajar a Europa para retirar el dinero que le dejó Santa Cruz, y finalmente le ha rogado que lea detenidamente (ha usado ese adverbio tres veces seguidas, *detenidamente*, como si Alma pudiera hacer algo atropelladamente tal como está) la parte final del testamento de Santa Cruz, pues allí hay un mensaje privado muy importante para ella, un mensaje que él prefiere no comunicarle porque cree que es mejor que ella lo lea a solas y se entere. Cuando el notario Navarrete se despide sin besar ni tocar siquiera la mano de Alma Rossi y sale de la habitación, ella se siente devastada: no le importa el dinero, lo que la hunde en la tristeza es saber que, si se recupera, no contará más con la protección paternal de Mario Santa Cruz, y deberá resignarse al cuidado del doctor Fontaine, que es afectuoso y atento, y me mantiene al tanto de todo, pero que a una mujer como ella ya comienza a resultarle levemente irritante.

En una tienda de alquiler de computadoras con acceso a internet, en la calle Belgrano de San Isidro, a pocos metros del pequeño obelisco, he creado una cuenta en Facebook, me he puesto el nombre de un famoso nadador argentino, Luis Felipe Molas, he añadido un número de fotos del nadador con el torso desnudo (procurando elegir aquellas que pudieran resultar más estimulantes a los ojos de un admirador de la belleza masculina), he elegido la foto más hinchada de músculos para el perfil y le he enviado una solicitud de amistad a Agustín Burdisso. Simulando ser el nadador (y confiando en que el nadador y Burdisso no sean ya amigos, en cuyo caso el embuste podría ser descubierto enseguida), le he enviado, a falta de una respuesta rápida, tres mensajes más por Facebook a Burdisso diciéndole que quiero ser su amigo. Al día siguiente me ha respondido que me acepta: «Hey, ¿qué onda? Soy cholulo total de vos». *Buen comienzo*, he pensado. Le he respondido: «Y yo de vos». He notado que en su muro admite apenas a unas decenas de amigos, todos muy glamorosos (como glamoroso y admirado es el nadador Luis Felipe Molas). No ha tardado en volver a escribirme, siempre en su muro privado: «No se nota, no has venido nunca a La Gloria». Le he respondido a través del *chat*: «Es que tengo una dieta muy estricta. Pero me gustaría conocerte. Muy en privado, vos me entendés. Tengo novia y tal, pero vos me parecés recopado y sería buena onda encontrarnos muy perfil bajo, ¿te copa?». Burdisso no demoró mucho en contestarme: «Me recopa». Me hice el difícil: «Por favor, no comentés esto con nadie, mi novia me mata si se entera». Burdisso se ha fingido histérico: «¿Por quééééé?». He respondido: «Y, porque es muy celosa». Burdisso me ha preguntado, al parecer sorprendido: «Pero ¿es celosa de que tengas amigos?». He sido audaz: «Y, bueno, es celosa porque sabe que a veces me gusta cogerme a un chabón, ¿viste?». Burdisso, sospecho que ilusionado, Molas es el tipo de hombre que debe de gustarle, ha comentado: «Ohhhhhh, Dios, entiendo». Le he dicho: «Por eso me gustaría verte, pero que no se entere nadie, por favor». Burdisso, solícito, se ha avenido: «Obvio, dalo por hecho. ¿Querés venir a mi departamento?». *Ya lo tengo*, he pensado. Pero sé, por supuesto, que no debo pisar su edificio. «Creo que prefiero que vengas a un departamento re perfil bajo que tengo en Barrio Parque, mi novia no sabe que lo uso para encuentros así, con amigos copados». Burdisso se ha apuntado sin dudar: «Decime cuándo y allí estaré. No sabes lo que te admiro, Luis Felipe. Sos un bombonazo». *Ya cayó, ya es mío*, he pensado. «Gracias, Agustín. Yo también te re admiro. Me gusta tu onda. ¿Qué tal si nos encontramos esta noche en la calle Martín Coronado, detrás de la plaza República del Perú? De allí estamos a dos calles de mi departamento». Burdisso: «¿A qué hora?». Molas, o sea yo: «Tipo once de la noche, ¿te va?». Burdisso, obsequioso: «Me va perfecto. Once de la noche, allí estaré». Por las dudas, pregunto: «¿En qué auto venís?». Burdisso: «Re perfil bajo nene, un Audi A3 que me vendió Julieta Pergolini». Molas, quiero decir yo: «Nos vemos a las veintitrés en la calle Martín Coronado detrás del Museo Renault y de la

plaza República del Perú. Yo estaré en una camioneta Honda». Burdisso: «¿La Honda huevito?». Luis Felipe Molas: «Esa misma». Burdisso: «Me encanta, tiene toda la onda». Molas, mi seudónimo: «Perdoná la pregunta, pero no me gusta perder tiempo: ¿vos sos pasivo, no?». Burdisso, encantado con la pregunta: «Pasiva total. Pasiva toda tuya, nene. ¿Todo bien así, no?». Yo: «Obvio, yo soy bi y cuando estoy con un pibe soy activo, o sea que vamos bien». Burdisso, calentón: «Vamos reee bien». Molas: «Dale, nos vemos a las once». Burdisso: «¿Querés que lleve drogas?». Molas: «Yo, por la natación, paso. Pero si vos querés fumarte un cañito, todo bien». Burdisso: «¿No te molesta si llevo un poco de perico?». Molas: «Para nada. ¿Te calienta la coca?». Burdisso: «*Big time*. Me pone en punto de caramelo». Molas: «Sos un putito divino. Hace tiempo pienso en cogerte, ¿sabés?». Burdisso: «*You've made my day, baby. See you later*». Molas: «Nos vemos a las once, no seas impuntual, boludo». Burdisso: «Para vos, once en punto, nene». *Lo tengo*, he pensado de nuevo. Esa tarde he recorrido Barrio Parque, la zona de la emboscada: las calles Sevilla, Ombú, Juez Tedín, Juez Estrada, Mariscal Castilla, Martín Coronado, los pasajes aledaños a la plaza República del Perú y a la parte posterior del Malba. Debo ser muy cuidadoso porque a pocas calles, detrás de Paseo Alcorta, en Cavia, hay una estación policial. Confío en el silenciador y en la idiotez de Burdisso, que morderá el anzuelo sin sospechar. Cada tanto he ido a locutorios del barrio y he entrado al perfil de Facebook que he creado para matar a Burdisso y al correo electrónico que le he dado y he confirmado que no me ha escrito, lo que es buena señal. Me he vestido con ropa negra. He sacado los guantes negros de cuero. He cargado la pistola con seis balas, aunque dos deberían bastar. He enroscado bien el silenciador. He repasado mentalmente el modo en que actuaré apenas llegue el A3 de Burdisso a la calle Martín Coronado y estacione y vea la camioneta alquilada y piense que soy el nadador Molas. *No, no*, he pensado, *no me conviene ir en camioneta, me conviene ir en otro auto, así lo cogeré por sorpresa*. He salido de San Isidro a las nueve y media de la noche, en un auto que alquilé en el hotel del Casco. A las diez y cuarto ya estaba dando vueltas por la zona. Me han dado ganas de tomar un café en el Museo Renault, pero he pensado que sería imprudente dejarme ver, es mejor esperar dentro del auto. He estacionado en la calle Martín Coronado, casi esquina con la avenida Ortiz de Ocampo. He guardado la pistola en el bolsillo derecho de mi chaqueta negra de cuero que compré en Etiqueta Negra de Martínez. De pronto he visto acercarse lenta y sigilosamente un Audi A3 gris. Es él, es el *dandy* insoportablemente feliz de Agustín Burdisso, el niño mimado de la alta sociedad porteña, el principito que se deja culear por todos o casi todos los camareros de La Gloria, su restaurante extravagante y abusivamente caro, y que ahora viene, seguro que agitado por la cocaína, pensando en que el nadador Luis Felipe Molas le va a meter la verga como a él le gusta, sin amor, sin ternura, sin delicadeza, con toda la rudeza que lo pierde. Burdisso apaga las

luzes, estaciona a media calle en Martín Coronado. Por suerte, la plaza República del Perú está vacía. Bajo del auto con la pistola activada para disparar, escondida en el bolsillo de mi chaqueta. Me acerco a paso rápido hasta el A3 de Burdisso. Se asusta cuando golpeo débilmente su ventana. Me mira, me reconoce, baja el vidrio.

—Hey, Agustín, ¿qué hacés? —le digo, y él me mira, perplejo—. Soy Javier Garcés, ¿no te acordás de mí?

Burdisso está nervioso, no entiende por qué lo he saludado de esa manera brusca y desatinada en medio de la noche, atrás de la plaza República del Perú, y a lo mejor, como es un imbécil, piensa que, siendo yo peruano, me gusta dar paseos nocturnos por ese lugar.

—Claro que me acuerdo de vos, boludo —dice Burdisso, ya más tranquilo—. ¿Qué hacés por acá? —pregunta.

—Nada, estoy caminando, paseando como todas las noches. Vivo acá a la vuelta.

—Hace tiempo que no te veo en el restó —me dice, y no hace el ademán de bajar, y mira el reloj, faltan ocho minutos para las once, y probablemente piensa *No debí llegar tan temprano, ahora tengo que deshacerme de este peruano boludo antes de que llegue el nadador.*

Lo que Burdisso ignora es que el nadador soy yo y que soy yo quien va a deshacerse de él, pero la vida es así, un gran malentendido, y siempre hay uno que sobrevive y otro que queda exangüe a la vera del camino.

—Sí, no he vuelto a tu restaurante, y la verdad es que no pienso volver, boludo —le digo, hablando como argentino, porque cuando estoy en Buenos Aires me resulta inevitable terminar hablando como argentino.

Burdisso se sorprende:

—¿Por qué? ¿No te gustó la comida?

—No es eso —respondo, con una sonrisa cínica—. La comida estuvo divina, diez puntos.

—¿Entonces? —pregunta Burdisso, muy canchero.

Respondo la verdad, la razón por la que ha de morir:

—Lo que no me gustó es que me llamase tu publicista, me invitase a cenar, y vos me acompañases diez minutos y luego me cobrases.

Burdisso se hace el espantado:

—¿No me digas que te cobraron? ¡Qué horror! ¡Cómo pudieron cobrarte, Javiercito, no *sabés* lo mal que me siento!

—Yo también me sentí mal, me sentí estafado, y además me costó un huevo —digo.

Burdisso piensa seguramente que en cualquier momento llegará el nadador y que si lo ve conmigo se irá raudamente y perderá una noche de sexo con ese potro que tanto lo calienta. Por eso se impacienta:

—Mirá, Javier, pasá mañana por el restó y te devuelvo la plata, ¿dale? —me dice en tono cortante—. Nos vemos mañana.

—No creo que pueda verte mañana —le digo.

—¿Por qué? ¿Te vas de viaje? —me pregunta.

—No, el que se va de viaje sos vos —digo.

Se queda callado, me mira con recelo, enseguida con miedo, a continuación con pavor, pero ya es tarde. Sin sacar la pistola de la chaqueta, le apunto hacia la cara (que por suerte está casi a la altura de mi bolsillo derecho) y disparo tres veces, perforando mi chaqueta de mil dólares de Etiqueta Negra, una pena, y la cabeza hueca de Agustín Burdisso, una pena menor. Es una joya el silenciador. No hice el menor ruido. Luego camino tranquilo hacia el auto, subo y me voy por Martín Coronado, doblo en San Martín de Tours y avanzo por Figueroa Alcorta, rumbo a San Isidro. Por un momento pienso ir al restaurante de Burdisso y tomar un champán para celebrar, pero cuando recuerdo que tengo la chaqueta agujereada, me digo que es mejor volver a casa. Paso por la Torre Le Parc de Figueroa Alcorta, miro más allá, en la estación policial de la calle Cavia, un puñado de hombres uniformados en actitud displicente haciendo nada, vigilando nada, cuidando nada, hablando de fútbol o de mujeres o de cómo perpetrar alguna fechoría, y pienso que, si hubiera podido escoger, habría elegido nacer en la Argentina, tal vez porque es el único país del mundo donde mis lectores, sin creérselo desde luego, pero con el plausible ánimo de halagarme, me han dicho en más de una ocasión *Che, peruano, sos un genio*. No soy un genio, claro está. Pero acabo de matar a Agustín Burdisso y creo que esa es una modesta contribución a la cultura y el bienestar argentinos. No pido reconocimiento alguno, solo la gratitud de Nuestro Señor.

Esta misma noche iré a matar a Oyarbide. Sé que vive en el bajo de San Isidro y que no tiene custodios ni protección ni seguramente alarmas, solo perros y gatos a los que, con el mayor gusto, dejaré también en silencio, encharcados en sangre. Espero que Oyarbide tenga cocaína en su casa del bajo, porque desde hace años no me meto cocaína y no me vendría mal hacerlo esta noche, antes o después de matarlo, creo que antes sería perfecto, así él me invita y yo, en un gesto de gratitud, lo mato. Tengo claro por qué quiero matarlo: por los cincuenta mil dólares que me pidió y no me devolvió nunca, por el documental que no hizo y con el que se burló de mí. Pero ahora no acaba de parecerme una razón suficientemente poderosa para matarlo. Tal vez estando con Oyarbide, si la coca es buena, decida perdonarle la vida. Todo dependerá de que tenga coca, pero de la buena, y de que sus perros y gatos no jodan demasiado. Si no tiene coca, es hombre muerto, no me gusta que me pidan plata y no me paguen y no se disculpen siquiera por estafarme, por robarme con descaro. Y si tiene coca pero sus perros y gatos me rompen las pelotas, habrá sangre derramada, y no será la mía.

Hay gente que tiene hijos y gente que no tiene hijos. Yo no tengo hijos, no he querido tener hijos. Hay gente que caga bien y gente que caga mal. Yo cago bien. No es por suerte que cago bien, es porque evito comer cosas que entorpezcan el tránsito intestinal. Cago bien porque tomo linaza mañana, tarde y noche. Cagar bien ayuda mucho a escribir, o al menos ese es mi caso. La gente que caga mal, me parece, anda de mal humor, con la mierda revuelta. Hay gente que tiene más de un millón de dólares y gente que tiene menos de un millón de dólares. Yo tengo más. Siempre tuve más. Ya siendo niño, con apenas diez años, cuando mis padres murieron en un accidente vehicular, ya tenía más de un millón, aunque no lo sabía. Puede decirse, entonces, que nunca he sido pobre, que no sé lo que es vivir sin dinero o con poco dinero. No puede decirse que no haya pasado hambre. He pasado hambre, y no poca. Pero era un hambre que me había impuesto yo mismo para adelgazar. Porque hay gente que está subida de peso y hay gente que está satisfecha con su peso. En realidad, esto último, me parece, es aplicable únicamente a los hombres: ninguna mujer está satisfecha con su peso, todas las mujeres que he conocido se sentían gordas, subidas de peso, y yo las veía estupendas, pero el ojo femenino es cruel, despiadado, y siempre ve gordura donde uno encuentra belleza. Yo ahora estoy satisfecho con mi peso, lo que no significa que esté delgado, tengo varios kilos de más, pero no pienso hacer el menor esfuerzo por perderlos o rebajarlos. Hay gente que sale a correr o a caminar o que va al gimnasio o que se ejercita con regularidad y hay gente que no hace un carajo de ejercicio. Yo no hago un carajo de ejercicio y creo que eso me mantiene en buena forma. No entiendo a las personas que salen a correr al alba: ¿adónde van tan deprisa, tan temprano? ¿No se aburren corriendo siempre la misma ruta? Una vez que llegan a la meta imaginaria y se duchan y se visten, ¿no advierten que no tienen nada que hacer y que el esfuerzo ha sido inútil porque ahora sienten más energías pero carecen del poder para usar esas energías en un sentido positivo o negativo y se apoltronan ante un escritorio a simular que trabajan pero en realidad se dedican a perder el tiempo navegando en internet? Hay gente que cree en Dios, en una religión, en el alma, en la vida eterna, esas supersticiones, y hay gente que no cree en nada. Yo, como ya viene siendo obvio, no creo en Dios ni creo que tenga alma ni creo que haya nada después de la muerte. Me parece perfectamente razonable que en unos miles de años nuestra especie desaparezca y el mundo continúe habitado por arañas, cucarachas, hormigas y lagartijas. Del mismo modo como desapareció el dinosaurio o desapareció el mamut (un animal que me enterece, que sin duda era superior al ser humano porque era lerdo y vegetariano), llegará, sospecho, el día en que desaparezca el bicho humano y no por eso dejarán de existir el universo, el planeta, estas rocas y estas nubes y estos mares que llevan miles de millones de años. Hay gente que ha tenido un buen orgasmo y gente que nunca ha tenido un buen orgasmo. Entre quienes nunca han tenido un buen orgasmo, hay

numerosos matrimonios desdichados. Yo he tenido algunos orgasmos memorables, los mejores sin duda atribuibles a la perfecta destreza bucal de Alma Rossi. Hay gente que nunca mata y gente que conoce el placer de matar. Yo he matado, y lo digo con orgullo, y sé que es el punto más alto de mi creatividad o de mi talento o de mi contribución a la civilización humana. Yo he matado y me compadezco de los que ignoran el goce inherente al acto de matar a quien merece morir, a quien uno desprecia. Y hay gente que se muere y gente que se mata. Yo me mataré. Siempre he admirado a los suicidas. Yo soy un suicida, siempre lo supe, lo supe desde los diez años, cuando me dijeron que mis padres habían muerto atropellados por un camión sin frenos. Soy un hombre con suerte: he conocido el placer de matar y conoceré el placer de matarme, o al menos el ramalazo previo al momento de apretar el gatillo.

Estoy en el restaurante de San Isidro al que voy a cenar todas las noches, salvo los viernes y los sábados, en que se llena de gente y el bullicio me aturde y el humo de los fumadores invade y contamina la zona minoritaria de los no fumadores. Pero es un martes por la noche y casi no hay gente y la dueña alemana y su hija, ambas muy serviciales, ambas fumadoras, van y vienen con más jugos de naranja recién exprimidos, con la ensalada que saben que me gusta (espinaca, duraznos, peras, nueces, pasas y tomate, no se les ocurra poner cebolla o zanahoria o remolacha), me traen lo que ordeno siempre, el pescado a la plancha con espárragos y una salsa de vino blanco muy suave, y las escucho hablar en alemán en la cocina y me recuerdan a los vecinos del quinto piso (dos pisos más arriba del mío), una pareja de alemanes que a menudo discute a gritos en su lengua, aunque puede ser que, como yo no entiendo alemán, estén hablando cordialmente a gritos, porque ya el alemán suena a una discusión, a una riña, al preludio de la violencia. Siendo áspero el idioma que madre e hija hablan en la cocina, conmigo son, sin embargo, en extremo delicadas, y no se fatigan de prodigarse en atenciones, mimos y detalles de afecto que recibo agradecido y que luego ellas me cobran sin descontarme un peso en la cuenta, porque a la hora de cobrar les sale el lado alemán y no hacen descuentos estas señoras hacendosas y humosas que fuman en la cocina para no molestarme. No muy lejos de ese restaurante, de esa esquina, en mayo de 1960 secuestraron y durmieron a un jerarca nazi, Adolf Eichmann, alias *Ricardo Klement*, que vivía apaciblemente en la calle Garibaldi del barrio de San Fernando. Fue una impecable operación del servicio secreto israelí, que capturó a ese nazi, lo interrogó nueve días, lo dopó, lo disfrazó de tripulante aéreo y lo sacó de la Argentina clandestinamente: mis respetos a la Mossad, mi desprecio a los canallas peronistas que dieron refugio a tantos genocidas nazis en la Argentina. ¿Serán estas señoras alemanas parientes o descendientes de algún nazi todavía vivo entre nosotros en la zona norte de Buenos Aires? ¿Serán los alemanes que discuten a gritos en el quinto piso de mi edificio una pareja de nazis octogenarios que alcanzó a escapar a tiempo y encontró escondrijo en el noble barrio de San Isidro gracias a la innoble complicidad de los peronistas? No tengo nada contra los alemanes, pero cualquier alemán mayor de edad que circula por este barrio me inspira inmediata desconfianza y sospecho que es un nazi que cambió de identidad y va rumiando su malhumor porque la historia puso en evidencia que su raza no es superior y porque además ahora tiene que soportar que el barrio, para bien o para mal (para bien digo yo), se ha llenado de paraguayos, bolivianos, peruanos, chinos, coreanos, gentes de las más diversas procedencias que, a diferencia de los alemanes, bien pronto aprenden a hablar como argentinos, como los chinos del almacén del barrio, que dicen *copado, ni en pedo, andá a cagar, nene, no me rompas el orto*, cosas así, que uno no esperaría de un chino que habla normalmente mandarín con su mujer, como los peruanos y bolivianos que, con apenas meses viviendo en

Buenos Aires, asimilan de inmediato el habla porteña y parecen más argentinos que los propios argentinos, incluso cuando hablan entre ellos hablan como argentinos, como si esa fuera una manera de parecer más educados o de esconder que son peruanos o bolivianos. A diferencia de aquellos inmigrantes, los alemanes, o al menos los alemanes de mi barrio, no parecen dar señales de interés por integrarse a la sosegada vida social del barrio, y más bien son hoscos y huraños y miran con desdén a los bolivianos que les traen en bicicleta las cosas del almacén. No me caen bien los alemanes, pero no por eso prefiero manejar automóviles japoneses, la historia japonesa tampoco está exenta de barbaries, abusos, despojos y crueldades, casi como la de cualquier tribu. Pero los de esta tribu, la tribu argentina, no tienen, que yo sepa, vocación expansionista o imperial, y no por falta de ambiciones, sino porque dedican tanto tiempo a pelearse entre sí que ya no les queda tiempo para pelearse con otros, para intentar conquistar otras tribus, y la única vez que lo intentaron en la historia reciente resultó un fiasco vergonzoso, aquella invasión a las islas Malvinas que les costó la vida a tantos muchachos argentinos que murieron por nada, por la obstinación de unos obtusos jefes militares que se inventaron una guerra estúpida para perpetuarse en el poder. Los argentinos, o la mayor parte de ellos, siguen insistiendo en que esas islas, las Malvinas, son suyas, les pertenecen, pero no reparan en un detalle no menor, y es que los habitantes de esas islas no quieren ser argentinos ni a cojones, y están encantados de pertenecer al Reino Unido y ser súbditos de Su Majestad la Reina de Inglaterra y lo último que quisieran es que su nacionalidad británica, que poseen con orgullo, se viese devaluada o rebajada a nacionalidad argentina, que además viene contaminada de un amor idiota por Perón y Evita, esa religión argentina, el peronismo, que, como el fútbol, mantiene ocupados a los argentinos peleándose, y a menudo matándose entre sí en los mítines, porque nada es más argentino que amar a Perón y a Evita sin saber nada o casi nada sobre Perón y Evita, como uno amaría, digamos, a sus padres muertos, a los que no alcanzó a conocer y a los que solo ha visto en retratos. En este sentido, los argentinos, o por lo menos los peronistas, dan la impresión de ser unos huérfanos amnésicos, porque veneran e idolatran a unos padres cuya conducta pública y privada no les interesa conocer, y cuanto más ignoran sobre ellos, más los glorifican y admiran sus atribulados hijos descamisados.

Cuando Alma Rossi ha leído el testamento de Mario Santa Cruz y se ha enterado de que, según el difunto, ella es su hija biológica, su primera reacción no ha sido de incredulidad o escepticismo, sino de moderada satisfacción. Esa noticia, lejos de sorprenderla, ha venido a confirmarle algo que siempre sospechó. Lo sospechó porque, desde que ella tuvo uso de razón, Nicola Rossi no pareció tener nunca el más vago interés amatorio en Nina, su esposa. Lo sospechó porque, en las vacaciones en Zapallar de cada febrero, vio más de una vez a su madre, Nina, saliendo a caminar con Santa Cruz de madrugada, vio gestos de afecto y complicidad entre Nina y Mario, fue testigo de que Mario se metía al dormitorio de Nina cuando Nicola no los acompañaba en Zapallar (que era la mayor parte del tiempo). Pero sobre todo lo sospechó cuando fue creciendo y sintió cómo Mario Santa Cruz la quería de una manera inexplicable, cuidadosa, en extremo paciente, cómo ese hombre la quería y protegía como si fuese un padre. Y lo sospechó cuando se hizo mujer y más de una vez se le insinuó a Mario, pero él se hizo el tonto y solo tuvo caricias de ternura hacia ella, nunca una mirada de lujuria, nunca la miró como a la mujer deseable que era, siempre Alma registró en la mirada de Mario un instinto protector, compasivo, propio de un padre. Alma Rossi había sospechado que Mario Santa Cruz podía ser su padre, de modo que leerlo ahora en ese testamento no fue para ella nada parecido a una sorpresa. Sintió alivio, sintió pena y sintió un profundo desprecio por su madre. *Hice bien en matarla*, se dijo. Luego sintió que tenía que recuperarse, tenía que caminar, tenía que salir de esa clínica que ya empezaba a odiar y tenía que encontrar la manera de burlar los controles policiales, llegar a Suiza, transferir el dinero a un banco en Italia y, tal como le sugería el doctor Fontaine, irse a pasar un verano a Positano. *Pero iré sola, no con este doctor ni con ningún doctor. Iré sola*, pensó Alma Rossi. Luego la inquietó la idea de que tal vez tenía que hacer una última diligencia antes de ir a Positano. *¿Dónde carajo estará el miserable de Garcés que me quiso matar?*, pensó. Luego se dijo *Lo más probable es que, después de dispararme, haya recuperado su dinero y se haya escondido en algún lugar de Chile*. Enseguida se asustó: *¿Y si Garcés sabe que no estoy muerta y viene a la clínica una noche para matarme?*

Interrumpiendo mi cena en el restaurante alemán, de pronto entra Nico Oyarbide cargando a una perra caniche. No me ha visto. Ha entrado directamente al baño. Está gordo y tatuado y lleva aretes en las orejas. No me ha visto porque estoy en una mesa del fondo y porque esa mesa es como un cubículo que me permite reclinar mi espalda en un tablón de madera y de ese modo escamotear mi perfil de la mirada felina de Nico Oyarbide. Las señoras alemanas de Charlie's Fondue ya saben que, cuando llega Nico Oyarbide, lo que no es infrecuente, yo prefiero que no le digan que estoy allí y ciertamente aprecio que lo sienten en la mesa más alejada de la mía, de modo que Oyarbide no me vea, no me reconozca, no se me acerque con su perra caniche y me abrume con su conversación salpicada de egolatría y vulgaridad. Pero esta noche voy con suerte, porque Nico Oyarbide, sin verme, se dirige a la caja, recoge una bolsa con comida, paga y se marcha presuroso. Una de las alemanas, la hija, se me acerca y suspira, aliviada:

—No te vio.

—Por suerte —le digo, y enseguida pido la cuenta.

—Lo de siempre —me dice ella.

Dejo un billete de cien pesos, salgo, veo a Oyarbide subiendo a un auto viejo y cochambroso, demasiado pequeño para él, un auto que puede ser Renault o Chevrolet o Citroën, pero un modelo que fácilmente tiene ya diez años de antigüedad y luce abolladuras y raspones y que, como Nico Oyarbide, no parece bien mantenido. Veo a Oyarbide subiendo a ese auto diminuto y latoso y decido seguirlo porque, salvo la perra caniche, nadie más lo acompaña. Detengo un taxi y le pido que siga a Nico Oyarbide, que maneja rápido, y le pido al taxista que vaya más despacio, a prudente distancia, para no llamar su atención. Oyarbide baja por la calle empedrada Primera Junta en dirección al bajo, luego dobla por Pedro de Mendoza y la recorre, dobla en Coronel Rosales y estaciona a mitad de la calle Gaboto. El taxi también se detiene y veo a Nico Oyarbide entrar en una casa de una planta, la perra caniche en una mano, el bolso con comida en la otra, y me sorprende lo inmensamente gordo que está Nico Oyarbide, y lo rápido que se mueve para estar tan gordo. *Le tocaré el timbre*, pienso. Pero enseguida advierto que no llevo la pistola conmigo. No me toma más de diez minutos indicarle al taxista que me lleve a mi departamento, subir, sacar la pistola con silenciador, tomar otro taxi y volver a la casa de Oyarbide en el bajo, calle Gaboto, somos casi vecinos, solo que él prefiere el bajo, que, siendo más inseguro, es menos costoso y tiene un encanto bohemio. Pienso: *Tocaré el timbre y luego iremos improvisando*. Pienso: *Si hay gente, no haré nada*. Pienso: *Si está su cocinera peruana de la que tanto me hablaba cuando nos encontrábamos en el restaurante alemán, tendré que portarme como un señorito, solo Oyarbide debe morir, y a lo mejor ni siquiera Oyarbide debe morir si alcanza a darme una explicación razonable sobre los cincuenta mil dólares que me birló para hacer el documental que nunca*

hizo. Echo un vistazo a la casa de la calle Gaboto y me sorprende que siga en pie: es una casa ruinoso, el césped y las plantas han crecido con una exuberancia *hippie*, la casa es rosada pero uno apostaría que la última vez que le pasaron una mano de pintura fue hace quince o veinte años, y, estando notoriamente descuidada, no es, sin embargo, la casa más destartalada de la calle Gaboto, las hay peores. Me pregunto cuánto costará esta casa en la que Oyarbide vive, se droga y copula con cuanto muchacho se levanta por la calle. No ha de costar mucho más que los cincuenta mil dólares que me robó. Quizá la compró con el dinero que le di tan cándidamente, quizá nunca quiso hacer un documental y pensó *A este peruano boludo le saco cincuenta locas y me compro la casita en el bajo*. Pues ahora el peruano boludo viene por ti, Nico Oyarbide, maricón regordete y vicioso, y si solo te acompañan tus perros y tus gatos, mucho me temo que te arrepentirás de haberme estafado. Toco el timbre. Alguien grita, claramente es Oyarbide quien grita:

—¿Quién viene a joder a esta hora?

Tengo que levantar la voz:

—Nico, soy Javier Garcés.

—¿Quiiiiiiuééééén? —grita Oyarbide.

—¡Garcés! ¡Garcés, el peruano, el escritor peruano! —grito yo.

Oyarbide parece alegrarse, seguro que ya olvidó el dinero que me debe.

—Javier, ¿qué carajo haces acá? —grita, y luego veo una sombra que se mueve tras las cortinas raídas y se acerca hasta la puerta.

Abre. No es la primera vez que lo veo en pelotas. Está desnudo, descalzo y en pelotas, y además rascándose las pelotas.

—Javier, boludo, ¿qué haces acá? —me dice sonriendo, y luego me estampa un beso en la boca y siento su barba de una semana sin afeitarse—. ¿Qué quieres, nene? —me pregunta—. ¿Andás buscando algo? —me mira a los ojos con su mirada felina, y atrás veo unos gatos espiándome.

—¿Tenés algo de coca que puedas venderme? —le pregunto.

Oyarbide suelta una risa de hiena y dice:

—¿Has venido a mi casa a las once de la noche para pedirme coca, peruano hijo de mil putas?

Está claro que no recuerda que me debe dinero, está claro que no dejará de rascarse las pelotas.

—Pues sí —digo—, pensé que a lo mejor...

—Pasa, boludo, pasa —me interrumpe, y me hace entrar en su casa, y cierra la puerta, y no advierte que en el bolsillo de la chaqueta llevo la pistola.

—¿Me podés vender? —pregunto, y en ese momento me olvido de que quiero matarlo, de veras quiero aspirar cocaína.

—Vender, ni en pedo —dice Oyarbide—. Pero con el mayor gusto puedo invitarte

la mejor coca que has probado en tu vida, boludo.

—Dale —le digo.

Oyarbide abre un pequeño jarrón de porcelana y dice:

—Acá guardaba las cenizas de mi abuela, ahora guardo el perico.

—¿Con las cenizas? —pregunto.

—No, boludo, las cenizas las tiré al inodoro, *sory, nona* —dice Oyarbide, mirando al cielo, siempre él tan histriónico.

Luego usa un carné, creo que el carné de socio del club de rugby, para llevarse dos rayas de cocaína a la nariz y aspirarlas.

Enseguida usa el mismo carné para recoger más y me lo pasa y pienso *Son muchos años sin romperme la nariz y fácil me da un infarto en diez minutos y es Oyarbide o la coca de Oyarbide quien me mata a mí y no yo quien lo mata a él*. Pero ya es tarde para cambiar de planes, ya la coca ha entrado por mi nariz, sube hacia mi cerebro, ya me siento capaz de todo, en control de todo.

—¿Qué tal? —pregunta Oyarbide.

—Estupenda —le digo.

—¿Querés que te la mame? —pregunta con naturalidad, como si estuviera ofreciéndome un refresco o un trago.

—No, gracias —le digo—, quizá más tarde.

—Cuando quieras —me dice, y se rasca los huevos y luego se huele la mano y la sola escena me provoca repugnancia: un hombre gordo, grasoso y maloliente, rodeado de gatos y perros, cosquilleándose los testículos y oliéndose la mano.

—¿Cómo va el documental? —le pregunto.

Oyarbide me mira alunado:

—¿Documental? ¿Qué documental?

—¿No te acordás que te presté una guita para hacer un documental sobre mi vida?

Oyarbide se levanta, busca un trago, se sirve algo que parece vodka y dice:

—Está quedando de putamadre, es una obra maestra, está en posproducción, no sabés la guita que vamos a ganar, nos vamos a llenar de oro, Javier.

—Cojonudo —le digo y no le creo nada, pero es un gran actor y eso tiene mérito—. ¿Y cuándo crees que estará listo?

Oyarbide toma más vodka, se rasca el culo, camina impaciente, como si el tema le molestase:

—Pronto, pronto. Antes de fin de año de seguro lo estrenamos, hacemos alfombra roja y todo el puterío, será un éxito de putamadre, ya verás.

Sé que me está mintiendo. Sé que nada está en producción ni en posproducción. Sé que Nico Oyarbide ha dilapidado mi plata en coca y en putos de la calle. Sé que jamás me pagará y cree que soy un imbécil más que confunde su extravagancia vulgar con genialidad artística. Pues no. Yo no veo el arte en tocarse las pelotas para

luego olerse las manos. Yo no veo el arte en robarle a un amigo.

—¿Está la cocinera peruana? —le pregunto.

—No, esta noche no viene. ¿Tenés hambre?, ¿querés morfar algo? —pregunta Oyarbide.

—No, tranqui, después —digo.

Luego me acerco al jarrón de porcelana, saco más cocaína sin pedirle permiso y me meto un par de líneas más. Ahora estoy bien duro. Ahora estoy listo.

—¿Te puedo pedir un favor? —le digo.

—¿Ya querés que te la mame? —pregunta.

—Todavía no —digo—. Lo que quiero es que hagas esa imitación de la Checha Borocotó que hiciste una noche en el teatro, la Checha Borocotó hablándole a Carlitos Méndez, me hiciste llorar de risa.

—¿Querés que te haga la Checha Borocotó? —pregunta, halagado, y luego se mete más coca.

—Sí, por favor, la Borocotó —digo.

Nico Oyarbide se transforma, se deja poseer por la diva chilena, empieza a hablar como la Borocotó, le sale perfecto el acento chileno, es la Borocotó trepadora y hueca y arribista y putona de lujo, con todos los modismos chilenos que este genio ha capturado con solo verla en la tele, y entonces, a pesar de la cocaína que me ha puesto duro, me río, no puedo dejar de reírme, y cuando Oyarbide en su papel de la Checha Borocotó dice *Carlitos, dame tu poronga, Carlitos, quiero comerme tu poronga, Carlitos, yo me la como doblada y me trago tu leche*, en ese momento comprendo que Nico Oyarbide, de rodillas, se acerca hacia mí con la intención de mamármela y que es preciso evitar tal esperpento y digo:

—Abre la boca y cierra los ojos y te daré mi poronga, chilenita puta.

Y él cierra los ojos y abre la boca y saca la lengua, que es como una serpiente, una lengua grande y verdosa que se mueve como una culebra escamosa. Y entonces, Oyarbide con los ojos aún cerrados, saco la pistola y disparo una sola vez en su boca abierta, y Oyarbide cae hacia atrás, los ojos aterrados, y los gatos y los perros saltan sobre él y empiezan a hacer sonidos lastimeros, quejumbrosos, y solo un gato es lo bastante listo para escapar a toda prisa, y más placer que matar a Oyarbide es el que siento cuando aniquilo a esos gatos y perros pulgosos que quedan desperdigados, en medio de un charco de sangre, sobre el cadáver de Nico Oyarbide, insigne puto que murió abaleado tras hacer la mejor imitación jamás vista de la chilena Checha Borocotó. Antes de irme de su casa, cargo el jarrón de porcelana. *Hay tanta coca que no pararé de meterme coca hasta matar a Legrand y a mi vecino*, pienso. *Todos los días se aprende algo*, me digo al salir, rechinando los dientes: *Hoy aprendí que matar a un gato es aún más placentero que matar a un hombre. Es una lástima que no tuviera una cámara conmigo*, pienso: *La última escena de Nico Oyarbide con sus*

gatos muertos hubiera sido el perfecto final del documental.

La prensa argentina, como la prensa de todo el mundo, vive del chisme, de la desgracia, y no hay mejor chisme que la muerte truculenta de un famoso o, mejor aún, de un rico y famoso. Todos los diarios, revistas, programas de espectáculos, noticieros y espacios radiales se han ocupado, con la histeria previsible, de informar sobre la extraña coincidencia de las muertes de Agustín Burdisso y Nico Oyarbide, asesinados a tiros con balas del mismo calibre, apenas un día separando una muerte de la otra. Los diarios serios (*La Nación, Clarín, Perfil*) y la revista más confiable (*Noticias*) han dado amplio espacio a ambos crímenes y sugieren la teoría de que es el mismo asesino, un hombre que, insinúan, podría no conocerlos, o podría haber tenido alguna clase de intimidad sexual con ambos, un sujeto que en cualquier caso parecería haberlos matado porque odia a los homosexuales y quiere enviar un mensaje a la sociedad intimidando o aterrando a los muchos *gays* argentinos, pues todos sabían de sobra que Oyarbide era un depredador *gay* y que Burdisso no lo era menos, aunque guardaba más las formas y decía ser bisexual. Las revistas más o menos escandalosas (*Pronto, Paparazzi* y otras de más baja estofa, que por cierto son muy leídas y siempre publican una mujer mostrando las nalgas o los pechos en portada) han advertido a sus lectores de que todos los *gays* argentinos corren peligro de morir porque anda suelto, asesinándolos, como ha asesinado ya a Burdisso y a Oyarbide, el *Mataputos*, como han bautizado al criminal, o sea a mí. Pues se equivocan tanto los diarios serios como las revistas acanalladas: no tengo fobia ni aversión ni animosidad alguna contra los *gays*, y no es por ser *gays* que los he matado, los he matado por canallas, por tramposos, por estafarme, por cobrarme, Agustín Burdisso, una cuenta que no debió cobrarme y acabó costándole la vida, y por robarme, el cínico de Nico Oyarbide, cincuenta mil dólares con el cuento de que haría un documental transgresor sobre mi vida. Los jefes policiales que he visto declarando en la televisión (en los noticieros de *Telefé* y de *Canal 13* y en los programas de *Ramírez* y *la Cantella*) han dicho que, teniendo en cuenta las evidencias, lo más probable es que se trate de un grupo de homicidas, no de un individuo solitario, y que todas las pistas sugieren que los asesinos actuaron por un ajuste de cuentas, dado que no robaron nada. Siendo de aspecto siniestro e impresentable, los jefes policiales argentinos (siempre obesos y con la mirada turbia, uno apostaría que han cometido crímenes peores que los delincuentes a los que raramente arrestan) al menos han acertado con la bendita teoría del ajuste de cuentas, pues maté a ambos porque hubo un desajuste en las cuentas monetarias o crematísticas. Los policías argentinos han deslizado la hipótesis de que los criminales (o sea yo) habrían actuado movidos por alguna venganza o represalia derivada del negocio de la droga, pues en las autopsias practicadas a los occisos Burdisso y Oyarbide se encontró que ambos estaban intoxicados de cocaína, y se presume que, por los rastros de cocaína hallados en la casa del segundo, fue hurtada una cantidad

no menor de aquella droga. Bingo: mientras los veo en televisión estoy estimulado por esa cocaína de alta pureza. Con los días, apenas me dedico a escuchar el programa radial de Cacho Legrand por la tarde, y Cacho Legrand no lo duda, no vacila, emite sentencia: *No los han matado por putos, los han matado por drogones, los han matado quienes les vendían la merca, los han matado porque no pagaron toda la cocaína que consumían. Yo conocí a Nico Oyarbide y nunca en mi vida lo vi sobrio, siempre andaba drogado mal, que me perdonen sus familiares, pero Oyarbide aspiraba más cocaína que una aspiradora, por algo sus amigos putos le decían la Aspiradora o la Hoover o el Oso Hormiguero. Y yo conocí a Agustín Burdisso, yo comí muchas noches en el restaurante de mi amigo Agustín Burdisso, porque sí, Agustín Burdisso fue mi amigo y nunca me cobró, pero nunca lo vi comer un bocado, nunca lo vi comer nada de nada, ese muchacho era un alfeñique, era flaco como una lombriz, era un putito amoroso que no comía nada, ¿y por qué creen que no comía nada y saltaba de mesa en mesa en su restaurante La Gloria, tomando champán? Obvio, porque estaba metiéndose coca de la buena cada media hora, y era así de flaco porque en vez de comer se metía coca, y yo creo que Oyarbide y Burdisso están muertos no por putos sino por adictos a esa droga maldita que casi nos mató al Diego y que yo, lo juro por mi mujer, lo juro por mis hijas, lo juro por lo más sagrado, nunca he consumido, porque yo soy narigón, sí, lo admito, pero nunca nadie me ha roto la nariz, mi nariz está invicta, cero kilómetros, y se lo digo yo, Cacho Legrand, y pónganle mi firma, si alguien me invita coca yo lo cago a trompadas, porque la coca te mata, te mata. Pienso: No solo la coca, Cacho Legrand, ínfimo charlatán. A veces quien te mata es un escritor peruano al que casi no recuerdas, al que humillaste una noche en tu programa de televisión. Y antes de matarte, te invitaré coca, y apuesto que no la rechazarás, charlatán de plazuela, enano vocinglero, promotor del caos.*

Alma Rossi ya camina, ya come, ya habla sin dificultad. Lo más difícil para ella ha sido orinar y defecar. *No podemos pasarte a una habitación si no logras hacer tus necesidades*, le ha dicho, pudoroso, el doctor Fontaine, según me ha contado. Alma se ha pasado una semana tratando de orinar y defecar y no lo ha conseguido y se ha sentido una inútil, un cuerpo estropeado, echado a perder. *Hacer mis necesidades*, ha pensado, sentada en el inodoro, burlándose de la mojigatería del doctor Fontaine, a quien le he pedido que no le informe sobre mis llamadas. *Mis necesidades son otras, unas necesidades más importantes y más urgentes, pero este doctor apelmazado y bobalicón no lo comprende, cree que lo que necesito es mear, cagar, cuando lo que de veras necesito es encontrar a Garcés, darle una sorpresa, hacer con él lo que menos se espera, y luego marcharme a Europa a vivir una vida tranquila, retirada, con el dinero que me dejó Mario, mi padre (y si no es mi padre, me vale hongo, lo importante es que me quiso como un padre y que esa plata será mía pronto)*. *Esas son mis necesidades*, se ha dicho. Y cuando ha pensado en mí, en la urgencia que siente por verme y vengarse de mí de una manera completamente inesperada, se ha relajado, se ha reído imaginando mi rostro perplejo, y por fin ha podido mear y cagar, y entonces se lo ha dicho al doctor Fontaine, que ha examinado las heces de Alma como si fueran pescaditos o estrellas de mar y ha dicho luego que puede salir ya de cuidados intensivos y pasar a una habitación bajo controles menos rigurosos. Una vez instalada en su habitación, Alma le ha prometido al doctor Fontaine, sabiendo que dicha promesa es una mentira, que, cuando esté del todo recuperada (*nunca estaré del todo recuperada, nunca estuve bien*, ha pensado ella), se irán juntos a Positano. El doctor Fontaine la ha mirado con ojos bovinos y ha besado su mano y le ha dicho al oído que la ama, que todas las noches reza por ella, que va a misa todas las tardes en Los Dominicos para pedir por ella, que su recuperación es un milagro. Ella lo ha mirado con amor histriónico y le ha pedido que le traiga su pasaporte, los papeles que dejó el notario y su cartera. *Quiero mirar mi pasaporte para imaginar que estamos ya en Positano*, le ha dicho al doctor Fontaine, y él no ha dudado en complacerla. De nuevo sola en su habitación, Alma Rossi se ha inquietado pensando dónde carajo estaré escondido yo, Javier Garcés. *En cualquier lugar, menos en el Perú, eso seguro*, se ha dicho. Luego ha pensado *Quizá en Chile, quizá en Argentina, quizá en España. En uno de esos tres países está Javiercito Garcés*, y le ha sorprendido no sentir rencor ni animosidad alguna hacia mí, el hombre que quiso matarla.

He vuelto tarde, de madrugada, al barrio de Nico Oyarbide. He recorrido en una camioneta alquilada el bajo de San Isidro. He buscado con impaciencia al gato de Oyarbide que fue testigo del crimen y alcanzó a escapar. He visto gatos sueltos, gatos techeros, gatos revolviendo la basura de la esquina, gatos espiándome desde un árbol en la calle Gaboto. Los he matado a todos. Tengo buena puntería. La ventaja es que un gato no identifica que está en peligro cuando le apuntas a lo lejos y que el silenciador no alarma a los vecinos. He matado a seis gatos en una noche. Me he sentido bien matando a esos gatos chuscos, callejeros, quizá sin dueño. He descubierto que odio a los gatos. Los odio porque sé que son mejores que yo, que son más inteligentes que yo, que son más astutos que yo. Por eso los he matado con placer.

Desde la cabina de un locutorio de la calle Martín y Omar en San Isidro, el mismo desde el que me comunico con el doctor Fontaine, he llamado al celular de Carlos Cacho Legrand. No ha sido fácil hablar con él, daba el contestador y yo prefería no dejar mensaje. Pero tantas veces he marcado, a distintas horas, durante varios días seguidos, que, al final, Cacho Legrand ha contestado con un grito prepotente:

—Sí, ¿quién es?

Le he respondido sin gritar, para que no escuche el sujeto que está en la cabina de al lado, un paraguayo que llora porque al parecer habla con su novia embarazada.

—Cacho, soy Garcés, Javier Garcés, ¿te acordás de mí? —le he dicho, sabiendo que probablemente esa conversación quedará registrada o grabada o que algún perito podrá acceder a ella, pero mi cálculo es que, para entonces, Cacho Legrand ya estará muerto y yo también.

—Garcés, boludo, ¿qué haces? —me ha preguntado Legrand, en tono afectuoso.

—Nada, de paso por Buenos Aires —le he dicho. Legrand no pierde el tiempo, va al punto:

—¿Seguís enojado por lo que te pregunté de Anita Casán, boludo?

—No, no, para nada —le he mentado.

—¿Qué querés? ¿Estás promocionando un libro? ¿Querés venir al programa? —me ha preguntado—. Mirá que yo no leo tus libros ni leo un libro de nadie, yo tengo déficit de atención, pero si querés que te promocio el libro, vení al programa y hablamos de lo que te cante el orto, boludo.

Es tu orto el que va a cantar, es tu orto el que va a dar un recital, es tu orto el que va a deleitarnos con arias cuando te mate, enano malvado, he pensado, y luego le he dicho:

—No, Cacho, no es eso, no estoy promocionando nada, te llamo por otra cosa.

Cacho no se anda con rodeos ni cortesías vanas:

—¿Qué cosa, Garcés? ¿Andás en problemas? ¿Seguís metido en la droga? Mirá que andan matando putos por la droga, y vos no sos tan puto, pero igual sos drogón, andá con cuidado, boludo.

—Por eso te llamo, Cacho —le digo—. Yo sé quién mandó matar a Burdisso y a Oyarbide.

Cacho suelta un grito:

—¡Decime quién!

—No puedo decírtelo por teléfono, boludo, me cago de miedo —le digo, fungiendo temor.

—Mirá si sos puto —me ha dicho Legrand, decepcionado—. Entonces, ¿cómo querés decírmelo, por *mail*? ¿Y cómo sabés vos eso?

—Prefiero ir a tu casa o que vengas a mi casa y decírtelo en persona —le he respondido—. Es muy delicado. Estuve con Nico Oyarbide unos días antes de que lo

matasen, y Oyarbide sabía quién había mandado matar a Burdisso y sabía que irían por él. ¿Podés venir esta noche a mi casa?

—Obvio, boludo. Pero ¿estás seguro de que no sería un delirio de Oyarbide?

—Con Oyarbide nunca se sabía —le he dicho—, pero estoy dispuesto a contarte todo lo que él me contó, con nombres y apellidos, y luego ya vos investigás, y si la pista es buena y querés que vaya a tu programa, voy y lo cuento todo.

Legrand se ha entusiasmado:

—Sos un loco del carajo, Garcés. ¿Dónde vivís? ¿A qué hora querés que vaya?

Sin dudarle, lo he citado en el lugar donde morirá:

—Vivo en San Isidro, en un edificio frente al club de rugby, en la calle Roque Sáenz Peña.

—Esperá, que anoto —se ha precipitado Cacho.

—Encontrémonos mejor en el parque Pueyrredón de Barrio Parque Aguirre —lo he interrumpido—. ¿Ubicás?

—Claro, la Rotonda —ha dicho Cacho—. Pero ¿no preferís que vaya a tu departamento directamente?

—No sé, Cacho, estoy con mi novia y no quiero que ella se entere de nada, ¿entendés? Mejor nos juntamos en el parque, te cuento todo y ya vos investigás, pero mi instinto me dice que lo que me dijo Oyarbide era verdad.

—¿Eran argentinos los que lo mataron? —pregunta Cacho.

—No, mexicanos. Oyarbide me dijo que unos mexicanos que viven en unas casas de Pilar.

—Esos pinches mexicanos están llenando de droga esta ciudad, la puta que los parió. Lo único bueno que esos mexicanos han hecho en su vida es *El Chavo del Ocho*, boludo.

—¿A las once en el parque Pueyrredón de Barrio Parque Aguirre, te va? —le digo.

Se demora un poco.

—Once y media, mejor —me dice.

—Perfecto, once y media —confirmo.

—Si cambiás de planes, llamás y me avisás, no me dejés colgado, boludo —dice Legrand antes de cortar.

—No habrá cambio de planes. Te espero a las once y media de la noche en el parque Pueyrredón —le digo.

—Dale, boludo —dice Legrand, y cuelga.

Luego pienso: *Quizá venga con guardaespaldas, quizá venga con una asistente de producción a la que se está cogiendo, quizá venga solo pero con una cámara escondida en el bolígrafo de su camisa, Legrand es un hijo de mil putas y alguna trampa me tenderá. Pero ya veré cómo mato esta noche a ese cachafaz. De esta*

noche no pasas, Cacho Legrand, pigmeo vil.

Soy nada. Soy nadie. Soy un pedazo de carne en descomposición. Soy una sombra. Soy un fantasma. Soy un despojo. Soy basura. Soy el dolor. Soy la agonía. Soy la lágrima que no cae. Soy la sonrisa impostada. Soy la fatiga. Soy el hastío. Soy la nada misma. Soy menos que nada. Soy un error. Soy un accidente. Soy un mal bicho. Soy la pena infinita. Soy la memoria que atormenta. Soy una suma de fracasos. Soy el fracaso. Soy un perdedor. Soy la miseria y la vileza y el rencor. Soy los desechos de lo que alguna vez fui. Soy un hombre muerto. Soy un hombre muerto que habla y camina y duerme. Soy el que anhela morir. Soy el que escupe el nombre de Dios. Soy el que merece castigo. Soy el que desea castigo. Soy ruinas y escombros. Soy gases y polvo y nubes. Soy el mal aliento. Soy la noche desvelada. Soy el estupor en el espejo. Soy un cadáver que respira. ¿En qué momento morí sin darme cuenta? ¿Cuándo por fin terminaré de morir? ¿Cuándo la noche, las tinieblas, el olvido? No debí nacer. Debo morir. Mis manos y mis pies y mis ojos y mi aliento fétido deben desaparecer de la faz de la tierra. Será pronto. Y escupirán sobre mi tumba.

Alma Rossi ha esperado pacientemente las cuatro de la mañana. Sabe que a esa hora cambian los turnos y hay un espacio de diez o quince minutos en que los controles y las vigilancias se relajan.

Con dificultad se ha vestido con unas ropas que el doctor Fontaine le ha comprado en las *boutiques* lujosas de la calle Apoquindo, ropas que él le ha prometido que ella vestirá cuando salgan juntos de la clínica. Se ha alisado el pelo, ha guardado el pasaporte y los papeles en su cartera, se ha cerrado bien la blusa para disimular las heridas del proyectil, las cicatrices de las operaciones, ha salido sigilosamente, ha esperado a que la enfermera de turno vaya hacia alguna habitación para caminar deprisa por el pasillo y llamar el ascensor, ha sentido el aliento entrecortado esperando el ascensor, se ha negado a rezar, a pedirle nada a Dios, no cree ya en Dios ni en nadie, solo cree en ella y en los treinta millones de euros que le dejó Mario Santa Cruz, ha bajado sola por el ascensor, ha salido de la clínica con paso lento y actitud serena, como si nada escondiera, como si fuera una visitante distinguida a esa hora improbable. El vigilante la ha mirado con cierto recelo y ella ha aplacado esa desconfianza extendiéndole un billete generoso y pidiéndole que llame un taxi. El vigilante ha llamado al taxi, un vehículo de colores negro y amarillo. Alma ha sentido dolor al flexionarse para subir al asiento trasero. El vigilante ha cerrado la puerta. Alma ha sonreído. Luego ha ejecutado su plan: *En Chile no puedo quedarme, en Chile me buscarán de inmediato, debo salir cuanto antes de este país, no puedo volver a Zapallar por el dinero, debo irme antes de que el doctor Fontaine descubra que he escapado*. Le ha hablado al taxista:

—Al aeropuerto, por favor —ha dicho, con una voz débil, apenas audible.

El taxista, un hombre joven, que escucha unas tonadillas brasileras en la radio, ha dudado:

—Me repite, por favor.

Alma se ha impacientado y le ha salido la voz de su padre, de cualquiera de sus padres, de Nicola Rossi o Mario Santa Cruz, una voz autoritaria y distante y al mismo tiempo educada:

—Lléveme al aeropuerto. Y dese prisa. Le daré una buena propina si llegamos rápido.

Algo ha farfullado el taxista que ella no ha comprendido o no ha querido comprender. *Estos jóvenes de ahora son unos monos*, ha pensado, contemplando las luces lánguidas de la ciudad adormecida.

Esperé a Cacho Legrand en el parque Pueyrredón desde las once de la noche. Hacía frío, me había puesto una chaqueta gruesa y los guantes de cuero negro y llevaba un paraguas porque en la televisión habían dicho que las probabilidades de que lloviese eran altas (aunque más altas eran las probabilidades de que me asaltasen, claro). El parque lucía desolado, no estaba siquiera el vigilante de turno en su caseta, los juegos infantiles tenían un aspecto triste, fantasmagórico. A lo lejos, a dos o tres calles, en la esquina de Mendeville con Obligado, un hombre cuidaba las mansiones de Barrio Parque Aguirre desde una pequeña caseta verde, al tiempo que oía en la radio un partido de fútbol, el eco de la narración vocinglera del locutor llegaba hasta donde me hallaba sentado, una banca del parque, una banca de madera que me hacía doler el culo. Me pregunté si ese hombre me habría visto caminar en dirección al parque, me pregunté si ese hombre me delataría. La banca del parque estaba de espaldas a la esquina de Victoria Aguirre con José Hernández. No había querido venir en un auto alquilado. Tampoco quería en ningún caso ir con Cacho Legrand a mi departamento, debía matarlo allí, en el parque, en su auto. Tenía la pistola lista, cargada, activada, bien lustrada, en el bolsillo de mi chaqueta. Esa mano, la derecha, no llevaba guante, el guante impedía activar el gatillo con la rapidez deseada, como había ya constatado antes. De pronto llegaron dos autos por la calle Juan Cruz Varela, uno era el Mini Cooper verde de Legrand (el mismo que yo había chocado días atrás) y otro era, por lo visto, un auto que lo seguía, un Toyota Corolla negro, con lunas polarizadas. Apenas se detuvo el Mini Cooper, dos hombres altos, vestidos de traje y corbata, con pinta de rufianes o sicarios baratos, saltaron del Toyota y uno de ellos corrió a abrir la puerta de Cacho Legrand, que bajó sin apuro, mirándome desde lejos con una sonrisa taimada. *Me jodí*, pensé. *No puedo matarlo*, me dije. *Me matarán ellos*, temí. Cacho Legrand se acercó, me puse de pie, caminé hacia él, que hizo un ademán a sus custodios para que se mantuviesen a prudente distancia.

—Garcés, Garcés, ¿qué hacés solo en este parque del orto? Vos estás loco, boludo —me dijo Legrand.

Percibí simpatía o confianza en sus palabras, no parecía sospechar que yo llevaba un arma y quería matarlo, quizá había venido con sus matones porque lo acompañaban a todas partes, no porque desconfiara de mí.

—Cacho querido, qué alegría verte después de tanto tiempo —le dije.

Quiso abrazarme pero lo contuve, le di la mano, no quise arriesgarme a que sintiera el arma en mi chaqueta y diera aviso a sus custodios. Un mínimo error podía costarme la vida, y en ningún caso quería morir dejando a Cacho Legrand vivo y dándole, además, material de alto morbo para sus programas del día siguiente en la radio y la televisión.

—¿Dónde querés que hablemos? —me preguntó, y luego añadió—: ¿Querés que vayamos a tu casa?

Me aterró la idea de meter a Cacho Legrand y a sus gorilas en mi pequeño departamento.

—No, mejor hablemos acá. Sentémonos —le dije, señalando la banca donde lo había esperado.

—Bueno, dale —dijo Legrand, algo contrariado.

Nos sentamos. Guardé silencio. Los matones me miraban con mala cara, como recelando de mí. No era posible matarlos y luego matar a Legrand, carecía de la pericia para una operación tan rápida y precisa en medio de la penumbra.

—Contámelo todo —interrumpió Legrand—. ¿Quién los mató? —preguntó a quemarropa.

—No puedo decírtelo —dije.

—¿Por qué, boludo? —se impacientó.

—Porque tus guardaespaldas están escuchando todo. Debí decirte que vinieras solo. No puedo darte la información si ellos también la escuchan. Es muy peligroso para mí —dije.

—No seas cagón, peruano del orto. También es muy peligroso para mí andar solo por esta ciudad de mierda a esta hora de la noche. ¿Vos sabés cuántos me amenazan de muerte? ¿Vos sabés cuántas amenazas de secuestro me llegan a diario por el *mail*? Yo soy Cacho Legrand, boludo, yo tengo más poder que Lanata o que Susana o que la presidenta, ¿entendés? Yo no puedo andar sin protección por la calle, ¿qué querés, que me hagan boleto?

Cacho Legrand había levantado la voz y eso alarmó a sus custodios, que se acercaron unos pasos, la mano siempre acariciando el arma, intimidándome.

—Bueno, te diré exactamente lo que sé, y si algo me pasa, será toda tu culpa, Cacho —me replegué, comprendiendo que algo tenía que decirle, alguna mentira más o menos viscosa y persuasiva tenía que dejar en sus manos para que él, como una aguamala, se marchara contento a esparcirla en sus programas del día siguiente.

—Habla, boludo, no tengas miedo, nadie te va a citar, diré que mis fuentes son policiales —me calmó Legrand.

—Fueron unos mexicanos. Se apellidan Obrador. Son hermanos. Manuel y Vicente Obrador. Son los jefes del cártel de Juárez acá en Buenos Aires. Ellos traen toda la coca y la reparten entre sus contactos locales y de acá la mandan hacia España. Iban a comer con frecuencia al restaurante de Agustín Burdisso. Así se hicieron amigos. Vicente era el más amigo de Burdisso, aunque ni él ni el otro son putos, ninguno se cogía a Burdisso. Tenían un trato con Agustín: ellos comían y tomaban todo lo que querían en La Gloria y, a cambio de eso, Burdisso les pedía toda la coca que quería.

Cacho me interrumpió:

—Un canje.

—Todo iba bien hasta que una noche cayó Nico Oyarbide al restaurante y terminó sentado con los hermanos Obrador y con Burdisso —proseguí—. Oyarbide, que no era ningún boludo, entendió que los mexicanos tenían harta coca y que se la pasaban a Burdisso. Entonces les pidió un kilo para él. Los mexicanos no quisieron regalarle tanta coca. Oyarbide dijo que la compraría. Burdisso se ofreció como aval, dijo que si Oyarbide no pagaba, él lo haría. Fueron al auto de los mexicanos, sacaron un kilo del baúl, se lo dieron a Oyarbide y Oyarbide se fue a meterse la coca y prometió que les dejaría la plata al día siguiente en el restaurante de Burdisso.

Cacho me interrumpió:

—Pero no pagó.

—Claro, no pagó —continué—. Y los mexicanos volvieron a la noche siguiente y quisieron cobrarle a Burdisso, pero Burdisso se negó, llamó a Oyarbide, Oyarbide no contestó, no tenía la plata. Los mexicanos comieron, tomaron tres botellas de vino, se despidieron de Burdisso. Pero esos hijos de puta no perdonan. Si les robas, te matan, es su ley. Y a la noche llamaron a Burdisso y le ofrecieron más coca. Él cayó en la trampa y lo mataron.

Cacho me interrumpió:

—¿Y vos cómo sabés todo esto?

—Porque Oyarbide me lo contó todo, boludo —le dije—. Me lo contó horas antes de que lo mataran. Me lo encontré en el restaurante alemán de Libertador y Alem. Estaba nervioso, mal, se había metido coca sin parar desde hacía tres días. Me llamó, me saludó, me contó todo, ya sabía que habían asesinado a Burdisso por su culpa, se echó a llorar, me dijo que los hermanos Obrador irían a matarlo, que yo tenía que esconderlo en algún lugar, me rogó que lo escondiera en mi departamento. Yo me negué. *Sos una mierda, peruano*, me dijo, y se largó furioso. Horas más tarde lo mataron en su casa del bajo de San Isidro.

Legrand pareció haberme creído:

—¿Y cómo encuentro a los hermanos Obrador?

—Oyarbide me dijo que viven en un *country* en Pilar —respondí.

Cacho Legrand no perdió tiempo:

—¿Qué *country* en Pilar, boludo? Hay cien *countries* en Pilar.

—Oyarbide me dijo que en un *country* que se llama Martindale —dije—, y que están en una casa bajo el nombre de Lucio y Martín Trejos. Búscalos bajo ese apellido, Trejos, en el *country* Martindale, de Pilar.

Cacho se levantó, no quiso darme la mano, y me preguntó:

—¿Tenés miedo de que te maten a vos también? ¿Querés que te ponga a uno de estos gorilas para que te cuide, Garcés?

—No, no —me apresuré—. Ni en pedo. Gracias.

Cacho caminó, me miró con un destello de picardía o desconfianza, como un

viejo sabueso que ya no le cree a nadie, y dijo algo que me intimidó:

—Si mañana no encuentro a los Trejos o a los Obrador en Martindale, denunciaré en mis programas que vos sabés quién mató a Burdisso y a Oyarbide, que vos estás metido en el crimen.

Quedé pasmado. Legrand se marchó a paso lento, subió a su Mini Cooper, me miró con una media sonrisa condescendiente y se fue, seguido por sus matones. *La cagué, ahora sí estoy jodido, me dije. No podré matar a Cacho y el muy cabrón acabará denunciándome*, pensé, mientras caminaba deprisa por la calle Rafael Obligado, hacia Roque Sáenz Peña, en medio de la noche fría y desolada de Barrio Parque Aguirre, mientras la voz del locutor de fútbol se escuchaba todavía, a lo lejos.

Llegando al departamento me di una ducha caliente y luego empecé a meterme la coca que le había robado a Nico Oyarbide. No paré hasta que, cerca de las tres de la mañana, marqué el celular de Cacho Legrand. Lo desperté, me puteó, le dije que tenía medio kilo de coca que me había dejado Nico Oyarbide la tarde en que nos encontramos en el restaurante alemán Charlie's Fondue, horas antes de que los mexicanos (quiero decir yo) lo mataran, y añadí que quería dejarle la coca, dársela, regalársela, que me sentía mal con la coca del finado Oyarbide, que quizá a él podía servirle como evidencia para acusar a los hermanos Manuel y Vicente Obrador. Jugué una carta arriesgada: llamar a Legrand de madrugada y ofrecerle medio kilo de coca, pero en ese momento ya no era consciente de los riesgos, estaba demasiado agitado y poderoso de cocaína y tenía el palpito o la corazonada de que Cacho mordería el anzuelo, no para usar la coca como evidencia del crimen o para mostrarla en televisión, sino para metérsela toda, goloso, por sus narices fétidas, rapaces, depredadoras. Como estaba duro y locuaz por toda la coca que me había metido, atropellé a Legrand y le dije que iría a dejarle el medio kilo en ese mismo momento a su departamento o a donde él me dijera, que yo no podía dormir en paz con esa droga de los mexicanos que Nico Oyarbide no pagó y por eso le costó la vida, que sentía una urgencia moral (usé esas palabras, *una urgencia moral*) por entregarle la coca a él, *porque vos sos mi amigo y, sobre todo, un periodista de intachable credibilidad, Cacho, y sé que en tus manos esa coca estará en mejores manos que en las de la policía*, le dije, hablando deprisa, y Cacho Legrand, no sé si por buen periodista o por cocainómano veterano, me dijo que fuese de inmediato a la puerta del Zoológico, pero no a la puerta de Libertador y Sarmiento, sino a la de la plaza Italia, y le dije *Voy en camino, Cacho, te llevo el medio kilo*, y pensé en decirle *Mejor vení solo, Cacho, no vengas con tus matones*, pero pensé que eso podría alarmarlo, y estaba tan acelerado y poderoso de cocaína que me dije *Si viene con sus matones, los mato a todos, la concha de la lora*, y Legrand me dijo que cuando estuviera en la puerta del Zoológico, en la plaza Italia, que lo llamase y él saldría enseguida, y en menos de tres minutos estaría conmigo y recogería la coca. Corté, aspiré más coca, me miré en el espejo, vi el rostro de un hombre al que le quedaban pocos días, guardé la pistola en mi chaqueta, metí el paquete de coca en el otro bolsillo y salí deprisa, en la camioneta que había alquilado, a encontrarme con Cacho Legrand. En el camino puse un disco de Calamaro, *Nadie sale vivo de aquí*. >Manejé raudo por Libertador, pasándome los semáforos en rojo. Tardé veinte minutos en llegar a la plaza Italia. Inhalé más cocaína. Miré el reloj, eran las tres y media de la mañana. Marqué el celular de Legrand. Contestó al primer timbre y dijo *Voy esperame*. Pensé: *Será lo que quiera el destino*. Pensé: *Si viene con un custodio o varios, será una balacera, quizá mueran ellos, quizá muera yo, pero alguien ha de morir esta noche en la plaza Italia, no tan lejos de los elefantes que duermen, y espero que el muerto sea Legrand y no yo*. Tres

minutos después, vi que se acercaba el Mini Cooper, ningún auto lo seguía. Cacho Legrand no bajó, me hizo señas con las luces para que me acercase. Saqué el paquete de coca, bajé, le enseñé la coca y, mientras me acercaba, traté de ver si alguien acompañaba a Legrand, pero las luces del Mini Cooper me cegaban y no podía saber si Cacho estaba solo o si uno de sus matones lo protegía desde el asiento del copiloto. Caminé rápido, mostrando el paquete de coca para calmar a Legrand, y cuando estuve al lado de su auto, bajó el vidrio y entonces pude ver que estaba solo. Le di el paquete.

—Aquí hay menos de medio kilo —se quejó Cacho, hijo de mil putas.

—Yo no sé, Cacho, es lo que me dio Oyarbide —dije.

—Lo que te dio Oyarbide menos lo que te habrás metido por esa nariz que parece de boxeador, Garcés —se rio Legrand cínicamente.

Me agaché y confirmé que estaba solo. Luego Cacho Legrand hizo algo que me sorprendió: abrió el paquete, sacó un poco de cocaína aprisionándola entre los dedos y la aspiró con destreza, como un viejo cocainómano.

—Está buena —dijo.

—Es la de los mexicanos, podés mostrarla en tu programa —le dije.

—Ni en pedo la muestro en la tele, esta coca es para mi consumo personal —dijo, y celebró su ocurrencia con una risotada.

En ese momento lo desprecié, recordé las preguntas que me hizo sobre Anita Casán, recordé su risa de chacal en televisión, y saqué la pistola y le disparé en la nariz, le volé la nariz, vi cómo su nariz espolvoreada de coca salía despedazada en miles de cartílagos blanquecinos y sangrientos, y luego le metí un tiro en la cabeza y otro en el pecho, guardé el arma, sentí el rugido de un bus que doblaba en la plaza Italia, subí a la camioneta y aceleré por Sarmiento hacia Libertador. *La concha de la lora, dejé la coca en el auto de Cacho*, recordé, pero ya era tarde para volver, ya Cacho Legrand estaba muerto y era sangre, coca y los esparcidos residuos de su nariz aguileña.

Son las cinco de la mañana cuando Alma Rossi lee la pantalla de vuelos del aeropuerto Arturo Merino Benítez de Santiago de Chile. No hay ningún vuelo que salga por la mañana hacia Europa, el primero sale a las cinco de la tarde, un Lan con destino en Madrid, y luego un Air France a las seis de la tarde a París. *No puedo quedarme el día entero acá y no creo que mi cuerpo resista doce horas en un avión*, piensa. Luego mira los vuelos hacia Buenos Aires: hay uno que sale a las seis de la mañana. No lo duda: *Iré a Buenos Aires y descansaré una semana y luego me iré a Europa, pero antes echaré una mirada, no vaya a ser que Garcés esté precisamente en Buenos Aires, no me sorprendería*. Alma Rossi camina hacia el mostrador de Lan, muestra su pasaporte italiano y pide un billete en clase ejecutiva hacia Buenos Aires, para el vuelo de las seis de la mañana.

—Ese vuelo ya está cerrado —le dice una señorita rolliza.

—Le ruego que me ayude, llevo prisa, tengo que llegar al funeral de mi padre —miente ella.

—Mis condolencias —dice la señorita sobrealimentada y quizá por eso dulce, afectuosa.

Alma Rossi no tiene dinero en efectivo, o lo que tiene es poco y no le alcanzaría, de modo que entrega una de sus tarjetas de crédito, la que menos remite al sistema financiero del Perú, una American Express cuyos estados de cuenta le llegan por vía cibernética y ella paga desde sus cuentas en bancos de Nueva York. Al dar la tarjeta, siente un sobresalto, un escalofrío de miedo: no sabe si tiene orden de captura de la policía local o de la Interpol, no sabe si la tarjeta está bloqueada, no sabe si aun pudiendo usarla, al momento de hacerlo activará las alarmas de quienes acaso están siguiéndola desde sus crímenes en Lima. *Que Dios reparta suerte*, se dice Alma. La señorita rolliza pasa la tarjeta, la espera se le hace eterna a Alma y por fin la máquina aprueba la transacción y Alma puede firmar el cargo.

—Por favor, vaya al tiro a la puerta quince, porque ya están empezando a abordar —dice la señorita rolliza y le entrega la tarjeta de abordar y le pregunta—: ¿No lleva equipaje, verdad?

Alma Rossi sonríe con una sonrisa fatigada.

—No. Ya cargar conmigo misma es bastante pesado —responde, y la señorita la acompaña con un gesto cómplice.

Antes de pasar por los controles policiales de migraciones, Alma llena, esperando su turno, el formulario de rigor. De nuevo usa el pasaporte italiano, que en cualquier caso despierta menos sospechas que el peruano. A la hora de indicar su ocupación, se sorprende al verse escribiendo «Pintora». Luego pasa los controles sin contratiempo alguno (pues el oficial la mira embobado y le pregunta qué cosas pinta y ella responde *Desnudos* y él sonríe, baboso, y la deja pasar, seguramente sintiendo el cosquilleo de una erección), camina con prisa hacia la puerta quince, ingresa en el

avión de Lan, se deja caer en el asiento 2A y piensa con tristeza en el doctor Fontaine, en el estupor que se dibujará en su rostro cuando llegue a las nueve de la mañana a la clínica Las Condes y se entere de que Alma Rossi, su paciente amada, la mujer de su vida, la promesa de un verano eterno en Positano, se ha marchado sin dejarle una nota siquiera. *Debí dejarle una nota*, piensa, y pide una copa de champán. Cuando el avión despega, Alma Rossi se pregunta si realmente está viva o si todo es una alucinación, un ensueño, lo que hacen los muertos cuando están muertos: pasearse entre los vivos sin que se den cuenta. *No, no estoy muerta*, piensa cuando siente ganas de ir al baño a orinar. *No estoy muerta y no descansaré hasta encontrar a Garcés*, se dice, y sonrío con malicia.

Como era previsible, el hallazgo del cadáver de Carlos Cacho Legrand en su Mini Cooper, en la puerta del Zoológico, en plena plaza Italia, provocó un escándalo periodístico, lo mismo en la prensa seria que en la chismosa o acanallada. Si bien cometí la imprudencia de llamarlo aquella noche a su celular y, por tanto, dejar una pista que conduciría hacia mi teléfono, si bien era cuestión de horas que la policía argentina, investigando las últimas llamadas recibidas por el occiso, diera con mi número y me llamase, si bien además había dejado mis huellas en el paquete de cocaína que le entregué al vicioso de Legrand, si bien, en suma, era verosímil que, de actuar con un mínimo rigor, la policía argentina vendría a buscarme en cuestión de días o de horas para saber por qué había llamado a Legrand poco antes de que lo abalearan (y luego un simple peritaje de restos de pólvora en mis manos confirmaría que yo había disparado una pistola la noche en que Legrand perdió su vida por amor a la cocaína), de momento me encontraba divertido leyendo los periódicos y las revistas y mirando la televisión y sintiendo la gloria del hampón impune al confirmar que absolutamente nadie sospechaba de mí y que casi todos asociaban la muerte de Cacho Legrand con los crímenes de Agustín Burdisso y Nico Oyarbide. La teoría de los diarios más serios (*La Nación* es el que más me gusta a mí) era que había matado a Legrand un proveedor de cocaína por algún entredicho de dinero. La prensa más escandalosa, que mucho respeto por la memoria del finado no parecía profesar, alegaba sin prueba alguna que Legrand era un capo de la droga, que estaba asociado con un político muy poderoso y con los jefes de la policía bonaerense, y que todo apuntaba a un ajuste de cuentas, no pudiéndose descartar que la propia policía, sospechosa de venderle a Legrand la cocaína que incautaba, hubiese matado al tremebundo personaje. Pero también circulaban las teorías más delirantes: como Legrand tenía tantos enemigos en el mundo de la farándula y de la política en la Argentina (por ejemplo, el alcalde de Buenos Aires, a quien acusaba de ladrón y de espiar los teléfonos de sus opositores; por ejemplo, una diva de la televisión, a quien acusaba de tener ochenta y cuatro años y de haber matado a su hermana melliza para que no delatase su edad; por ejemplo, un futbolista millonario, casado con una modelo que se hizo famosa cuando Legrand propaló un video tomado con la cámara de un celular en el que ella le procuraba sexo oral a su esposo; por ejemplo, un ingenioso travesti, aclamado en los teatros de la calle Corrientes, a quien Legrand hizo llorar en una de sus entrevistas, verdaderas sesiones de tortura, obligándolo a confesar que no se había removido aún el pene; por ejemplo, un viejo productor teatral, al que Legrand acusaba de impotente y marica, a pesar de que dicho legendario productor se paseaba siempre acompañado de las más voluptuosas modelos de la farándula; por ejemplo, un esperpento vocinglero y acanallado, conocido como La Larva, que solía ser panelista del programa de Cacho Legrand y a quien Cacho había despedido una noche en directo, diciéndole que lo echaba porque

le daba asco mirarlo; por ejemplo, los vendedores del Mini Cooper, a quienes Legrand estafó, diciéndoles que lo usaría en canje un ario y luego lo compraría, y nunca lo compró y estiró el canje forzado hasta la noche de su muerte; por ejemplo, un millonario fabricante de chocolates, productor de musicales en los que él mismo era la estrella y cantaba, a quien Cacho tildaba de *puto en el clóset* y de haberse *salvado por una neurona de ser oligofrénico*), las revistas chismosas (*Pronto, Paparazzi, Siete Días, Semana*) y los programas chismosos de la televisión (media televisión argentina: el de Ramírez, el de la Cantella, el de Beto Pollini, el de Pastorelli, el de la Negra Lavezzi, y muchos otros) agitaban con revuelo que tal o cual famoso, acerbo enemigo de Legrand, podría haber contratado a sicarios (presumiblemente bolivianos o peruanos, por ser más baratos) para acabar con la vida del controvertido periodista y por fin silenciarlo. En general, se percibía en la atmósfera (no solo en la prensa, también en la calle, en los cafés donde conversaba con los camareros, en los quioscos donde compraba toda esa prensa desalmada, en el almacén de la esquina) un ambiente de satisfacción e incluso de alegría por la muerte de Legrand: nadie parecía lamentarla de veras (ni siquiera su viuda, decían los más perversos) y todos cerraban las especulaciones y conjeturas sugiriendo que Cacho Legrand se había buscado esa muerte espantosa, que su lengua viperina le había ganado incontables enemigos, que había ejercido el periodismo de un modo tan innoble y ruin que era lógico, y hasta justo, que lo hubieran matado. Y en efecto tenían razón quienes así pensaban, pues yo (de quien nadie sospechaba) lo había matado precisamente por la misma razón por la que hubieran querido matarlo el alcalde, la diva veterana, el futbolista millonario, el travesti, el productor teatral, el esperpento de La Larva, los concesionarios del Mini Cooper y el heredero de la fortuna de los chocolates: así como Legrand se había burlado de ellos y los había humillado valiéndose del poder que le daba el periodismo, así también había hecho burla de mí y me había escarnecido aquella noche en que me acusó de ser el responsable de la muerte de Anita Casán. Todo eso me permitió olvidar por un momento que bien pronto caerían sobre mí los sabuesos de la policía argentina (o tal vez no, tal vez alguien se había robado el celular de Legrand y nadie haría un registro de las llamadas) y sentir algo parecido al goce o al placer o al orgullo de una misión bien cumplida, pues, leyendo todo aquello, escuchando tantas voces chillonas que sin mucho disimulo dejaban entrever su regocijo por la muerte de Cacho Legrand, descubrí que lo que yo había hecho aquella noche en la plaza Italia al volarle la nariz llena de coca no había sido tan solo un acto de justicia confinado a mí, sino un acto de justicia que había alegrado a muchos argentinos, víctimas de la rastrera ambición de Legrand, víctimas de su lengua insidiosa y su espíritu canalla. Cuando yo muera y los argentinos acaso se enteren de que fui yo quien mató al impresentable de Cacho Legrand, es probable que el argentino promedio me tenga entonces en alta estima y

me considere algo así como un justiciero, un vengador heroico. Tal vez termine ocurriendo esta paradoja: que la muerte de un periodista vil (que siempre despreció mis libros) sirva como impensado estímulo para que esos mismos libros se vendan más en la Argentina, lástima que para entonces ya no estaré vivo para atestiguarlo y, si acaso, cobrar las regalías. Nadie cobrará esas regalías porque no dejaré herederos, y supongo que se quedarán con ese dinero las editoriales que siempre me esquilmaron.

El Obelisco cuando amanece. El laberinto antiguo de Barrio Parque Aguirre. La Facultad de Derecho y sus egregias escaleras. La plaza Serrano de Palermo, que huele a hierba. Ese árbol de Recoleta que da sombra generosa. El cementerio, ciudad en miniatura de los muertos olvidados. Las calles adoquinadas del viejo San Isidro. El río marrón al que tantos inocentes fueron arrojados. La avenida Libertador a las cuatro de la mañana, cuando los semáforos se ponen verdes. El restaurante de la calle República de la India donde el gato se sienta en tu mesa. Las putas pujantes peleando en televisión. Los bigotes sospechosos de los poderosos. La cháchara infinita del taxista locuaz. El enojo y la rabia del taxista vencido. El ruido de una moto que anuncia al ladrón. El discreto sosiego del bar del hotel Alvear. Todos los canales en los que fui maquillado y entrevistado. Mis libros exhibidos en las vitrinas. El inmoderado elogio del peatón. La sonrisa de la señora del quiosco. El jadeo de los tenistas frente a mi departamento. La aspereza brutal de los muchachos en el césped del rugby. El lisiado en silla de ruedas que fue jugador de rugby. Las lesbianas atentas del almacén de la esquina. Las alemanas infatigables que me dan de comer. Los peruanos que me saludan con cariño. Las flores moradas que brotan en primavera. Los árboles desnudos en invierno. Las mandarinas que robé de un árbol del barrio. El noble portero uruguayo. La gélida paz del camposanto. La niña huérfana. El esposo ladrón. El beso furtivo de una actriz. Todas las películas de madrugada. El bus lleno de energúmenos gritando consignas futboleras. La calle Chacabuco. La calle Belgrano. La galería de madera. El pequeño obelisco. El hombre servicial de la ferretería. Las estufas infinitas. La paloma inquieta en el balcón. Las naranjas exprimidas a las cuatro de la mañana. El chino del almacén que trae la fruta en bicicleta. El afecto confundido de las lectoras otoñales. Las charlas sin sentido. El fragor de Las Heras mientras ella se pierde, esquiva. Los paseos por La Isla. El súbito respeto a la embajada inglesa. Una madrugada en Ezeiza. El tránsito a paso de hombre por la avenida General Paz. Los árboles añosos de la plaza San Martín. El balcón del hotel Plaza, la pirotecnia fatua, el rumor de la euforia un primer día de enero. El futbolista glorioso que me saluda al pasar en el piso seis del hotel Hilton. El aliento cálido, entrecortado, del escritor inmortal. Todas las palabras de Borges que bailan en mi memoria. Los cuentos de aquel insigne canalla rosarino. Los goles que lloré. La bandera que hice mía. El hombre que camina sin rumbo por calles empedradas, el hombre que mira los árboles, el hombre que queda embrujado por la mágica sombra de la calle Eduardo Costa, al pie de la vía del tren. Los helados y los cafés y las medialunas y los exprimidos. El candor de la camarera. Las nubes que se deslizan, el frío patagónico, los agrietados bloques de hielo. El granizo improbable que desciende sobre la ciudad. La queja perpetua, el reclamo incesante, la pasión indómita. La inexplicable sensación de ser argentino. Todo eso estará en mi memoria antes de pegarme un tiro en el balcón de mi departamento, mirando la cúpula de la

catedral y el río marrón que se dibuja a lo lejos, escondiendo los restos de los desaparecidos.

No puedo dormir. Aunque han pasado algunos días, todavía corre cocaína por mis venas. Estoy tieso, angustiado, sudoroso. Sé que el final se acerca. He tomado ansiolíticos, hipnóticos, todos los sedantes que tenía a mano, pero perdura el nocivo estímulo de la cocaína, que me impide conciliar el sueño. A duras penas escucho pasar los autos por la calle Sáenz Peña, pues unas ventanas herméticas alemanas consiguen neutralizar el rumor de allá afuera. He fumado un porro de marihuana pero tampoco me ha relajado, sigo duro y ansioso por tanta coca y tanta sangre derramada. Tal vez sea el momento de matarme. Si hago un repaso de mi vida, solo consigo recordar fracasos, traiciones, derrotas, sinsabores. No he sido un hombre feliz. Pude serlo si Alma Rossi me hubiese amado, pero no estaba en mi destino. Muchos de mis lectores me imaginan como un hombre feliz, o un hombre de éxito, pero no me conocen, no saben la miseria que es mi vida, la soledad que quema las entrañas, el lastre abrumador de saber que soy un bueno para nada, el tardío orgullo de haber conocido el placer de matar a los que debía, y tal vez también a algunos que no debía. En el crepúsculo de mi vida, cuando sé que el sol está por ponerse y será luego la noche sin fin, me parece que despunta nítida la certeza de que lo más valioso o inspirador que hice fue atreverme a matar, que ninguno de mis tres libros puede compararse en arrojo y belleza y gratificación al placer inenarrable, reservado a unos pocos, que me asaltó cuando maté a quienes merecían morir. Pero ahora soy yo quien merece morir, y no sé si encontraré suficiente coraje para ejecutar tal operación, y mucho me temo que no será para nada un acto placentero. No por eso dejaré de matarme. Debo irme, es hora ya. He escrito unos pocos libros prescindibles, he amado a una mujer a la que le disparé por despecho, a quien quise asesinar porque no podía vivir sin ella, he matado a un puñado de pipiolos y truhanes que bien muertos están, he conocido el goce o el orgullo del homicida impune. Nada me queda ya por hacer. No me interesa conocer otras ciudades, no quiero subirme más a un avión, no me interesan el amor ni el sexo, no me interesa leer los libros que me humillarán como escritor, solo quiero llegar al final sin que la policía me capture, solo anhele preservar invicto mi récord de asesino inasible, de exterminador en la sombra. Cargo la pistola, la acaricio, le hablo con afecto, la considero mi amiga, ha sabido darme placer, no me ha fallado, no me ha traicionado, ahora tendrá que disparar y reventarme la tapa de los sesos. Parece que el final ha llegado, que es momento de dejar caer el telón. Sin embargo, siempre es pronto para morir. Porque súbitamente escucho al vecino de arriba meando, y es una descarga urinaria que no tiene cuándo acabar, y luego, como ya me tiene acostumbrado, vienen los ruidos de los gases y las heces, la bulliciosa evacuación del vientre, sentado en el inodoro que parece estar allí arriba, justo encima de mi cabeza. Y resulta inevitable sentir que aquel vecino al que tanto he odiado está orinando y cagando sobre mí. Y resulta inevitable recordar que él y yo tenemos una cosa en común, y es que solo producimos mierda y orines, y que

todo lo demás es prescindible y será polvo y olvido. Y cuando estoy por perdonarle la vida y pegarme un tiro, escucho una flatulencia larga y pedregosa como el sonido zumbón de las motos de los repartidores de pizzas. Y entonces decido que le ha llegado la hora al vecino pedorro y meón, que esta noche es él y no yo quien debe morir, o que en todo caso será él quien morirá primero. Sin dudarle, salgo de mi departamento, subo por la escalera, toco el timbre del vecino. Demora en acercarse, es lógico, son las cinco de la mañana, es la hora en que suele despertar, a las seis sale para el trabajo, sabe Dios qué trabajo, creo que es notario, eso me ha dicho Isidoro, el noble portero uruguayo, cuando le he preguntado por qué vive solo mi vecino de arriba y a qué se dedica el señor de los ruidos molestos.

—¿Quién es? —pregunta, sin abrir la puerta, el vecino odioso.

Por lo visto, desconfía, todos en este barrio desconfían, son frecuentes las historias de atracos y secuestros, y también de policías asesinados, como el buen oficial Redrado, que murió tratando de conjurar un asalto en una *boutique* de la calle Chacabuco.

—Soy Garcés, su vecino de abajo —digo, sin levantar mucho la voz, no quiero que me escuchen los otros vecinos.

—¿Qué desea? —pregunta el señor de los ruidos molestos, al parecer enojado con mi impertinente timbrazo de madrugada.

—Me voy de viaje un tiempo largo y vengo a dejarle un regalo —le digo, y no siento que haya mentido, en rigor vengo a dejarle un regalo.

—¿Un regalo? —se sorprende el vecino, que todavía no abre, lo que parece una señal de miedo o desconfianza—. ¿Uno de sus libros? —pregunta, y me parece advertir que su voz está impregnada de cierta ironía.

—No, no, qué ocurrencia —digo—. Le he comprado una corbata porque no sé si volveré y quiero agradecerle por ser un vecino tan correcto y educado —añado.

Se instala un silencio, uno puede sospechar que el vecino flatulento está evaluando los riesgos, pero seguramente se dice *Este escritor peruano está loco, se va, no volverá, al menos es un caballero a la antigua y me quiere dejar una corbata, podría haberla dejado con el portero Isidoro y ahorrarme este mal momento, pero ya se sabe que los escritores están todos locos, y si son peruanos, peor.*

—Bueno, un momento —me dice.

—Gracias, no hay apuro —respondo.

Escucho sus pasos, como si estuviera poniéndose presentable o menos impresentable, y luego destraba, una y dos, las barras metálicas de la puerta, y abre, vacilante. A pesar de la coca que aún me tiene endurecido, hago mi mejor esfuerzo para sonreír. El vecino es un hombre mayor, de unos sesenta y pico, y está en pijama, un pantalón de buzo y una camiseta blanca, y lo que más me sorprende es el descomunal tamaño de su vientre y el olor fétido que despiden su departamento o su

boca, una pestilencia que me hace dar un paso atrás.

—¿Cómo le va, Garcés? —me dice, y al hablar me envuelve en un vaho espeso, de albañal—. ¿Una corbata me ha traído? —pregunta, pero no me hace pasar.

—Sí, una corbata —digo—. Es que me voy de viaje un tiempo largo y no sé si volveré, no estoy bien de salud.

—Caramba, lo lamento —dice él, pero no parece lamentarlo en absoluto, lo que parece lamentar es que le haya tocado el timbre a esa hora poco cristiana y que siga hablándole sin darle la corbata.

—Ya le doy la corbata —digo—. Antes, ¿me presta el baño, por favor?

El vecino pedorro se sorprende:

—¿El baño? ¿Por qué no usa su baño, señor Garcés?

Recurro a mis dotes histriónicas:

—Está atascado, será solo echarme una meada rápida —digo.

El vecino me mira confundido y desconfiado y claramente irritado, pero, débil, cede y me dice:

—Bueno, pase.

Paso y él deja la puerta entreabierta.

—¿Qué baño debo usar? —pregunto, y pienso que ese escondrijo polvoriento no debe de haber sido limpiado en mucho tiempo, y veo un desorden de platos sucios y ropa tirada por el piso y siento un olor a comida rancia y a ventosidades peronistas.

El vecino se ríe:

—El único baño que hay —responde, con un aire pendenciero, luego camina y me señala el baño, que más que baño parece pocilga o matadero o criadero porcino.

—¿Funciona bien el baño? —pregunto.

—Claro, obvio, diez puntos —dice él, y veo su barriga prominente y me pregunto de cuántas pizzas y empanadas estará amasada.

—¿Me haría un favor, querido vecino? —le pregunto.

—Cómo no —responde.

—¿Se echaría usted una meada para cerciorarnos de que el baño funciona bien?

El vecino debe de creer que estoy loco, porque se ríe y dice:

—Garcés, ¿ha venido a mi casa a las cinco de la mañana a pedirme que me eche una meada?

—No, mi amigo, he venido a dejarle la corbata —respondo.

—¿Y dónde está la puta corbata? —se impacienta el notario. Saco entonces la pistola y le apunto y veo su cara lívida, el temblor de su panza, y le digo:

—Esta es la corbata que te voy a poner en el pecho por tirarte tantos pedos sobre mi cabeza, hijo de la gran puta. El vecino se queda mudo, tiembla, sabe que va a morir.

—Siéntate en el inodoro —ordeno.

Aterrado, obedece.

—No, pelotudo, levanta la tapa y bájate los pantalones —preciso, y siento el poder que emana de la pistola, y siento la sumisión y el pavor que exuda el encañonado.

El vecino se baja el pantalón, muestra su minúsculo colgajo (puede que el miedo lo haya encogido) y se sienta en el inodoro.

—Ahora caga, como cagas todas las noches encima de mi cabeza —ordenó.

Con dificultad, el vecino balbucea:

—No puedo.

Sonrío.

—¿No puedes echarme un sorete más, el último sorete?

—No, acabo de echarme un sorete —me contesta, llorando.

—Yo te ayudo —le digo, y luego disparo dos veces en su cabeza y una en su pecho, y escucho cómo, al morir, el notario de los ruidos molestos se caga de miedo.

Salgo rápido de allí porque el olor es insoportable. Cierro la puerta y no me importa ya dejar mis huellas en la cerradura, porque mis horas están contadas. Al menos moriré en paz, sin sentir que el vecino de arriba orina o caga sobre mí cuando estoy por quitarme la vida. *Murió cagando*, pienso. *Murió en su ley, con las botas puestas*, me digo, bajando las escaleras.

Alma Rossi descansa en su habitación del hotel Alvear. Ha tenido suerte. Al llegar a Buenos Aires, el tráfico no ha sido demasiado espeso y el recepcionista del Alvear se ha mostrado encantador: a pesar de que no tenía reserva, le ha conseguido una habitación, ha dado por buena la tarjeta de crédito que Alma le ha entregado (la misma que usó para comprar el boleto aéreo) y no ha dudado en complacerla cuando ella, mintiendo con su habitual destreza, le ha dicho que ha dejado a su marido, que seguramente su marido va a importunarla con llamadas, que por favor la registren con otro nombre para proteger su privacidad, que la registren a nombre de Gala Petinatto. El recepcionista se ha sorprendido cuando ha notado que Alma Rossi no trae valijas, apenas un bolso pequeño. Ella le ha dicho que se ha marchado de casa con lo puesto y nada más, que quiere rehacer su vida (se ha sorprendido cuando ha usado ese verbo, *rehacer*, que siempre le ha parecido inapropiado cuando se habla de los afectos privados) y que no tuvo tiempo de preparar maletas ni nada. El recepcionista le ha explicado los horarios del *spa*, del gimnasio, del restaurante, del servicio de té en el jardín de invierno, y luego le ha entregado la llave a un conserje, por cuyo acento ella ha deducido que es peruano, aunque es un peruano que procura hablar como argentino.

Ahora Alma Rossi está tendida sobre la cama y siente que estoy cerca, allí, en esa ciudad. Alma recuerda bien el lugar donde yo solía pasar las primaveras en San Isidro, un ruinoso edificio maloliente construido en la década de 1940, durante el primer gobierno de Perón, un escondrijo que ella visitó dos o tres veces y que le resultaba despreciable, tan despreciable como su ocupante. Alma Rossi se duerme pensando que antes de tomar cualquier vuelo a Europa pasará al menos una semana en Buenos Aires y se dará el trabajo de buscarme. *Y si lo encuentro, él pensará que quiero matarlo, pero menuda sorpresa se llevará*, piensa.

Al despertar, siente el aliento reseco, amargo, y pide jugos de frutas a la habitación. Bebiendo un jugo de fruta comprende que, por las dudas, necesita un arma. *No quiero matar a nadie, pero si encuentro a Garcés y él quiere dispararme de nuevo, lo mataré*, piensa. Luego se da una ducha y sale del hotel, aborda un taxi y le pide al conductor que la lleve a la estación policial más cercana. El taxista elige la estación policial de Las Heras y Ayacucho, la Comisaría 17, y conduce apenas cuatro calles.

—¿Está en problemas la señora? ¿Le han robado algo? ¿Quiere hacer un parte policial? —pregunta, fastidiando a Alma Rossi.

—Ningún problema —dice ella secamente—. Un asunto personal.

El taxista se detiene en la esquina de Ayacucho y Las Heras.

—Ve allá, esa es la Comisaría 17a —dice.

Alma Rossi comprende que debió caminar, pero ya es tarde, debe pagarle y bajarse, no quiere más preguntas de ese sujeto que le resulta lenguaraz (*Algo que no*

es infrecuente en los taxistas de esta ciudad, piensa). Al sacar el dinero, recuerda que solo lleva dólares y pesos chilenos.

—¿Puedo pagarle en dólares? —pregunta.

—Y, claro, mucho mejor —responde el taxista.

Alma Rossi le entrega un billete de veinte dólares, no espera el cambio y baja sin decir palabra.

Luego camina hacia la Comisaría 17a, donde unos policías vestidos en tonos de azul conversan con aire festivo, como si fuera feriado, como si no estuvieran trabajando, como si Buenos Aires fuese la ciudad más segura del mundo. Todos son gordos, unos más, otros menos, pero todos son obesos, y *con seguridad*, piensa Alma, *ninguno atraparía corriendo a un ladrón en buena forma*. Los mira de lejos y elige al gordo que le parece más confiable o más despistado, al gordo que además está solo, sentado en un banco, leyendo un diario deportivo, *Olé*. Alma Rossi se le acerca y le habla, en tono respetuoso:

—Oficial, ¿me puede ayudar?

El policía, vencido por un abdomen prominente y el peso no menor de un tedio de décadas, la mira, no se levanta, deja el diario *Olé* y responde:

—Dígame, señora, ¿en qué puedo ayudarla?

—¿Podría acompañarme al hotel Alvear? —le dice Alma Rossi, bajando la voz.

El policía se sorprende y la mira con ojos voraces, carroñeros.

—Acompañarla, ¿para qué? Mire que estoy de turno —dice, como si en efecto estuviera haciendo algo útil.

—Se lo digo en el camino, oficial. Y si me acompaña, le dejo cien dólares de propina —dice Alma.

El policía da un brinco, un respingo, siente el llamado imperioso de la ley, no vacila un segundo.

—Vamos caminando, señora. Este barrio se ha llenado de chorros. Pasan en moto y le tiran el bolso, negros de mierda, la concha de su hermana. Vamos que yo la acompaño con el mayor gusto, para eso está la Policía Federal.

Ahora el policía gordo y Alma Rossi caminan por la calle Ayacucho, de regreso al hotel Alvear.

Alma Rossi sabe que es preciso estimular al gendarme, de modo que abre discretamente su cartera, saca un billete de cien dólares, se lo alcanza de un modo disimulado.

—Gracias, oficial, es usted todo un caballero —dice.

—Y es usted una dama encantadora —dice el policía obeso, guardando el dinero —. ¿Qué la trae por acá?

Alma esquiva la cuestión:

—Nada en particular. Vengo a descansar unos días. Adoro esta ciudad.

El policía discrepa, rezonga:

—Yo no sé qué le ven los turistas a Buenos Aires, esto es quilombo, yo estoy podrido de esta ciudad, todos los días hay secuestros y hay robos y matan gente y corre la droga y a uno le pagan una miseria, señora, una miseria, le digo.

—Comprendo —dice Alma Rossi—. Cuánto lo siento. Al llegar al hotel, Alma vuelve a sorprender al policía:

—¿Sería mucha molestia si me acompaña a mi habitación?

—No, en absoluto —dice el policía, tal vez olfateando una nueva propina.

Suben por el ascensor. Alma Rossi nota que el policía está sudando y apesta. Al abrir la puerta de su habitación, advierte que el policía emprende la retirada:

—Bueno, señora, fue un placer.

—No, por favor, pase, tómese una cocacola helada, le caerá bien —le dice ella.

El policía no ofrece resistencia, y mientras el oficial bebe la cocacola, Alma Rossi se descuelga con una propuesta que lo toma por sorpresa:

—Necesito comprar una pistola, agente. Le doy mil dólares y le compro su pistola.

El policía se queda mudo, pasmado, con un gesto que delata perplejidad.

—¿Mil dólares ha dicho? —pregunta.

—Mil y en efectivo, ahora mismo —dice Alma, y luego abre el bolso y muestra el dinero.

—¿Mil por este cacharro viejo? —pregunta, incrédulo, el policía.

—Mil, así como está, con las balas puestas, nada más —dice Alma.

—Pero, señora, este cacharro no vale mil dólares, no vale ni cien dólares, es un fierro de mierda —dice el policía, y Alma Rossi le mira la panza y se pregunta cuándo morirá de un infarto ese hombre derrotado por el sobrepeso, el mal pago y la rutina sosa.

—No importa, oficial, necesito un arma para protegerme —dice ella.

—¿Para protegerse de quién? —pregunta el policía, curioso, y eructa.

—De mi marido celoso, que es un enfermo y quiere matarme —dice ella.

—Gente de mierda —comenta el policía—. Si quiere, me da los mil mangos y voy yo y lo mato de una, ¿no prefiere así? —se ofrece diligente.

—No, no, no quiero que lo mate, pero si él viene a matarme, quiero estar protegida, tener un arma a mano —dice Alma Rossi, y luego pregunta—: ¿Esa pistola funciona?

El policía responde con aire escéptico:

—Y, sí. Funcionar, debería funcionar.

Alma Rossi le entrega el dinero. El policía lo recibe y lo guarda en su bolsillo.

—Pero ahora mismo no se la puedo dejar —dice.

—¿Por qué? —se sorprende Alma.

—Porque tengo que inventarme que me la robaron, no es tan fácil regresar a la comisaría sin el arma, me harían una investigación y ni en pedo quiero que me despidan, estoy a tres años de jubilarme, señora.

Alma Rossi escucha con paciencia, sabe que lo tiene rendido, ya tomó el dinero, es cosa de que ceda un poco.

—¿Qué me propone, entonces?

—Mañana le traigo una pistola mejor, porque esta no se la puedo vender, así como está es un cacharro, no sé si dispara, no la puedo estafar así, compréndame — responde el policía—. Pero mañana le traigo una pistola buena que ahora mismo por la noche les compro a los peruanos del Once.

Alma Rossi no tiene más remedio que confiar en el policía obeso.

—¿Puedo confiar en usted, oficial? —le pregunta.

—Por supuesto, señora. Mañana a esta hora vengo con la pistola. Tiene usted mi palabra de oficial de la Policía Federal —dice, un poco tieso.

—Muy bien, hasta mañana —dice Alma.

Antes de irse, el policía ve unas trufas y pregunta:

—¿Puedo llevarme los dulces, señora? Es que estoy con la presión baja y necesito una dosis de azúcar, es una cosa médica —se disculpa.

—Claro, oficial —dice Alma Rossi, sonriendo, y ve cómo el policía mete todas las trufas en sus bolsillos, mezclándolas con los dólares, y se va meneando un trasero voluptuoso que parecería reñido con la gallardía de un gendarme de la ley.

Lo más probable es que no lo vea más, pero igual fue divertido, piensa Alma Rossi.

Sentado en mi sofá de lectura, mirando el atardecer naranja más allá de las vías del tren, oteando a lo lejos la silueta recortada del río en el horizonte, bebiendo un té de manzana con miel orgánica (cuidando mi salud al tiempo que no ignoro que en cuestión de horas debo matarme), repaso mentalmente a las personas que he matado desde que creí que me quedaban seis meses de vida por un error de una clínica de Lima, hasta el simple trámite de asesinar al vecino del piso de arriba, cuyo cuerpo empezará a pudrirse y apestar ya mañana o pasado mañana, lo que me obliga a matarme antes. Mi primera víctima fue un crítico literario peruano, Hipólito Luna. Fue la primera persona que maté y no sospeché que me asaltaría un goce tan intenso y duradero, exento de cualquier sentimiento de culpa. Ello me estimuló para seguir matando. Mi segunda víctima, también en Lima, fue un anciano escritor ermitaño, Aristóbulo Pérez, que me impidió ganar el Premio Nacional de Novela en el Perú. Creo que le hice un favor, el pobre estaba ya en condición ruinoso y su muerte a balazos mejoró bastante su destino mediocre. Mi tercer muerto, del que tampoco me arrepiento, fue el sapo decrepito de Profeto Serpa, que me echó como columnista de un periódico de Lima, diciéndome que debía tomarme un año sabático, lo que me obligó a mandarlo a un sabático en el más allá. El cuarto cachafaz peruano que maté fue, con seguridad, el que más elevado placer me procuró: el editor ladrón y plagiaro Jorge Echeverría, quien no solo me robó mis libros sino que terminó robándome a la única mujer que he amado, Alma Rossi. Siguiendo a Alma Rossi, llegué a Chile. Mi intención era seducirla, contarle que no tenía una enfermedad terminal, que todo había sido un error médico, pero Alma me dijo que no quería verme más, y fue entonces cuando tomé la decisión, que ahora me reprocho y que ni siquiera supe ejecutar cabalmente, de matarla. Antes había matado o propiciado la muerte de un puñado de chilenos despreciables. Maté en Santiago al ejecutivo de televisión Pedro Vidal, que me humilló no una sino dos veces al prometerme un programa y luego negármelo. Maté también en Santiago al jefe de Vidal, el presidente de la televisión pública, el pelele de Ernesto Larraín, cómplice de Vidal en la operación de oprobio y degradación moral a la que me sometieron, ensañándose conmigo por mi condición de peruano. Maté al animador de televisión que se quedó con el programa que me habían prometido, el cómico fracasado y repudiado por la gente, Julio César Undurraga. Maté en Zapallar al escritor afectado y cursi Pepe Morel, ídolo literario de las señoras chilenas. Maté en Reñaca a un desdichado guardaespaldas. Estando en Viña del Mar, propicié la muerte del precoz millonario idiota Junto Cox, que murió decapitado al estrellar su Porsche con un camión, y del mismo modo retorcido y cruel se encadenaron los hechos que dieron lugar a que un camión atropellase al magnate Mario Santa Cruz, mientras se hallaba meando en la carretera. Haciendo bien las cuentas, he matado a cuatro peruanos y cinco chilenos, sin contar a los argentinos que despaché recientemente, ya que las muertes de Cox y Santa Cruz en las autopistas

chilenas deben ser atribuidas al azar y no a mi instinto homicida. Diez personas creía haber matado ya cuando, escapando del cuerpo sangrante de Alma Rossi (y escapando de mí mismo), llegué a Buenos Aires, no necesariamente para seguir matando, sino para esconderme de las policías peruana y chilena. Ya en esta ciudad supe que no habían sido diez sino nueve, que Alma Rossi había sobrevivido. Ya en esta ciudad se me hizo una necesidad o un vicio o una comprensible debilidad seguir matando, y por eso asesiné a la mamona tatuada y traidora de Lola Repetto, al marica *dandy* Agustín Burdisso, al actor desquiciado y depredador sexual Nico Oyarbide y al miserable periodista carroñero Carlos Cacho Legrand, cuatro muertes más que debo sumar a mi palmarés, lo que hace la nada despreciable cifra de trece muertos, a los que debemos añadir al vecino cagón y pedorro, con lo cual puedo decir con moderado orgullo que he matado a catorce sujetos deleznable, del todo prescindibles, tóxicos para la especie humana, y de momento nadie me ha capturado y nadie ha intentado impedir que ejecute mis planes higiénicos, redentores. Catorce he matado y dos más han muerto persiguiéndome o viniendo a verme, de modo que mi breve historial de asesino en serie ha dejado a dieciséis personas (quince hombres, una mujer) sin vida. No me atormenta la certeza de que he sido inmensamente más prolífico, creativo y talentoso como asesino que como escritor. Como escritor, dejo apenas tres novelas de muy dudoso mérito. Como homicida, me he cargado, sin mancharme ni hacer mucho ruido, a un puñado de alimañas. Lo más difícil es lo que viene a continuación: después de matar a esos guiñapos cuya sangre he visto saltar, cuyos ojos desorbitados he visto invadidos de pavor, es hora de pegarme un tiro y dejar de ser para siempre, así lo quiera Dios, este amasijo de huesos y carne flácida y nervios crispados que mis padres llamaron Javier Garcés y que mis pocos lectores conocen como Javier Garcés, un nombre, una identidad, un rostro con los que ya no puedo seguir viviendo, y no porque me pesen en la conciencia los cabrones que he matado, sino porque me hunde el lastre de saber que mi carrera como escritor ha sido misérrima e inútil y que solo he servido para matar gente, no para inventar vidas en la ficción. Nadie llorará mi muerte. Y no serán pocos los que escupirán sobre mi tumba.

Suena el timbre. *Me jodí, es la policía, tengo que matarme ya mismo*, pienso. Camino hacia mi habitación, saco el arma y apunto a mi cabeza. Enseguida escucho una voz suave y familiar que no parece la voz de ningún policía: *Javier, abre, soy Alma. Me recorre un escalofrío. No puede ser ella. Javier, sé que estás allí, abre, por favor, escucho de nuevo. Sé que estoy loco y a punto de morir, pero también que esa voz proviene del pasillo y no es una alucinación. Me quito los zapatos, camino sigilosamente hacia la puerta, espío por el minúsculo ojo de vidrio. La concha de la lora, es ella, es Alma Rossi, la perra cabrona adorable está aquí. Mi cuerpo queda paralizado, mis piernas tiemblan, mi corazón se acelera: ¿cómo puede ser ella?, ¿cómo ha podido saber que yo estaba acá? Javier, si no abres, voy a llamar a la policía, abre carajo, no seas huevón, no vengo a pelear. Es ella, sin duda es ella, el modo en que me ha llamado «huevo» es suyo, solo suyo. Bien, si debo morir de todos modos, casi mejor que me mate ella a que me mate yo mismo. Ella merece el placer de la venganza. Si no la dejé muerta, es justo que me mate en este departamento sombrío y polvoriento del norte de Buenos Aires. Javier, sé que estás allí, abre, la puta madre que te parió. Es ella, es ella. Y de nuevo soy yo como siempre fui con ella: sumiso, obediente, servil. Bien, abriré la puerta y esperaré a que vomite sobre mí una lluvia de plomo y moriré como merezco. Introduzco la llave, giro la cerradura, abro la puerta y veo a una mujer delgada, muy delgada, pálida, muy pálida, con el pelo recogido, vestida toda de negro, sin maquillaje, que me mira como si estuviera muerta o viniera desde el más allá, que me mira sin afecto ni hostilidad, con una frialdad ausente, inhumana.*

—¿Puedo pasar? —pregunta, y me sorprende la suavidad de sus modales.

—Claro, pasa —consigo balbucear, y abro del todo la puerta, y ella entra al departamento que ya conocía y nunca le gustó, el departamento que solía llamar «tu pocilga argentina», y cierro la puerta y digo débilmente lo primero que me viene a la mente, casi una disculpa—: Pensé que estabas muerta.

Ella voltea, me mira, no sonrío y dice:

—Yo también. Estuve en coma. Pero me recuperé. Y aquí estoy.

—No sabes cuánto me alegra —le digo—. No sabes cuánto me pesa haberte disparado. Nunca debí hacerlo. Lo siento de veras.

Ella sigue de pie, escudriñando el desorden del departamento, luciendo una delgadez alarmante, y veo que apenas lleva un bolso pequeño, negro también, y presumo que allí guarda el arma. No me dice nada. Se queda en silencio. Me mira.

—No estás durmiendo bien —comenta.

—No —digo, secamente.

—Algo huele mal.

—Este edificio siempre huele mal.

Luego se hace un silencio. Ella camina hacia la ventana, sale al balcón, observa

las canchas de tenis y de rugby del club, respira con una fragilidad que me conmueve. Luego regresa a la sala y me dice:

—Hubiera preferido morirme.

No me atrevo a acercarme a ella, a duras penas balbuceo:

—Yo hubiera preferido que me mataras.

Ella asiente:

—Ya lo sé.

—¿Has venido a matarme? —pregunto.

Alma Rossi sonrío, pero es una sonrisa exhausta, desganada.

—No, Javier. He venido a saludarte —dice.

—No te creo. Sé que has venido a matarme.

—No seas huevón.

—Por favor, mátame.

Alma me mira no con sorpresa sino con repugnancia o desdén.

—¿Quieres que te mate?

—Sí, por favor —respondo.

Ella hace un gesto de asco comedido.

—Si quieres morir, mátate tú mismo —dice—. Si tuviste la mala leche de dispararme, ten ahora los cojones de dispararte.

—No es que me dé miedo —me defiende malamente—. Es que prefiero que me mates tú.

—Pues yo no soy tan estúpida. Si te mato, me meteré en un lío más —me interrumpe ella.

—No, mi amor, haremos que parezca un suicidio, limpiarás tus huellas, nadie sabrá que fuiste tú —le digo.

Alma Rossi sigue siendo la mujer fría y calculadora a la que siempre amé:

—No seas imbécil, Javier. Aunque no me atrapen, no quiero vivir atormentada por haberte matado.

Me sorprende esa confesión: en el fondo, muy a su pesar, aún me quiere de algún modo que la avergüenza.

—Entonces ¿a qué has venido? —le pregunto.

—A verte. A saludarte. A darte la buena noticia de que estoy viva —dice ella, con naturalidad, ignorando, sin que yo la desmienta, que ya lo sabía.

—¿Puedo abrazarte? —le digo.

Ella me mira y no dice *Sí* ni *No*, se queda callada, y aprovecho la duda y la abrazo y siento su delgadez, su fragilidad, su aliento suspendido, y le digo:

—Perdóname, amor. No quise matarte. Te juro que no. Siempre te he amado.

Alma Rossi me besa. Siento que en esos besos lentos, cuidadosos, ella investiga si todavía me quiere o al menos me desea. Yo no la beso, apenas me dejo besar. Ella

siente mi erección y eso al parecer la halaga o la complace. Me acaricia fugazmente allí abajo.

—Ven —me dice, y me lleva a la cama—. Bájate el pantalón —me indica, y luego me besa.

Le obedezco. Ella me tiende en la cama, se echa conmigo y empieza a mamármela. Es la sensación más gloriosa. Ahora tiene mi verga en su boca y por lo visto todavía le gusta jugar conmigo.

Siento que voy a venirme. Se lo advierto:

—¿Puedo terminar en tu boca?

Ella se retira.

—No —dice.

—No hay problema, amor, termino solo —le digo, y luego—: Ven, échate aquí a mi lado, tócate conmigo.

—No —dice ella cortante.

Luego Alma se pone de pie, se desnuda sin premura y sube a la cama, inexplicablemente se coloca a horcajadas sobre mí, coge mi verga y hace lo que nunca había hecho conmigo ni, que yo sepa, con hombre alguno: mete mi verga en su vagina, la penetro, o más exactamente ella se deja penetrar por mí, se sienta sobre mí y frunce el ceño como si le doliera y empieza a moverse lentamente y yo me muevo con cuidado y ella hace una mueca de dolor, un gesto de tensión contenida, y me dice:

—No tan fuerte, despacio, recuerda que soy virgen.

Y de pronto veo maravillado cómo las cosas han cambiado de un modo tan radical: hace media hora estaba a punto de suicidarme, y ahora Alma Rossi me hace el amor, se deja penetrar por primera vez, y de pronto ella se viene y yo me vengo con ella y ella me pide que le jale el pelo y le obedezco y escucho sus gemidos de placer y estallo en ella y es como si en ese impensado orgasmo yo hubiese renacido. Quedo en silencio, empequeñecido por su belleza y su arrojo. *Me ama*, pienso. *Se quedará conmigo*, me digo. *Ha venido porque me ha perdonado y me ha hecho el amor porque viviremos juntos*, pienso, y sonrío.

—Te amo —le digo.

—Yo también te amo, Javier —dice ella.

Luego sale delicadamente de mí, baja de la cama, abre su bolso, me apunta con un arma corta y dispara.



JAIME BAYLY. Nació en Lima, Perú en 1965. Tras ejercer el periodismo diez años, inició su carrera de escritor en 1994, con *No se lo digas a nadie*.

Se han señalado con justicia las virtudes de su estilo: personajes entrañables o afiebrados, diálogos ágiles e intensos, excelente manejo de la acción y, sobre todo, un corrosivo sentido del humor.

Es autor de *Fue ayer y no me acuerdo* (1995), *Los últimos días de La Prensa* (1996), *La noche es virgen* (1997), *Yo amo a mi mami* (1998), *Los amigos que perdí* (2000), *La mujer de mi hermano* (2002), *El huracán lleva tu nombre* (2004), *Y de repente, un ángel* (2005), *El canalla sentimental* (2008) y *El cojo y el loco* (2010). Sus libros han sido traducidos a numerosos idiomas.